
BARCODE
ON BACK

EL COMPLOT DEL SILENCIO

EL SEÑUELO - EL PECADO ORIGINAL - A LIQUIDAR TOCARON

CESAR IGLESIAS PAZ

Nació en Buenos Aires el 1.º de Octubre de 1881. Se graduó en Derecho, con una tesis sobre "El Problema" y practicó en Buenos Aires su profesión de abogado.

Desde 1912 se consagró a la producción teatral, caracterizándose sus obras por un hondo sentido moralizador y por su ambiente digno. Estrenó sucesivamente "Más que la ciencia", tres actos (1911); "La conquista", tres actos (1912); "La enemiga", tres actos (1913); "Ilusiones", un acto (1914); "La dama de coeur", tres actos (1915); "La mujer fuerte", tres actos (1915); "María Blanca", un acto (1915); "El vuelo nupcial", tres actos (1916); "Diplomacia conyugal", un acto (1916); "El complot del silencio", tres actos (1917); "El señuelo", tres actos (1917); "El pecado original", un acto (1918); "Buenos Aires", tres actos (1919); "A liquidar tocaron", tres actos (1919); "El aplauso", un acto (1919); "La propia obra", tres actos (1920); "Una deuda de dolor", tres actos (1921).

Sus obras completas, ordenadas y con un prólogo de Ricardo Levene, fueron editadas en cuatro tomos, por "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1925.

César Iglesias Paz falleció en Buenos Aires el 18 de Agosto de 1922.

"LA CULTURA ARGENTINA"

CÉSAR IGLESIAS PAZ

El Complot del Silencio

El señuelo = El pecado original
A liquidar tocan

Tomo III de las Obras Completas



BUENOS AIRES
"LA CULTURA ARGENTINA" — BELGRANO 475
1925

EL COMPLOT DEL SILENCIO

(Comedia en tres actos)

Estrenada en el Teatro San Martín, día 4 de Mayo de 1917, por la Compañía porteña Rosich-Ballerini.

PERSONAJES

Mecha	Damián
Florita	Enrique
Clara	Roberto
Sara	Epifanio
Lolita	Arturo
Teresa	Rodríguez
Señora de López	Bermúdez.
Dora	Fernández
Luisa	Portero
Rafael	

ACTO PRIMERO

(*Hall lujoso. Puertas al centro del foro y en primer término, a derecha e izquierda. Ochavadas en el foro, amplias portadas, que dan: la de la izquierda, a un salón, y la de la derecha, a un jardín de invierno, ambos visibles al público. Es de tarde. La escena muy iluminada; mueblaje regio y muchas flores*).

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE *y* RAFAEL

(*Se oye ejecutar al piano, adentro, hacia derecha, un trozo de música clásica que no cesa hasta que se indicará*).

ENRIQUE.—Anoche quedamos con Roberto, en encontrarnos aquí para acompañarte a la estación. Llegará de un momento a otro.

RAFAEL.—O no llegará, para evitarse la molestia.

UNA VOZ.—(*desde adentro izquierda*). ¡A ver esa música, que me incomoda!

ENRIQUE.—(*hacia adentro, derecha, con fastidio*). Lolita, dice papá que dejes el piano.

RAFAEL.—¿Cómo sigue tu padre?

ENRIQUE.—Postrado el pobre, y con un humor de todos los diablos. Para mejor, esta Lolita no deja el piano. (*Cesa la música*). ¡Vaya, hombre!

RAFAEL.—¿Hay visitas?

ENRIQUE.—Está Arturo, el novio de Sara, con ella y Lolita. (*Señala hacia derecha*). Mecha y mamá deben estar con mi padre. (*Señala hacia izquierda*).

No sé si habrá alguna persona de afuera. ¿Quieres pasar?

RAFAEL.—No me resulta hacerle tertulia a Arturo.

ENRIQUE.—A él y a Roberto no los has tragado nunca.

RAFAEL.—¡Roberto! Anoche me indigestó el banquete con las aventuras que refirió en la mesa, citando nombres de personas que si en verdad tuvieron la desgracia de caer, él debía corresponderles por lo menos con un caballeresco silencio.

ENRIQUE.—Roberto siempre ha sido medio botarate. La cosa no es como para tomarla tan a pecho.

RAFAEL.—¡Claro, como que ni remotamente piensas que personas de tu familia lleguen a ser sus víctimas!

ENRIQUE.—En el fondo es un buen muchacho.

RAFAEL.—Porque tu amistad le conviene. Pero el día que le exija cualquier sacrificio o deje de convenirle...

ENRIQUE.—¿Convenirle en qué?

RAFAEL.—Por lo pronto, en que siendo de un origen tan modesto como el mío, le ha servido para "introducirse".

ENRIQUE.—¡Dale con el origen!

RAFAEL.—¡Si te dijera que aquí en tu casa, donde los sé a todos buenos, estoy cohibido! Y no quieras saber las que me paso cuando delante de mí hablan de géneros: me parece que inmediatamente me imaginan con los zapatos rotos, el traje desteñido por el sol de mi provincia, y el muestrario bajo el brazo, en viaje a casa de alguna cliente.

ENRIQUE.—Esas locuras sólo a ti se te ocurren.

RAFAEL.—Y no es que me avergüence mi modesto origen. Es que conozco los prejuicios sociales, y los respeto. Pero el día que alcance la figuración política a que aspiro y ese modesto origen deje de ser una rémora para volverse un timbre de honor; el día que pueda poner entre cristales mi carreta, ese día, ya verás cómo cambio.

ENRIQUE.—Mi amistad ha debido resultarte entonces una constante mortificación.

RAFAEL.—No, porque acepté de ella lo que estaba en condiciones de retribuir. Pero no quise "introducirme", ni aproveché el salvoconducto de tu presentación para tornarme de caballero en salteador, intentando siquiera las aventuras de Roberto; como no hubiera olvidado jamás los respetos debidos a esa amistad, para hacer gala de tenorio en público, frecuentando la casa de un amigo como tú, que tiene hermanas.

ENRIQUE.—¡Desde que todas esas cosas las dice estando yo presente!...

RAFAEL.—¡No!... Anoche no estando tú presente, le pidió prestada a Gutiérrez, el amigo de tu tío, su garçonniere para una aventura que tiene en ciernes con una niña.

ENRIQUE.—¿Con quién?

RAFAEL.—No sé, no lo dijo.

ENRIQUE.—¡Cómo pensar que pueda referirse a mi familia!

RAFAEL.—Basta con lo que conoces de él para que te cuides y adviertas a tus hermanas.

ENRIQUE.—¡Hombre, hombre! ¡A dónde vamos a parar!

RAFAEL.—Perdóname si te parece que exagero. Imaginarás que no hay en mí la intención de una ofensa.

ENRIQUE.—(*cariñoso, palmeándolo*). No faltaba más. (*Suena persistentemente el timbre del teléfono que estará al foro. Enrique, de mala voluntad hace por incorporarse para atenderlo, en circunstancias que entra Mecha corriendo, por izquierda, con ese objeto*).

ESCENA II

DICHOS *y* MECHA.

MECHA.—No te molestes. (*Al teléfono, notando que la observan y fingiendo indiferencia*). No... No...

Corte, señor. Está equivocado. (*Cuelga el tubo*).

ENRIQUE.—¿Otra vez? ¡De diez veces que llaman cinco son por error!

MECHA.—(*turbada*). ¡También, las pobres empleadas tienen tantos abonados que atender! ¿Cómo está, Rafael?

RAFAEL.—(*cohibido*). Señorita Mercedes...

ENRIQUE.—¿Quién quedó con el "viejo"?

MECHA.—Mamá y tío Damián.

ENRIQUE.—¿Tío Damián? Voy a pedirle para derechos de examen.

RAFAEL.—¿Qué examen, si ya no tienes hasta el año que viene?

ENRIQUE.—¡Silencio! Yo para tío Damián doy examen día por medio. Antes la cosa era con el "viejo", hasta que me saqué aquel cero en Internacional porque no supe cuáles eran los derechos de los neutrales en la guerra.

MECHA.—Ahora lo tienes loco a tío Damián.

ENRIQUE.—Tío Damián me ha instituído por testamento su único y universal heredero, y si me da, me da de mi dinero.

MECHA.—¡Qué sinvergüenza!

ENRIQUE.—¡Además, vaya que se case! El matrimonio anularía el testamento, y esto ya lo llevo heredado. La que me tiene con la sangre en el ojo es esa bruja de Florita.

MECHA.—¿Así llamás a tía Florita?

ENRIQUE.—No es tía mía.

MECHA.—¿No es la hermana de papá?

ENRIQUE.—Se desvive haciéndole arrumacos a tío Damián para atraparlo. ¡Ahora comprendo el odio que inspira la rivalidad de dos mujeres por un hombre! ¡Le niego el parentesco! ¡Le niego el saludo! Le... (*Transición*). Voy a pedir para derechos de examen. (*Medio mutis por izquierda*).

RAFAEL.—¡Qué loco! (*Al pasar Enrique suena el teléfono*).

MECHA.—(*muy nerviosa, incorporándose para atenderlo*). Deja si quieres.

ENRIQUE.—Ya estoy aquí. (*Al teléfono*). ¡Hola! ¿Cómo te va, mascarita? Te estamos esperando. (*Transición*). Disculpe, señor. Está equivocado. (*Cuelga el tubo*). Otra vez la misma cosa. Lo tomé por Roberto que disimulaba la voz. (*Medio mutis, de pronto se detiene como si le asaltara una duda, vuelve lentamente la cabeza hacia Mecha, quien esquiva el encuentro de su mirada, la observa y hace mutis muy lento*).

ESCENA III

RAFAEL *y* MECHA

RAFAEL.—¿Está nerviosa, señorita Mercedes?

MECHA.—(*disimulando*). Nerviosa, no. ¿Por qué?... Pero... ¿Cuándo me llamará Ud. Mecha, a secas, como me llaman todos?

RAFAEL.—Tal vez ya nunca!...

MECHA.—¿Por?...

RAFAEL.—Porque me voy a mi provincia. He venido a despedirme. Y aunque lleve el propósito de volver diputado muy pronto, y pondré en ese propósito mi voluntad y mis energías todas, no sé si lograré realizarlo. Influimos, no cabe duda, en nuestro destino, pero él es siempre superior a nosotros.

MECHA.—¡Cómo siento que se vaya!

RAFAEL.—(*dejando traslucir a pesar suyo, su pasión*). ¿De veras?

MECHA.—¡Nos hemos acostumbrado tanto a verle!... ¡Ah! Pero no le perdono que no haya querido llamarme Mecha, siendo más cariñoso.

RAFAEL.—Es verdad. ¿Qué quiere?... Son de esas cosas que uno no se las explica, señorita Mercedes.

MECHA.—¿No ve? Diga Ud. Mecha. Vamos. Diga, Mecha.

RAFAEL.—Es inútil, no puedo.

MECHA.—(*riendo*). ¡Y se pone colorado!

RAFAEL.—Es que me hace dar vergüenza.

MECHA.—Ya es grandecito para que le den esas cosas.

RAFAEL.—Estoy seguro que a Roberto no le pasaría lo mismo.

MECHA.—(*reprimiendo su nerviosidad y disimulando*). ¡Bonita manera de llamar sinvergüenza a su amigo!

RAFAEL.—No he querido decir eso, sino que Roberto tiene otro carácter: es más resuelto, decidido, despreocupado... En un salón donde concurre por la primera vez, es el que domina a los diez minutos; en los exámenes, siendo el menos preparado, es el que expone con más autoridad...

MECHA.—Por eso es tan simpático. (*Transición*). No quiero decir que Ud. también no lo sea.

RAFAEL.—Yo siempre creo que sé poco, o que molesto con mi conversación, especialmente cuando como en este caso mi interlocutor es una dama; por eso no hago vida social y hablo lo menos posible.

MECHA.—¡Qué romántico!

RAFAEL.—Diga Ud. qué insocial, que es lo mismo. No soy "hombre de mundo", me falta ese don social que sabe hacer interesantes las cosas más frívolas y sin valor las más profundas. Si una mujer se me confiara, antes que elogiarle sus ojos, le hablaría del abismo inquietante descubierto a través de su mirada. Y si llegara a amarme... ¡Ah! ¡Si llegara a amarme! (*Interrumpe Teresa*).

ESCENA IV

DICHOS *y* TERESA

TERESA.—(*con marcado acento francés*). Buenas tardes, señorita.

MECHA.—(*a Rafael*). Es mi modista. (*A Teresa*). ¿Me trajo el generito? (*Gesto de Rafael*).

TERESA.—(*intentando mostrárselo*). Sí, señorita.

MECHA.—(*deteniéndola*). Después. Espérese un momento. (*Teresa toma asiento algo alejada de los referidos. A Rafael*). Decía Ud....

RAFAEL.—(*con profundo y disimulado desencanto*). Nada. No decía nada.

ESCENA V

DICHOS *y* ENRIQUE

ENRIQUE.—(*por izquierda*). Rafael, papá desea saludarte. ¿Quieres pasar?

RAFAEL.—¡Cómo no! (*A Mecha*). Con permiso...

ENRIQUE.—(*mientras Rafael se le aproxima, mostrando dos billetes de cien pesos, le guiña un ojo y habla para que lo oigan de adentro*). Ya tengo para derechos de examen.

MECHA.—¡Qué sinvergüenza! Dame uno.

ENRIQUE.—Imposible.

MECHA.—Si no me das te descubro. ¡Tío!...

ENRIQUE.—(*dándole un billete*). Esto se llama extorsión, en derecho penal. (*Mutis con Rafael*).

ESCENA VI

MECHA *y* TERESA

MECHA.—Me viene muy bien, porque me evita pedirle a papá. De todos modos él los tira. Tome, cóbrese.

TERESA.—No tengo cambio.

MECHA.—Mañana me da el vuelto. Es lo mismo.

TERESA.—¿Qué le parece el generito?

MECHA.—No es esto, mujer. Lo quiero mucho más apagado.

TERESA.—No importa. Se cambia. Como es un corte completo...

MECHA.—Lo quisiera hoy mismo.

TERESA.—(*incorporándose para salir*). En seguida. Tie-

nen uno muy pálido, que le va a gustar. Voy, lo cambio y de paso le traigo el vuelto. (*Medio mutis*). ¡Ah! Señorita Mercedes, no vaya a molestarse por lo que voy a decirle, pero es necesario que por mí misma lo sepa.

MECHA.—¿Qué cosa?

TERESA.—Esta mañana estuvo a verme el señor Roberto para pedirme que no saliera hoy de mi casa; que ustedes irían como otras veces, pero yo me rehusé.

MECHA.—¿Por qué?

TERESA.—(*titubeando*). Señorita Mercedes, si él fuera su novio no me habría negado; pero... como aquí no aparece como festejante siquiera...

MECHA.—¿Y quién la mete a usted a opinar en mis asuntos?

TERESA.—Lo hago sólo para justificarme. Ya ve que he silenciado sus entrevistas en mi casa.

MECHA.—¿Qué ha habido de malo en esas entrevistas? ¿No ha estado usted siempre presente?

TERESA.—Es verdad. Yo tampoco lo hubiera permitido.

MECHA.—¡Atrevida! ¿Acaso necesito que usted me cuide?

TERESA.—Es posible que no, señorita Mercedes; pero yo, aunque muy pobre, no soy más que modista...

MECHA.—¿Qué se ha figurado usted? ¡Retírese inmediatamente!

TERESA.—Está bien. Le traeré el género y el vuelto. (*Suelta el llanto y mutis. Al salir por el foro se encuentra con Roberto, quien al verla llorar se aleja con ella. Entran Sara y Arturo por derecha*).

ESCENA VII

MECHA, SARITA *y* ARTURO

ARTURO.—Adiós, Mecha!

MECHA.—(*venciendo la preocupación en que ha quedado después de la escena con Teresa*). ¿Se va, Arturo?

ARTURO.—Sí; hasta mañana.
UNA VOZ.—(*desde adentro izquierda, como antes*). ¡Sarita!
SARA.—Voy, papá. (*A Arturo*). Hasta mañana.
ARTURO.—(*Bajo, con intención*). No se olvide de aquello.
SARA.—Ah, lo pensaré. Esas cosas hay que pensarlas mucho. (*Mutis por izquierda*).
ARTURO.—(*en circunstancias que va a hacer mutis se encuentra en la puerta del foro con Roberto y con la voz ahogada*). ¿Y...? (*Roberto con gesto enérgico le impone silencio y retírase*).

ESCENA VIII

MECHA *y* ROBERTO; ENRIQUE *al final*

ROBERTO.—(*haciendo una marcada transición. Elegante, desenfadado y sumamente amable*). Muy buenas, Mechita.
MECHA.—Acaba de darme un sofocón con sus llamadas por teléfono.
ROBERTO.—¡Qué casualidad! Las dos veces que hablé estaba aquí Enrique.
MECHA.—No llame más, por favor. Sobre todo no podemos continuar así, Roberto. La misma modista acaba de enrostrarme nuestras entrevistas en su casa.
ROBERTO.—No deja de ser una imbécil esa señora, cuando le consta que nuestras entrevistas han sido bien inocentes.
MECHA.—Sí... pero no está bien.
ROBERTO. — Convengamos en que la rutina puede más en usted que todos los razonamientos. Es decir, que debo "hacer el novio" a todo trance... Someterme al horario que me imponga la señora...
MECHA.—¡Si usted viene a esta casa cuando quiere!
ROBERTO.—Precisamente, ya no podré hacerlo con esta libertad. Además, tendré que aceptar la tertulia fa

miliar y las dos horas de piano que nos ejecute Lolita en funciones de cancerbero; pasar por la exigencia del noviazgo en el sentido de los obsequios, que deberán estar a la altura de su posición y no de la mía... (*Le da un ramo de violetas*).

MECHA.—(*angustiada*). ¡Ahí vienen! (*Oculta las flores. Roberto se aleja disimulando*). No. Me pareció.

ROBERTO.—¿Ve usted qué encanto singular tienen estas angustias?

MECHA.—(*suspirando*). Yo, francamente, no lo veo. A mí me van a matar del corazón.

ROBERTO.—Porque usted misma lo quiere.

MECHA.—Bien sabe mi Dios, que no.

ROBERTO.—Veámonos con más frecuencia fuera de aquí.

MECHA.—No. Ya será imposible. Acabo de despedir a la modista por las impertinencias que me dijo.

ROBERTO.—Eso no importa. Yo tengo ya mi casa puesta.

MECHA.—¿Cómo su casa?

ROBERTO.—Perdone el singular, nuestra casa.

MECHA.—¿Qué, no vive usted en el hotel?

ROBERTO.—Hasta ayer. Ya me he mudado a la que será nuestra casa. (*Dándole una tarjeta*). Para los dos solamente, porque no quiero que ningún importuno la conozca hasta que la inauguremos nosotros.

MECHA.—¿Pero cómo no me había dicho nada?

ROBERTO.—Porque me reservaba la sorpresa para el momento oportuno. De modo, mi adorada Mechita, que la modista ya se puede guardar su casa.

MECHA.—¡Ah, no, Roberto, yo no voy a ir!

ROBERTO.—¿Se puede saber por qué?

MECHA.—Sencillamente, porque además de ser "su casa", no estará con nosotros la modista.

ROBERTO.—Pero estará el matrimonio que a mí me cuida.

MECHA.—Es muy distinto. Yo no conozco a esas personas.

ROBERTO.—Muchas gracias por la fe que le inspiro, y la felicito por la confianza que usted se tiene. (*Insinúa marcharse*).

MECHA.—(*deteniéndolo*). No, Roberto. No lo tome usted

así. ¿Por qué más bien no anticipa nuestro matrimonio? ¿No tiene ya la casa puesta? ¿Acaso no nos conocemos bastante?

ROBERTO.—¡Por lo visto, me desconoce en absoluto!

MECHA.—Anticipe nuestro casamiento. Sí, Roberto, sea buenito. Usted sabe que lo quiero con locura, y por lo mismo evíteme estas angustias.

ROBERTO.—No soy yo, Mechita, el que las origina.

MECHA.—Sí... pero todo lo que usted arguye son en realidad escrúpulos, que yo respeto mucho, pero que no deben llevarnos a una situación tan equívoca.

ROBERTO.—¡Porque a usted se le antoja equívoca! (*Apurando los argumentos*). Sobre todo, Mecha, yo hubiera querido ocultarlo, pero usted me obliga a decírselo; hay una razón poderosa para que no me case, ni publique siquiera mi compromiso, de inmediato.

MECHA.—¿Qué?

ROBERTO.—Nada en el fondo: una calaverada de muchacho, sin trascendencias...

MECHA.—¡Esto más!

ROBERTO.—Le demuestra la seriedad con que he encarado nuestro matrimonio, pues quiero llegar a él libre en cuerpo y alma.

MECHA.—¡Cómo ha complicado mi vida, Roberto!

ROBERTO.—(*felino, acariciando una mano de Mecha*). Eso me complace, porque me da la certidumbre de que no pasaré por ella como una sombra. Y sólo así: sufriendo, desafiando peligros, quebrantando prejuicios, palpitando angustias, se pone usted a la altura de un amor como el que yo le tengo. (*La besa en la mano; Mecha se sobrecoge como tocada por una corriente eléctrica. Roberto, imperioso, señalándole la tarjeta que antes le dió y que está sobre la mesa*). ¡Mecha!

MECHA.—(*dominada por una suprema angustia y ocultando la tarjeta en su seno*). Sí... Sí... ¡pero vá-

yase, por Dios, que me enloquece! ¡Váyase! ¡Váyase! (*Queda profundamente abatida*).

ROBERTO.—(*imperioso*). ¿Esta tarde, eh? Salga usted, como otras veces, a lo de su amiga Dora... (*Vuelve a oírse el piano adentro*).

ENRIQUE.—(*desde adentro, llamando*). ¡Lolita! (*Nuevo gesto angustioso de Mecha. Mutis rápido de Roberto. Entra Enrique*). ¡Lolita! (*A Mecha*). ¿Qué tienes?

MECHA.—(*disimulando*). Nada.

ENRIQUE.—¡Lolita! ¿Quieres dejar ese piano que ya nos vuelve tarumba? (*Entra Clara por izquierda*).

ESCENA IX

MECHA, ENRIQUE *y* CLARA

ENRIQUE.—¡Qué habremos hecho, Dios mío, para tener que soportar esta máquina infernal de hacer escalas!

CLARA.—Déjala, que está estudiando.

ENRIQUE.—Está bien que estudie, mamá, pero que se vaya con el piano a la azotea. (*Cesa la música*).

CLARA.—¡Siempre has de estar fastidiando a esa pobre chica!

ENRIQUE.—¡Pobre chica! Ya lo creo. Con las "pulsaciones" ya tiene los dedos como masajista; y cada día está más flaca, ya parece una Walkiria; como que si sigue por ese camino, pronto va a transformarse en una nota musical. (*Silba para dar expresión a la figura*).

CLARA.—Tú no te preocupes y déjala tranquila.

ENRIQUE.—El golpe sería que ella nos dejara tranquilos a nosotros. (*Mecha suspira encaminándose hacia derecha*).

CLARA.—¿Qué te pasa, Mecha? (*La acaricia*).

MECHA.—(*retribuyendo*).Nada, mamá. (*Entran Rafael y tío Damián*).

ESCENA X

DICHOS, RAFAEL *y* TÍO DAMIÁN, *luego* SARA *y* LOLITA

DAMIÁN.—(*a Rafael, guiñando un ojo*). De modo, mi amigo, que ya está libre de los ciento cincuenta exámenes que da por año mi sobrino.

ENRIQUE.—De lo que no está libre, se lo decía hace un momento, es de casarse, y el matrimonio es un horror. (*A Rafael*). Aprendé de tío Damián. Es un hombre que conoce y ha vivido mucho y no se casará jamás. ¿Verdad, tío? ¡Eso de vincularse a una mujer para toda la vida! ¡Y vaya que le toque un energúmeno como Florita! (*Aparte a Rafael*). Mirá qué trabajito.

DAMIÁN.—(*palmeándolo*). No te preocupes por la herencia. Está segura. (*Suena el timbre del teléfono*).

ENRIQUE.—(*cómicamente*). Voy a atender el teléfono. (*Al teléfono*). ¿Cómo te va? Te estamos esperando. (*Pausa*). ¡Caramba! ¡Qué le vamos a hacer! (*Pausa*). Sí, te excusaré.

RAFAEL.—No viene. Lo presumía.

ENRIQUE.—Roberto pide que lo excuses. Le es imposible venir.

RAFAEL.—¿No te lo dije? ¡Desgraciadamente, no dejaré de irme por eso! (*Despidiéndose*). Señora, no encuentro palabras con qué agradecerle las bondades y atenciones que ha tenido conmigo.

CLARA.—Complacidísima de que usted me haya dado la oportunidad de tenerlas. Espero en recompensa, que nos proporcionará el placer de volverle a ver muy pronto.

RAFAEL.—(*dirigiéndole una significativa mirada a Mecha*). Yo lo deseo más que nadie. (*Dando la mano a Mecha*). Mecha...

MECHA.—¡Por fin me llama usted Mecha!

RAFAEL.—Los apocados y timoratos, conservan la ilusión o el ideal que no se atrevieron a exteriorizar, y que

por no haber expuesto a la luz del sol, continúan siendo ideal o ilusión en el fondo de su alma.

ENRIQUE.—Vas a perder el tren. (*Llamando*). ¡Sarita! ¡Lolita!

RAFAEL.—Señor Damián, siempre le tendré a usted presente.

DAMIÁN.—Mi querido amigo, aquí estamos a sus órdenes.

ENRIQUE.—Se va Rafael. Vengan a despedirlo. (*Entra Sara por izquierda*).

RAFAEL.—Adiós, Sarita. Hasta la vuelta.

SARA.—Que le vaya bien; que tenga muchos éxitos, y que pronto le veamos por acá diputado.

RAFAEL.—Muchas gracias, muchas gracias. (*Entra lentamente por derecha Lolita, pálida y ojerosa. Viste traje celeste o rosa, muy apagado*).

ENRIQUE.—¡Viene cayendo la Walkiria!

RAFAEL.—(*efusivo, cariñoso*). Adiós, Lolita. A ver si a mi regreso la encuentro de novia. Una chica tan linda como usted, es un crimen que ya no tenga media docena de pretendientes.

LOLITA.—(*con mucho desgano*). Adiós.

ENRIQUE.—No le converses tanto, Lolita, que va a perder el tren. ¡Qué chica conversadora!

CLARA.—Aunque no tengo el gusto de conocer a su mamá, le suplico le dé muchos besos en mi nombre.

RAFAEL.—(*emocionado, hasta las lágrimas*). Señora, llevo más complacido su gentil mensaje a mi pobre madre, que mi título de abogado. (*Mutis con Enrique por el foro. Mutis de Mecha por primera derecha*).

CLARA.—(*a Sara y Lolita*). Acompañen ustedes un momento a su padre. (*Mutis rápido de Sara por izquierda*).

DAMIÁN.—(*mientras Lolita va saliendo, irónicamente*). No te apures, querida, que nadie nos corre. (*Entra Flora por el foro*).

ESCENA XI

CLARA, TÍO DAMIÁN, FLORA *y luego* MECHA

FLORA.—(*remilgada. Frisa los cuarenta, pero presume más que cuando tenía diez y siete*). ¿Cómo está mi hermano?

CLARA.—Lo mismo.

DAMIÁN.—Florita, tengo para usted una noticia que es un bocado de cardenal.

FLORA.—¿De qué se trata?

DAMIÁN.—De un campanazo con todas las de la ley.

FLORA.—(*regocijada*). ¡Ah! Cuente usted, que ya lo estoy saboreando.

CLARA.—¡Campanazo! ¿De quién?

DAMIÁN.—¿Qué? ¿No sabían nada?

CLARA.—No.

FLORA.—No.

DAMIÁN.—(*a Flora*). Me extraña que usted no lo sepa.

FLORA.—Cuente de una vez y déjese de preámbulos.

DAMIÁN.—No se habla de otra cosa: Silvia Nor con Federico Daure.

FLORA.—No es posible, si están comprometidos.

DAMIÁN.—Pues acaban de comprometerse del todo.

CLARA.—Qué quieres, yo creo siempre que son habladurías. Por lo menos me resisto a creer en esas cosas.

DAMIÁN.—Como que tú, hermana mía, todavía vives en el limbo.

FLORA.—Bueno, ¿y en qué consiste el campanázo? ¿El la dejó?

DAMIÁN.—Sí, la dejó. Con el pretexto de mostrarle antes que a nadie la casa que había puesto, consiguió que fuera sola a su garçonniere.

CLARA.—¡Qué horror!

FLORA.—¡Qué sinvergüenza!

DAMIÁN.—Allí parece que hubo narcótico. La cosa es que... (*Entra Mecha*).

CLARA.—(*a tío Damián*). ¡Calla!

DAMIÁN.—¿Por?...

CLARA.—Calla.

MECHA.—Mamá, voy a pedirle permiso a papá para ir un rato a lo de Dora, si tú no te opones.

CLARA.—Bueno, hijita. ¿Cómo sigue? Hoy no hemos preguntado por teléfono.

MECHA.—Debe seguir mejor. Yo tampoco pregunté, porque pensaba ir un momento. (*Mutis por izquierda*).

FLORA.—¿Y?... ¿Qué sucedió?

DAMIÁN.—(*a Clara*). ¿Por qué me hiciste callar?

CLARA.—¿No viste que entraba Mecha?

DAMIÁN.—¿Y qué tiene eso?

CLARA.—Que estas cosas inmorales no se deben contar delante de las niñas.

DAMIÁN.—¡Pues hija, bonito criterio!

FLORA.—¡No discutan ustedes! Cuente, cuente, que me interesa. ¿Qué resultó después?

DAMIÁN.—Lo que resultó no sé. Lo que resultará me lo imagino. Por lo pronto se ha producido un escándalo mayúsculo, hasta con intervención de la policía... (*Entra Mecha con sombrero, por izquierda*).

MECHA.—¡Mamá!

CLARA.—(*como antes*). ¡Calla!

MECHA.—(*esforzándose por dominar su ansiedad*). Hasta luego, mamá. Hasta luego, tíos.

CLARA.—¿Por qué no te haces acompañar con la mucama?

MECHA.—Porque papá a cada rato la necesita. Ya he ido sola otras veces. ¡Es tan cerquita! ¡Una cuadra de aquí! Hasta luego.

CLARA.—¿No me besas? (*Mecha, venciendo una instintiva resistencia, la besa en la frente y se encamina hacia la puerta del foro. Al salir, vuelve su mirada a los circunstantes, sin que éstos la observen, revelando su lucha interior, entre marchar o quedarse, y vase resueltamente*).

ESCENA XII

DICHOS, *menos* MECHA, *luego* LOLITA

DAMIÁN.—Hermana mía, tienes un interesante concepto de la moral. ¿Es decir, que porque estas cosas son inmorales no se deben contar delante de las niñas? ¿Delante de quién han de contarse, entonces, si de semejante inmoralidad son ellas por ignorancia sus principales víctimas? Me explico que no se comenten en un salón, pero en la intimidad de la familia han de comentarse, es un deber de las madres comentarlas.

CLARA.—Ya vas a salir con tus ideas modernas, de que las cosas deben llamarse por su nombre; que las niñas no deben ignorar nada...

DAMIÁN.—Claro, desde que no van a saber cosas del otro mundo, sino de éste, que les conviene saber para evitarlas, pues que a ellas están expuestas.

CLARA.—Dónde iría a parar el pudor con semejante criterio.

DAMIÁN.—El pudor, fundado en la ignorancia, es mojigatería, no pudor. Desespera observar cómo hemos evolucionado en el sentido del confort de la familia y no hayamos dado un paso en el de su educación. No hace veinte años, aquel se circunscribía a la sala. A la cocina y al baño se los podía llevar el demonio. La educación de la mujer corría parejas con el confort: piano, recitación, pintura... Y todo lo que en realidad hubiera contribuído a hacerla feliz que se lo llevara el diablo, como al baño y la cocina.

FLORA.—¡Muy bien!

DAMIÁN.—(*cómicamente*). Gracias. (*Continuando en el tono anterior*). Hoy se ha invertido el concepto del confort, puesto que su principal preocupación es precisamente lo que antes se descuidaba; en cambio, en educación estamos en las mismas: mucho

piano, mucho recitado... pero ignorancia absoluta de la gran función social a que está llamada la mujer. La maternidad, la formación del carácter de los hijos, su misión de compañera y copartícipe en el matrimonio... Todo eso es pan pintado: madres, no saben envolver un chico, ni cómo han de alimentarlo, ni cómo han de educarlo; esposas, ignorán cómo han de aliviar las penurias del marido... Lo que saben de estas cosas, lo han aprendido furtivamente y por lo mismo nimbado por una voluptuosidad equívoca que luego las desilusiona; porque, madre, es ante todo un dolor; crianza, un sacrificio; coparticipación, un esfuerzo.

FLORA.—¡Muy bien!

DAMIÁN.—(*como antes*). Gracias. (*Como antes*). Eso sí, en nuestro afán de importar, hemos introducido de la cultura europea, la libertad sajona, pero, nada más que la libertad: nuestras niñas salen solas a la calle — tienes el ejemplo en casa — y, como no están preparadas para defenderse de los mil peligros que las acechan, ahí tienes tú las consecuencias; porque no se les ha dicho en qué consisten esos peligros, al oído, si tú quieres, pero sin falsos pudores, francamente, que las cosas más crudas, dejan de serlo en labios de una madre que aconseja.

FLORA.—¡Muy bien! ¡Muy bien!

CLARA.—Tú, porque eres soltera y no tienes hijas.

FLORA.—(*chocada*). No me he casado, porque no he querido.

CLARA.—¿Acaso yo te digo lo contrario?

FLORA.—No, pero como dices que soy "soltera".

DAMIÁN.—¡Adiós mi plata!

CLARA.—¿Qué eres?

FLORA.—Soltera.

CLARA.—¿Y entonces?

FLORA.—Pero no "soltera" recalcando.

CLARA.—Hija; la que recalca eres tú.

DAMIÁN.—No, es que Florita lo sabe, "ma no le gusta que se lo manifiesten".

FLORA.—Parece mentira que después de decir cosas tan lindas, salga con semejante grosería. (*Entra Lolita*).

DAMIÁN.—(*riendo*). No, Florita, no... No lo tome usted a mal. (*Por Lolita*). ¡Miren Vds. esto! ¿A dónde vas, ilusión?

LOLITA.—A tocar el piano.

DAMIÁN.—(*con sorna*). ¿Cuántos años hace que estudias?

LOLITA.—Diez.

DAMIÁN.—¿Cuántas horas diarias?

LOLITA.—Diez.

DAMIÁN.—(*sacando el cálculo*). Diez por trescientos sesenta y cinco, tres mil seiscientos cincuenta; por diez... treinta y seis mil quinientos. ¡Has estudiado treinta y seis mil quinientas horas el piano!

CLARA.—¿También a ti te ha dado fuerte con el piano?

DAMIÁN.—Es un cálculo interesante. (*A Lolita*). ¿Qué habrán gastado tus padres en profesores?

LOLITA.—No sé.

DAMIÁN.—¡Cuánto hubieran ahorrado, queridita mía, si en vez de sacrificarte treinta y seis mil quinientas horas frente al piano, te compran una pianola como la que yo tengo! ¡Vieras qué bien toco, y la he aprendido en media hora!

LOLITA.—Es muy distinto.

DAMIÁN.—Sí, porque la pianola se toca siempre a cuatro manos. (*Alude también a los pies. Entra Teresa*).

ESCENA XIII

DICHOS *y* TERESA

TERESA.—¿La señorita Mercedes?

CLARA.—No está.

TERESA.—Le traigo un vuelto y este género.

CLARA.—Espérala. Fué a casa de la niña Dora.

TERESA.—(*disimulando su sorpresa*). ¿A casa de la niña Dora?

CLARA.—Sí. Debe volver muy pronto porque hace rato que salió.

TERESA.—(*después de un instante de vacilación*). ¿La señora me permite que conversemos a solas dos minutos?

CLARA.—(*después de dirigirle una mirada inquisidora*). Pase usted. (*Mutis con Teresa por segunda izquierda*).

FLORA.—Voy a saludar a mi hermano. (*Mutis por primire izquierda*).

ESCENA XIV

TÍO DAMIÁN *y* LOLITA

DAMIÁN.—¡Conque treinta y seis mil quinientas horas! Tú has de tener un concepto eminentemente musical de la vida: una persona enferma ha de ser para ti un piano desafinado. El mundo te lo has de representar por otro piano gigantesco en el que Dios ejecuta, y según toque: "La Primavera" de Mendelsohn "Les papillons" de Grieg, los días son hermosos, el aire tibio y perfumado, el cielo diáfano. En cambio, cuando toca "Reverie" de Schumann... los vuelve fríos, húmedos, enfermizos.

LOLITA.—Ahí tiene; ahora no voy a tocar.

DAMIÁN.—¡Que te dure, hija, esa resolución tan enérgica! (*Entran Clara y Teresa*).

ESCENA XV

DICHOS, CLARA, TERESA

CLARA.—(*desesperada*). ¡No puede ser, por Dios! ¡No puede ser!

DAMIÁN.—¿Qué sucede?

CLARA.—Déjanos, Lolita. (*Lolita la mira con extrañeza*). ¡Vete de aquí, te digo! (*Mutis de Lolita por segunda derecha*).

ESCENA XVI

DICHOS, *menos* LOLITA, *luego* SARA

CLARA.—¡Esto es espantoso!

DAMIÁN.—¡Habla de una vez! ¿Qué ocurre?

CLARA.—Que las salidas de Mecha a lo de Dora, eran pretexto para entrevistarse con Roberto en casa de esta mujer. (*Encaminándose al teléfono*). Yo voy a preguntar por teléfono si está allí.

DAMIÁN.—Calma, hermana mía. No te precipites. (*Entra Sara*).

SARA.—¿Qué pasa?

CLARA.—Vete, hija... Déjanos ahora. (*Sara sorprendida inicia el mutis*).

DAMIÁN.—(*enérgico*). ¿Insistirá todavía en que las niñas no deben oir estas cosas? Ven, Sarita. No te vayas. Quédate, y escucha bien lo que sucede. (*A Teresa*). Hable usted sin escrúpulos. ¿Qué pasa?

TERESA.—Que la señorita Mercedes, con el pretexto de visitar a la niña Dora se iba a mi casa. Al rato llegaba el señor Roberto, y allí conversaban los dos, pero siempre en mi presencia. Yo podría jurar por la salud de mis hijos...

DAMIÁN.—Adelante, adelante.

TERESA.—Esta mañana el señor Roberto intentó entrevistarse otra vez y como yo me rehusara, la señorita me despidió. Al retirarme entraba aquí el señor Roberto... Como ahora me dicen que la señorita ha salido a lo de la niña Dora...

DAMIÁN.—¿Roberto ha estado aquí, y se excusó luego, por teléfono? ¡Malo, malo!

TERESA.—Por eso yo he querido prevenir a la señora...

DAMIÁN.—¡A buen tiempo! (*a Clara*). Pregunta por

teléfono si Mecha está en lo de Dora. (*Clara se aproxima al teléfono*). ¿Cómo no se le ocurrió a usted prevenir antes a la señora?

TERESA.—Señor, porque tuve miedo que la niña me despidiera. Ya ve, hoy lo hizo porque me negué a la entrevista. Pero le juro que en mi casa no ha sucedido nada...

CLARA.—(*al teléfono*). Con Clara.

DAMIÁN.—¡Silencio! (*Se aproxima al aparato*).

CLARA.—(*al teléfono*). ¿Está Mechita ahí? (*Aterrada*). ¿No?

DAMIÁN.—(*con la voz ahogada*). ¡Calma, calma!

CLARA.—(*al teléfono*). Pero ¿ha estado? (*Como antes*). ¿No? ¿Tampoco? (*Pausa*). ¡Dios mío! ¿Cómo no me han dicho nada?

DAMIÁN.—(*como antes*). ¡Calla! No seas tú la que magnifique el escándalo! (*Baja la horquilla del teléfono y cuelga el tubo. Entra Enrique*).

ESCENA XVII

DICHOS *y* ENRIQUE

CLARA.—¡Esto es espantoso! ¡Hay que buscar inmediatamente a tu hermana!

ENRIQUE.—¿Qué sucede?

DAMIÁN.—Mecha acaba de fugarse con Roberto.

ENRIQUE.—¡Miserable! Yo sé dónde están. (*Intenta salir*).

CLARA.—No, hijo.

DAMIÁN.—(*interceptándole el paso, imperioso*). ¿Cómo sabes dónde están?

ENRIQUE.—Porque me contó Rafael, que anoche le pidió prestada la garçonniere a su amigo Gutiérrez, para una aventura que tenía con una niña. ¿Y por qué dicen Vds. que es con Roberto?

DAMIÁN.—Porque se entrevistaban en casa de la modista y él esta tarde estuvo aquí; después se excusó con

Vds. por teléfono. Mecha salió diciendo que iba a lo de Dora y no está allí.

Clara.—Y la madre de Dora acaba de decirme que desde hace tiempo viene sucediendo lo mismo.

Damián.—¿Y ahora también te lo previene? (*A Enrique*). Y tú, sabiendo que tu amigo tenía aventuras con niñas y pedía prestadas "garçonnieres", recién resuellas? ¿No tuviste el buen tino de prevenir a tus hermanas, ya que no el valor de despedirlo de tu casa?

Enrique.—¡Qué va a pensar uno que sus hermanas...! ¡Pero, le juro...!

Damián.—Tú no te mueves de casa, y esta misma noche te vas a la estancia.

Enrique.—(*intentando salir y echando mano al revólver*). ¡Pues no, a la estancia!...

Damián.—(*interponiéndose*). ¡No te muevas de aquí he dicho, y debes obedecerme! No sólo he de ser tu tío para pedirme dinero, sino también para que me respetes.

Enrique.—Se trata del honor de mi familia. (*Mutis de Sara, aterrada, por primera izquierda*).

Damián.—Me afecta tanto como a ti y sé que con tiros no se resuelve nada. (*A Teresa*). Vaya Vd. inmediatamente a esta casa. (*Se anota la dirección. Mutis de Enrique por segunda izquierda*). Pida hablar con la niña. Como se la negarán porque los sirvientes deben tener instrucciones, insista dándose a conocer. Informe a la niña de lo que sucede y váyase con ella a mi casa. Yo avisaré a mi servicio para que las reciban y atiendan. No se separe de ella ni un segundo, porque con el carácter que tiene podría cometer una locura. Vaya. ¡Inmediatamente! (*Mutis de Teresa. Se oye un chillido adentro. Entra Flora*).

ESCENA XVIII

TÍO DAMIÁN, CLARA, ENRIQUE *y* FLORA

FLORA.—(*desesperada*). ¡Vengan! Esta chica ha contado la fuga de Mecha y acaba de darle al padre un ataque terrible. (*Mutis precipitado de Clara y Flora por primera izquierda. Se oye el piano adentro*).

DAMIÁN.—¡Lolita, por Dios, deja ese piano! (*Cesa la música*).

ESCENA XIX

DAMIÁN, *señora de* LÓPEZ *y* CRIADA

CRIADA.—(*anunciando*). La señora de López. (*Entra la aludida. Vase Criada por primera izquierda*).

DAMIÁN.—Adelante, señora.

SRA. LÓPEZ.—Deseaba conversar dos palabras con Clara. No quiero molestar, sé que hay enfermos...

DAMIÁN.—Presumo, señora, el objeto de su visita. Asistí a su conversación por teléfono con mi hermana. Afortunadamente no ha sucedido nada de lo que pudimos imaginarnos en un principio.

SRA. LÓPEZ.—¡Ah! Me felicito. Porque como hace ya algún tiempo que esto mismo se venía repitiendo: que Mechita decía que iba a casa, y no iba...

DAMIÁN.—Sí... pues... (*Irónico*). Vd. viene a prevenir a su amiga... muy oportunamente, por cierto... y a salvar su responsabilidad... ¡Muy bien señora, muy bien! Mi hermana se lo agradece a usted mucho. (*Haciendo por que se vaya*). Perdonará Vd., señora, que en este momento no se la reciba... Acaba de darle un ataque a mi cuñado. Perdone Vd... A los pies de Vd., señora... (*Vase la señora de López. Entra Clara. La Criada entra por izquierda y hace mutis precipitadamente por el foro*).

ESCENA XX

DAMIÁN *y* CLARA

CLARA.—(*a la Criada que sale*). Ligero, mujer, que haga el servicio de venir inmediatamente. (*A Damián*). Está mal Carlos. No se nos ocurrió prevenir a Sarita que no dijera nada. ¡Ah! No me resigno a esta desgracia. Algo hay que hacer. ¡Qué horror, Dios mío! ¡Qué horror!

DAMIÁN.—Todo lo que se puede hacer ya está dispuesto. Acaba de estar aquí tu amiga, la señora de López. Vino, sin duda, a justificarse de no haber hablado antes. ....

CLARA.—¡Mala amiga! ¿Por qué calló? Le hubieras reprochado su conducta.

DAMIÁN.—No, porque sería dar pábulo al escándalo. Todos, incluso tú, se complotaron con su silencio para que ese miserable realizara su crimen. Ahora, todos intentan hablar para reprimir o justificarse cuando ya no hay nada que hacer. (*Llevándose el índice a los labios*). Ahora, hermana mía, es cuando hay que guardar silencio.

TELON

ACTO SEGUNDO

(*Saloncito de tonos sombríos, severo y elegante. Puertas en cada lateral y al foro. Ochavado en izquierda y foro, portada que comunica con la salita de música, en la que se ve un piano. Es de tarde. Mucha luz*).

ESCENA I

MECHA *y* ENRIQUE

MECHA.—(*de luto. Muy abatida*). ¿No sales hoy tampoco?

ENRIQUE.—(*desganado, de mal humor. Viste traje de sport*). Pensé dar una vuelta para cambiar de ambiente, pero se me fueron las ganas. (*Transición*). ¡Casi me saco la muñeca, acordándome de Roberto! ¡Le di una trompada a la bolsa...!

MECHA.—¡Debes sobreponerte a ese abatimiento!

ENRIQUE.—¿Qué quieres que haga?

MECHA.—Salir, distraerte...

ENRIQUE.—Me volveré a la estancia.

MECHA.—Con intervalos de días te has pasado más de un año en la estancia. Aquello es muy triste para ti. Especialmente ahora en invierno.

ENRIQUE.—Lo prefiero a esto, que es un cementerio.

MECHA.—Por eso te aconsejo salir.

ENRIQUE.—¿A dónde? Ayer estuve por primera vez en el Club, después de un año, y me retiré en seguida, porque me sentí molesto. Todos me miraron al entrar y se cuchichearon... Como si lo oyera... "¡Miren al tirador de box; no ha sido capaz de darle unas

trompadas al sinvergüenza de Roberto!'' ¡Claro...! ¡Con ese criterio tan razonador de tío Damián, no me dejó que a ese canalla lo arreglara! Ahora ya perdí la forma. Me miran como a un gato. Los pocos que se molestaron para saludarme, dieron tal tono de pesadumbre a sus palabras que estuve tentado de mandarlos al diablo. ¡Que todavía salgan teniéndole lástima a uno!

MECHA.—¿Por qué no has de creer que ese tono de pesar fuera por la muerte de papá?

ENRIQUE.—¡Qué les importa de papá! ¿Crees acaso que a esta fecha uno solo ignora lo tuyo? El único que estoy seguro no sabe nada es éste. (*Señala el retrato que hay en un periódico*). Porque recién ayer ha llegado de su provincia, y no frecuenta clubs, ni hace vida social.

MECHA.—¡Rafael! ¡Se propuso triunfar y ha triunfado!

ENRIQUE.—¡Si supiera estas cosas, él que una vez me dió a entender que estaba enamorado de ti! Por lo menos me pareció que a ti se refería.

MECHA.—Sí, Enrique, debió ser a mí. Pero nunca me interesó.

ENRIQUE.—Eso es sabido, entre dos que la pretenden, la mujer siempre se enamora del sinvergüenza. (*Pausa*). ¡Qué suerte distinta te hubiera tocado con éste! ¡Ahí lo tienes diputado al Congreso, orador prestigioso, toda una personalidad.

MECHA.—No has ido a saludarlo, y siempre fué un gran amigo tuyo.

ENRIQUE.—No tengo cara para presentármele. Me da vergüenza. (*Pausa*). El infame de Roberto nos arregló a todos; papá muerto con el disgusto; mamá como ánima en pena, cada vez más triste, llorando por los rincones de la casa; yo, resuelto a soterrarme en la estancia y a abandonar definitivamente mi carrera; Sarita, dejada por el novio; Lolita, prendida con más furia al piano... Por suerte, con el duelo le han comprado este piano sordo, si no ya

estábamos tirando piedras. (*Mecha llora*). Ahora no llores. ¡Qué le vas a hacer! (*Transición*). Viene mamá. (*Mecha procura disimular que llora. Entra Clara, de luto, muy abatida, y después de mirar a Mecha tristemente, se sienta en una silla del fondo enjugándose los ojos de tiempo en tiempo. Sara y Lolita entran por el foro en traje de calle, de medio luto, con sombrero. Lola hace mutis por la sala de música*).

ESCENA II

DICHOS, CLARA, SARA, *luego* LOLITA, *luego* FLORA

SARA.—(*mientras se quita el sombrero y los guantes con reconcentrada indignación*). Acaban de dejarnos con el saludo las chicas de García. (*Tira los guantes*). No salgo más a la calle. (*Mecha llora*). Podíamos suprimir el llanto. Con lagrimitas no se arregla nada. (*Mecha suprime el llanto y la mira indignada*).

CLARA.—No insistas, Sarita; resignémonos pensando que no tuvo intención de hacernos tanto mal. (*Nuevo gesto de Mecha*).

ENRIQUE.—¿Qué les parece que cambiáramos de disco? Estamos en un tonito de responso, que ya no hace falta más que una marcha fúnebre. (*Viendo a Lola que se aproxima al piano, sin sombrero*). ¡Siquiera ésta viene a alegrarnos un poco! (*Lola se sienta al piano que no sonará, y ejecuta en él escalas vertiginosas*). ¡Qué figura más ridícula! Parece esos danzantes sin música, que se ven en las cintas cinematográficas, haciendo piruetas como locos.

CLARA.—¿También te molesta?

ENRIQUE.—Hago un simple comentario. ¿O ya no se puede hablar en esta casa? (*Lolita deja de tocar girando en el taburete hacia los circunstantes. Sucesivamente suspiran, Clara, Sara y Mecha. Enrique*

sigue cómicamente con la mirada a las aludidas y también suspira). ¡Lolita! ¿Por qué más bien no ejecutas en el otro piano una marcha fúnebre? (*Lola desaparece por izquierda. Al poco rato se oye por el mismo sitio ejecutar al piano la referida marcha. Incorporándose con exagerado asombro*). ¡Y la toca! ¡Lo ha tomado en serio! ¡A ésta no se le puede dar bromas con el piano! ¡Lolita! ¡Basta!

CLARA.—Feliz de ti que tienes el ánimo para bromas.

SARA.—Déjalo, mamá. Es el gracioso de la familia.

ENRIQUE.—(*irónico*). Y tú la gatita. ¿Cómo has venido de la calle? (*Se oye otra vez música alegre*). Ahora es otra. ¡Esto es imposible! (*Con exagerada dulzura*). ¡Lolita! ¡Ven! Toma una cosa. (*Cesa la música. Entra Lola*).

LOLITA.—¿Qué quieres?

ENRIQUE.—¡Como sigas tocando el piano, te voy a encerrar en el sótano!

SARA.—¡Ja...! ¡Ja...!

ENRIQUE.—¡Y tú ten cuidado, porque te voy a poner un bozalito! (*Mutis por izquierda. Entra Flora por el foro, con traje de calle, de luto aliviado, con sombrero*).

FLORA.—(*imperativa*). ¿Estamos en las mismas? ¿No quedamos en que se aliviarían de luto? (*A Clara*). Tú ya te has echado a muerta. Es necesario levantar el espíritu, mujer, sacudir la polilla. Se están apolillando.

SARA.—Salimos a compras con Lolita.

FLORA.—Se hubieran puesto los trajes claros. Ya ha pasado más de un año. ¡Demasiado luto tenemos en el alma para andar todavía de negro! Vamos, Lolita. Empieza tú. Ponte traje blanco.

LOLITA.—¿El traje blanco?

FLORA.—Sí.

LOLITA.—¿Ahora?

FLORA.—Sí, ahora, si no mañana estaremos en las mismas, y hay que cambiar el ambiente de esta casa,

alegrarla un poco. Yo sé lo que les digo. (*Mutis de Lola por la sala de música*). Y tú, Sarita, ponte también tu traje claro. (*Medio mutis de Sara hacia primera izquierda*).

MECHA.—Yo espero a mi modista. Quedó en traerme hoy el traje que le encargué. (*Suspirando*). Si por mí fuera, no me quitaría el negro en toda la vida.

SARA.—(*que se ha detenido a escuchar a Mecha, irónica*). Si es verdad que de los arrepentidos se sirve Dios, todavía vas a ir al cielo.

MECHA.—(*saltando indignada*). ¡Sara, que ya no soporto más!

CLARA.—(*interponiéndose afligida*). ¡Vamos, hijas! No discutan ustedes, por Dios, que con eso no alcanzan nada, sino amargarme más la vida. (*Mecha haciendo un esfuerzo supremo domina su exaltación*).

SARA.—(*como antes*). ¡Todavía es capaz de indignarse!

MECHA.—(*estallando*). Sí, soy capaz de indignarme, sobre todo contigo, que eres la que más se ensaña teniendo menos derecho que ninguno. Porque si mi caída trajo a esta casa las desgracias que ha traído, y cuya responsabilidad recojo considerándome la única culpable, te dió a ti una lección que aprovechaste para cuidarte de Arturo.

SARA.—¿De Arturo?

MECHA.—Sí, de Arturo, que venía con malas intenciones. De Arturo, que delante de mí te dijo un día: "No se olvide de aquello". Y tú le contestaste: "Voy a pensarlo. Esas cosas se deben pensar mucho".

SARA.—¡Estás soñando!

MECHA.—No sueño, no.

SARA.—Sobre todo: ¿qué tiene que ver eso?

MECHA.—Que se refería a una entrevista que te pidió fuera de casa. Lo sé por Lolita, que los escuchó. Tú, aprovechando mi experiencia, te resististe, y él, convencido de que no conseguiría nada, se retiró, sin dar excusas siquiera. ¡Claro! Como que no eran tampoco necesarias. Había una desgraciada en la

familia contra la que se arrojarían todas las culpas, todas las miserias.

CLARA.—¡Mecha, por Dios!

MECHA.—No, no callo más, tienen que oirme. Y tú, mala hermana, que has palpado mejor que nadie nuestra debilidad, y que gracias a mí te hiciste fuerte, en vez de ser la primera en perdonarme, me hieres con las armas que te dió mi propia desgracia.

SARA.—Si te dejan hablar no te ahorcan. (*Mutis por primera izquierda*).

FLORA.—¡Vaya! No se disgusten Vds., si todavía esto puede tener una solución muy buena. He visto que ha llegado "el tenderito". (*Medio mutis*).

MECHA.—(*indignada*). ¡Tía! ¿Qué se figura Vd.?

FLORA.—No veo a qué viene ese tono de tragedia.

MECHA.—Viene a que usted no tiene derecho de injuriarme, suponiéndome capaz de ese engaño.

FLORA.—(*imperiosa*). Es posible que así sea, Mecha, pero tú tampoco tienes el derecho de decirlo, y menos en ese tono tan altivo. Debes a los tuyos una reparación, y para dársela no has de preguntar a qué precio. (*Mutis. Mecha llora convulsivamente. Entra Damián por el foro*).

ESCENA III

MECHA *y* DAMIÁN

DAMIÁN.—¿Qué sucede, Mechita?

MECHA.—¡Qué mal me conocen!

DAMIÁN.—¿Te han hecho llorar?

MECHA.—¡Qué horrible cosa es caer, tío! (*Se le arroja al cuello*).

DAMIÁN.—¡Vamos, Mecha! Es necesario que te calmes.

MECHA.—¡Qué horrible cosa es caer! (*Con infinita ternura*). ¡Nada nos redime! ¡Nada nos levanta! ¡Nadie nos perdona!

DAMIÁN.—Serénate, Mechita. En el momento más cruel

de tu caída yo tuve el valor de decir a los tuyos, que todos, incluso mi hermana, contribuyeron a tu desgracia. Esto te lo recuerdo para que no creas que es un consuelo de circunstancias el que quiero darte.

MECHA.—¡Nadie lo piensa así, tío!

DAMIÁN.—Desde que para ti es ante todo un caso de conciencia, basta con que tú lo pienses para que te tranquilices. En cuanto a mí, no sólo te perdono, sino que te admiro, porque a la desgracia de tu caída agregas el dolor del arrepentimiento, y esta dignidad con que soportas la crueldad de los tuyos, que no tienen la generosidad de perdonarte, ni el valor de afrontar la responsabilidad que a ellos también les corresponde.

MECHA.—Gracias, tío. Pero no es que ellos sean crueles y por perversidad me recriminen, aunque a veces hayan llegado a exasperarme; es que la sociedad los hace también víctimas. Y a cada paso, a cada momento reviven el recuerdo de mi falta. Hoy, dejando unas amigas a Sarita con el saludo; ayer, recibiendo fríamente a Enrique en el Club; el otro día, no viniendo una visita esperada; y mañana, y después y siempre, porque yo pequé, y sobre mi pecado deben pesar todas las consecuencias. La señora de López, que según Vd. también tuvo la culpa, porque no habló a tiempo, fué la primera que nos negó el saludo.

DAMIÁN.—Sí, tienes razón. La sociedad es implacable con los que caen. Sin embargo, con su silencio se complota constantemente con los miserables. ¡Cuántos canallas viven haciendo mal porque nadie tiene el valor de desenmascararlos!

MECHA.—¡Cómo tranquilizarme con la conciencia de que otros también tuvieron la culpa! De bastar esa conciencia yo tengo la más absoluta de que no pequé por perversidad y sin embargo no me tranquilizo. ¡Ah! ¡Vd. no sabe, tío! Pero cuando me dijo "te

amo'', de rodillas, frente a mí, con la unción del que reza, como si esas dos palabras fueran toda una plegaria, sentí elevarse mi categoría de mujer a la de Diosa, y comprendí, o mejor dicho, también sentí, porque no pensé, ni razoné, ni deliberé, que no me pertenecía a mí misma, que necesariamente debía ser en absoluto de aquel hombre que operaba en mí el milagro de divinizarme. No, si Roberto no me ha engañado. Huyó despavorido por las referencias de Teresa; pero vendrá. Sí, vendrá. Yo estoy segura que vendrá.

DAMIÁN.—¡No te hagas ilusiones!

MECHA.—¡Cómo no hacérmelas, si vivo con ellas desde el primer día! Lo terrible es que ya no puedo esperar más como hubiera querido. Tía Flora que representa en esta casa a la sociedad, pues que habla siempre en nombre de ella, me recuerda a diario que debo a los míos una reparación con mi matrimonio, que no debo retardar. No le importa con quién. Pero yo, antes de engañar a ningún hombre, prefiero afrontar el dolor de desilusionarme de Roberto, y he conseguido que Teresa me propicie una entrevista con él, en su casa y en su presencia.

DAMIÁN.—¿Piensas ir?

MECHA.—Sí, esta tarde, si él accede a la entrevista, y Vd. no se opone, tío.

DAMIÁN.—Oponerme... Creo, sin embargo, que debiste valerte de esa misma mujer para saber antes lo que piensa. Estando conforme, la entrevista pudo después ser en mi casa. Yo me encargaría de la boda...

MECHA.—¡No! Nunca un mensaje será tan eficaz como mi presencia. Quiero ir yo misma. Y pediré, y rogaré, y suplicaré, y me arrastraré de rodillas, si es preciso. (*Entra Teresa*).

ESCENA IV

DICHOS *y* TERESA

TERESA.—Buenas tardes.

MECHA.—(*ansiosa*). ¿Y...? ¿Consiguió? Hable con toda franqueza delante de tío.

TERESA.—Sí, señorita. Me costó un triunfo dar con el señor Roberto. Pero lo encontré y hablé con él. Dentro de unos minutos irá a casa.

MECHA.—¿Le explicó el objeto? ¿Le dijo que yo también iría?

TERESA.—(*titubeando*). No, señorita. Hablé de usted... pero... (*Transición*). Le dije que tenía una noticia muy importante que comunicarle. El sospecha que se refiere a Vd. porque me lo preguntó... Pero... yo no quise decirle la verdad...

MECHA.— Por qué no se la dijo?

TERESA.—(*titubeando*). Porque... tuve... miedo que él no fuera. No sé cómo decirle... Me pareció leer en sus ojos una negativa.

MECHA.—(*imperiosa*). ¿El se rehusó?

TERESA.—No, señorita Mercedes. Mentiría si le dijera que sí. En fin... No sé... Qué quiere. Tal vez ha sido una creencia mía. Pero él va a ir. Me prometió que irá.

DAMIÁN.—Mecha, no vayas tú.

MECHA.—¡Sí, ahora más que nunca!

DAMIÁN.—Ten cuidado con lo que haces. No cometas una locura que agravaría tu situación y la de los tuyos. Se te debe excusar que por amor hayas cometido un mal; que por ofuscación cometas otro, sería imperdonable.

MECHA.—No, tío, descuide usted. Yo tengo fe en que Roberto me escuchará. (*A la Modista*). Voy a ponerme el sombrero y salimos en seguida. (*Mutis de la modista por derecha*). ¡Tío! Verá Vd. como Ro-

berto no me engañó. No se ha atrevido a insinuarse por la situación que se ha creado en esta casa, pero, a mi primer pedido verá Vd. como responde. (*Haciendo mutis*). No, no, no me engañó. No es posible. No me engañó. (*Mutis. Entra Flora por izquierda*).

ESCENA V

DAMIÁN *y* FLORA, *luego* SARA

FLORA.—¿Y Mecha?

DAMIÁN.—Estimada parienta política, porque nosotros somos casi parientes políticos. ¿Quiere Vd. dejar en paz a nuestra común sobrina?

FLORA.—¡No sé a qué viene esto!

DAMIÁN.—Viene a que ya la están cargando con tanta impertinencia.

FLORA.—¡Grosero!

DAMIÁN.—¿No es que yo le era tan simpático? ¿En qué quedamos?

FLORA.—Solo trastornada puedo haber dicho semejante cosa.

DAMIÁN.—(*zalamero*). ¡Vamos! ¡Vamos, Florita! ¿Cómo es posible en usted esa volubilidad? ¡Después que yo me había hecho ilusiones...! ¡Vamos, Florita! (*Flora regocijada coquetea*). Pero hay que ser más buenos con los que están en desgracia. Yo tengo para mí que la bondad es la suprema virtud.

FLORA.—(*con afectado rubor*). ¿Soy acaso mala yo?

DAMIÁN.—No digo mala, pero podía ser un poquito... más tolerante. Al fin la pobre Mechita demasiada desgracia tiene, para que encima se la estén a diario reprochando. Vd. que es mujer y que seguramente ha amado...

FLORA.—Yo no he amado.

DAMIÁN.—¡No me diga Vd. que no! ¡Vd. debe haber amado! ¿Cómo es posible que una persona con tan-

tos atractivos como tiene Vd. no haya inspirado pasiones, y que una de ellas, a su vez, no haya despertado en su corazón otra, un segundo, siquiera? Que después Vd. la haya desechado, claro está. Pero un segundo de pasión...

FLORA.—Bueno, un segundo de pasión, sí lo he tenido.

DAMIÁN.—¿No ve Vd.? ¿No ve Vd.? Y las personas que han amado, son necesariamente buenas. Vd. lo es, pero no lo demuestra, lo disimula como si tuviera temor de que por su bondad descubrieran que usted amó ese segundo.

FLORA.—¡Qué espíritu observador!

DAMIÁN.—(*socarrón*). Todavía vamos a ser grandes amigos.

FLORA.—¿Nada más?

DAMIÁN.—Sí, todo lo más que Vd. quiera, pero a condición de que Vd. también sea buena con Mechita. Yo me voy unos días afuera, y confío que Vd. me reemplazará en esta tarea tan piadosa de consolarla, de confortar su espíritu; porque esta pobre chica puede cometer una locura de la que nunca nos arrepentiríamos lo bastante.

SARA.—(*por izquierda con traje gris perla*). ¿Están aquí?

DAMIÁN.—Sí, aquí. Oye, Sarita. Le pedía en este instante a Flora un poquito más de tolerancia para con tu hermana Mecha. Hago extensivo a ti el pedido. Antes de ahora hemos conversado otras veces de esto mismo, y creo excusado repetirte que si es de los humanos el error, es también de los humanos perdonarlo... Adiós, Florita. (*A Sara*). Despídeme de la gente.

FLORA.—Adiós espíritu observador. (*Damián hace mutis por el foro dirigiendo una mirada furibunda a Flora que torna en sonriente cuando ésta le mira. Y vase*).

ESCENA VI

FLORA, *y* SARA *luego la* CRIADA

FLORA.—¡Qué hombre tan simpático!

SARA.—(*después de un instante de vacilación*). ¿No estará enamorado de Mecha?

FLORA.—(*con pretensiones de festejada, cómicamente*). ¿De Mecha? ¡Qué esperanza! Por otro lado es la cosa. Puedo asegurártelo.

SARA.—¿Por dónde?

FLORA.—¡Aaah...! Eso sí que no. Es un misterio por ahora. Con Mecha es muy bueno porque "la bondad es la suprema virtud". ¡Ah, Sarita! Si tu hermana no fuera tan rara, su asunto se podría solucionar muy bien.

SARA.—¿Cómo?

FLORA.—Con el "tenderito", que aunque haya vuelto diputado y le hayan sacado los diarios el retrato, todavía debe trascender a género. Al fin ¿qué más quiere? ¡Mujer, apellido y pesos! ¡Cualquier tonto encuentra todo esto junto al dar vuelta en una esquina!

CRIADA.—(*por el foro, jubilosa, anunciando*). El señor Rafael.

FLORA.—(*con exagerada sorpresa*). ¿Nos habrá escuchado?

CRIADA.—No señorita, está en el hall.

FLORA.—Hágalo pasar. ¡La Providencia, hija! (*Mutis de la Criada. Flora llamando con exagerada melosidad*). ¡Mecha! ¡Mechita! (*Después de observar hacia dentro por la puerta que hizo mutis Mecha, con sorpresa*). No está.

SARA.—Estaba en su habitación con la modista, y por aquí no ha pasado.

FLORA.—Pues en su habitación no está.

SARA.—¿Se habrá fugado otra vez?

FLORA.—Sería como para quemarla viva. (*Entra Rafael acompañado por la Criada, que hace mutis*).

ESCENA VII

FLORA, SARA *y* RAFAEL

FLORA.—(*transición, en extremo amable*). ¡Doctor amigo! ¡Flamante diputado! ¿A qué debemos el honor de esta visita?

RAFAEL.—A que mi primer propósito al llegar a Buenos Aires fuera saludarlos y volver a esta casa tan llena de gratos recuerdos para mí.

FLORA.—¡Ah, muy bien! Se lo agradecemos muchísimo. ¡Estamos tan tristes con la desgracia que nos ocurrió...! Con el luto, casi nadie nos visita. ¿Supo Vd. nuestra desgracia, por cierto?

RAFAEL.—Cómo no. La lamenté de veras. Les envié un telegrama de pésame.

FLORA.—¡Vd. siempre tan atento!

RAFAEL.—¿Y la señora? ¿Y Enrique?

FLORA.—Muy bien. Tristes todos como es de imaginarse.

RAFAEL.—¿Y Mecha?

FLORA.—Es a quien ha afectado más la muerte de su padre. Pero, físicamente, está muy bien, mejorada si es posible. ¡Con la palidez de rostro, que ahora tiene...! ¡Eso sí, ha quedado tan nerviosa, que vivimos suspensos de sus labios para complacerla!

RAFAEL.—Quisiera saludarla. ¿Está en casa?

FLORA.—No. Casualmente, no. Pero esperamos que vendrá... de un momento a otro. ¿Quiere mientras tanto pasar? Tomará el te en nuestra compañía. Supongo que no viene con los minutos contados.

RAFAEL.—Absolutamente. Con el mayor gusto. (*Cediéndole el paso por segunda izquierda*). Después de Vd.

FLORA.—Gracias. (*Antes de salir precediendo la frase de una señal de inteligencia*). Fíjate si volvió "aquello", Sarita. (*Mutis de Flora y Rafael. Sara se encamina*

hacia primera derecha. Entra Enrique por primera izquierda evitando ser visto por Rafael).

ESCENA VIII

SARA *y* ENRIQUE

SARA.—(*después de observar hacia adentro por primera derecha*). ¡Enrique! ¿Has visto que Mecha ha salido y no sabemos a dónde?

ENRIQUE.—¡Déjenme tranquilo con Mecha! ¡Que todo el día no se les oye otra cosa que Mecha y Mecha y Mecha! ¡Ya me tienen harto con Mecha! (*Medio mutis por primera derecha*). Si Rafael pregunta por mí, que he salido. Me voy por el ascensor del servicio a la azotea. (*Mutis. Entra Mecha desfalleciente por el foro, asistida por Teresa*).

ESCENA IX

SARA, MECHA *y* TERESA

SARA.—(*sorprendida*). ¡Mecha!

MECHA.—(*quitándose penosamente el sombrero ayudada por Teresa*). Gracias, Teresa, gracias. (*Se deja caer en una silla*).

SARA.—¿Estás enferma?

MECHA.—Sí, pero no llames a nadie. Quiero hablar contigo, a solas.

TERESA.—(*suplicante, aludiendo a una cajita que trae Mecha en las manos*). Señorita Mercedes... ¿Para qué ha comprado eso? Démelo a mí. ¿Para qué lo quiere Vd.? No lo necesita.

MECHA.—Un arrebato, Teresa. Estuve tentada por volver en busca de Roberto. Pero hubiera sido agregar a mi falta un crimen.

SARA.—¿Roberto?

MECHA.—(*con profundo abatimiento*). Sí, ya te explicaré. Déjenos, Teresa.

TERESA.—No, señorita. Yo no me voy si usted no me da eso. (*Gesto negativo de Mecha*). Yo avisaré, gritaré.

MECHA.—No hagamos más escándalo. Le juro que no pienso hacer lo que Vd. sospecha.

TERESA.—Mire Vd. que me ha jurado, señorita.

MECHA.—Sí, Teresa, sí. Vaya tranquila. (*Mutis de Teresa a pesar suyo, por el foro*).

ESCENA X

MECHA *y* SARA

MECHA.—Oye, Sarita. (*Sara alarmada por la serenidad de Mecha, se sienta a su lado, recelosa*). Vengo de tener una entrevista con Roberto en casa de Teresa, con la anuencia de tío Damián, a quien consulté antes de ir.

SARA.—Yo no me explico, Mecha...

MECHA.—(*deteniéndola*). No me interrumpas. (*Pausa*). ¿Recuerdas cuando te dieron la noticia de la muerte de papá, que tú dijiste "no es posible"? (*Pausa*). ¿Cuando después, le viste muerto, con tus propios ojos, te volví a oir murmurar "no es posible"? (*Pausa*). Ha pasado más de un año, y cuando observas su lecho desierto y sientes la ausencia de sus pasos por esta casa, y el vacío de las caricias que te prodigaba, sentada tú sobre sus rodillas, estoy convencida que continúas repitiendo en tu interior, "no... no es posible". Y tanto te alienta esa ilusión, que por momentos esperas volverle a ver entrar, como antes, por una de estas puertas. Y es que las terribles desgracias traen consigo para consuelo de nuestro dolor la idea de que son inverosímiles. Esa idea tenía en el fondo de mi alma respecto de Roberto, y cuando pensaba que

me había engañado, "no es posible" me decía. Y con esta idea, fe o ilusión, vivía relativamente consolada de mi desgracia, y con la esperanza de que un día le vería volver a entrar por una de estas puertas, como antes; pero esta vez en mi busca, para redimirme. (*Pausa*). ¡Hubiera querido vivir indefinidamente así! Para mí no pretendía nada. No aspiraba a casarme...; no pensaba hacer más vida social... ¡Mi retiro absoluto de la sociedad, lo daba por bien pago con haber amado una sola vez, pero a condición de continuar alimentando esta esperanza. Sin embargo, debía a Vds. una reparación. Y pensando que la más razonable y la más propia era pedir a Roberto que se casara conmigo, provoqué esta entrevista, de la que vengo con la impresión definitiva de que "sí, es posible", "sí, es posible". Me engañó. ¡Era un miserable!

SARA.—¡Mecha!

MECHA.—Ya no me interesa más vivir, ni tengo valor para seguir soportando las consecuencias de mi falta. Ahora no encuentro más que dos caminos a seguir: o abandonar esta casa para siempre e irme no sé adónde, o eliminarme. (*Gesto de Sara poniéndose de pie*). Habla con tía Florita, a mamá, por Dios, no le digas nada, y determinen Vds. lo que debo hacer.

SARA.—¡Mecha! ¿qué dices? ¡Estás trastornada!

MECHA.—Es posible. Sin embargo, ya ves, razono todavía. Y como quiero evitarles la crueldad de la comunicación, si dentro de diez minutos no determinan que me vaya, entenderé que debo eliminarme. (*Abriendo la cajita antes aludida, muestra un revólver flamante*).

SARA.—(*da un chillido de desesperación*). ¡Mecha! ¡Mecha!

MECHA.—(*con la voz ahogada*). ¡Calla! No es tiempo ahora de gritar. (*Entra Flora por primera iz-*

quierda y, sucesivamente, Clara, Rafael y Lolita, por segunda. Lolita viste traje blanco).

ESCENA XI

DICHOS *y* FLORA. *Luego* CLARA, RAFAEL *y* LOLITA

FLORA.—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

SARA.—¡Mecha va a suicidarse por nosotros!

FLORA.—Con eso no conseguirías otra cosa que enlodarnos más a todos.

CLARA.—(*entrando*). ¿Qué pasa?

RAFAEL.—(*entrando con Lola*). ¿Qué sucede?

FLORA.—(*transición*). Tonterías de Sarita. En esta casa no se gana para sustos, con los nervios de Mecha. (*Transición, alejando a Clara*). Continúa lo que estabas haciendo. (*Mutis de Clara*).

RAFAEL.—¡Mecha! (*Mecha contesta el saludo tendiéndole apenas la mano*). ¡Qué cambiada está! ¿Padece mucho de los nervios?

FLORA.—¡Vete, Lolita, a estudiar el piano! (*Mutis de Lola*).

MECHA.—(*aludiendo la actitud de Flora*). Sí, padezco mucho.

FLORA.—(*hace una señal de inteligencia a Sara para que se vaya. Esta comprende y hace mutis por derecha*). Con permiso. (*Medio mutis por izquierda*).

MECHA.—¡Tía!

FLORA.—(*con exagerada amabilidad*). Ya vuelvo, Mechita. Ya vuelvo. (*Mutis por primera izquierda*).

ESCENA XII

MECHA *y* RAFAEL

MECHA.—(*nerviosísima, intentando alejarse*). Con permiso, Rafael.

RAFAEL.—No, Mecha. No se vaya. No le perdonaría jamás este desaire. (*Mecha se detiene a pesar suyo*). Cuando se han pasado tantos años ahogando una pasión como la mía; cuando se ha renunciado como yo renuncié, a todas las ventajas que la estada aquí podía ofrecerme en influencias y vinculaciones y se ha tenido el valor de alejarse, que yo tuve, a luchar solo, para elevar un nombre modestísimo, se tiene, por lo menos, el derecho de reclamar la presencia de la persona que nos inspirara tanto esfuerzo, para que nos escuche, siquiera, nuestra gratitud. Esa persona es usted, Mecha.

MECHA.—Ninguna gratitud me debe, Rafael.

RAFAEL.—Sí, Mecha, porque su presencia y su recuerdo, tan vivo como su presencia, fueron los que me alentaron.

MECHA.—Puso un ideal en mí como los poetas en una fantasía, y lo conserva porque nunca lo exteriorizó, — le recuerdo sus propias palabras, — si no ya se habría desilusionado. (*Conmovida hasta las lágrimas*). Y si alguien debe agradecer aquí, soy yo. (*Tendiéndole la mano*). Y yo le agradezco.

RAFAEL.—Mecha.

MECHA.—Pero no continúe, porque más que agradecerle, es imposible.

RAFAEL.—¡Sí! Amarme, Mecha, como yo a Vd.

MECHA.—(*rotundamente*). ¡No! ¡No! ¡Imposible! (*Se encuentra con la mirada fija de Sara que asoma su cabeza por entre el cortinado de primera derecha. Azorada por su presencia vuelve hacia Rafael y después de una angustiosa deliberación íntima se resuelve a decir a éste la verdad*). ¿Y si yo le dijera, Rafael, que hay una grave razón... y le dijera esta razón?

RAFAEL.—(*con profunda alarma*). ¿Afecta a su honor?

MECHA.—(*comprendiendo que la verdad sería inútil, se esfuerza por reir*). No, no, no. ¡Cómo puede pensar eso!

RAFAEL.—Perdóneme, Mecha. Es que no atino a explicarme su actitud.

MECHA.—A la verdad. Estoy como trastornada. ¡Ha sido tan intempestiva su declaración!

RAFAEL.—Así somos los timoratos cuando nos resolvemos: pecamos de violentos. Pero usted debe amarme. Sí, me ama, Mecha.

MECHA.—No, no, Rafael. Es imposible.

RAFAEL.—¿Ni aun suplicándoselo de rodillas?

MECHA.—(*aterrada*). ¡No, no, no! ¡Por Dios! No se arrodille usted. No puedo verle de rodillas. (*Intenta huir por primera izquierda y se encuenta con la mirada fija de Flora que asoma la cabeza por el cortinado de esta puerta, como lo hiciera antes Sara. Mecha se detiene espantada, dejando escapar un grito ahogada*).

RAFAEL.—¡Mecha!

MECHA.—(*en el colmo de la agitación, saltándole el pecho por la respiración angustiosa*). ¡Sea! Sí. (*Le tiende la mano*).

TELON

ACTO TERCERO

(*La misma decoración del primer acto. Se celebra el matrimonio civil de Mecha con Rafael, en casa de ésta. Es de tarde*).

ESCENA PRIMERA

MECHA *y* TERESA

TERESA.—(*observándole el vestido*). Un momento. Aquí parece que no cayera muy bien. (*Le da unos tironcitos de la falda*). Ahora sí. Cae admirablemente. Le queda elegantísimo.

MECHA.—Que quede como quiera. Todo me da igual.

TERESA.—¡Animo, señorita Mercedes!

MECHA.—Sí, Teresa, sí. Esto mismo me he dicho más de cien veces hoy, desde que abrí los ojos. ¡Animo!... Si fuera una cosa que una la fabricara...

TERESA.—¡Qué le va a hacer!...

MECHA.—¡Que me dé Dios valor hasta el fin...!

ESCENA II

DICHOS *y* FLORA. *Luego* CRIADA

FLORA.—¡Estás hecha un bombón, Mechita! ¿Y las chicas?

MECHA.—No sé.

FLORA.—¡Qué horror de lentitud para vestirse! Las tengo que andar arreando. Rafael está nervioso. Ya va a empezar a llegar la gente. (*Llamando*). ¡Luisa!...

CRIADA.—(*por izquierda*). ¿Llamaba la señorita?

FLORA.—¿Aun no están vestidas las niñas?

CRIADA.—La niña Sara, sí. La niña Lolita, tiene todavía para media hora.

FLORA.—Ayúdela usted, mujer, para que termine de una vez... Y encienda las luces.

CRIADA.—(*haciendo mutis*). En eso estoy, niña. (*Mecha se deja caer en una silla*).

FLORA.—Ahora supongo que te dejarás de tonterías. Tienes los ojos rojos de llorar. Y francamente, no sé por qué lloras. (*Mecha, de una pequeña cartera de metal extrae un cisne y se empolva, mirándose en el espejo de la misma cartera*). ¡Claro... mujer!... Si para ti es una solución admirable. Hasta el luto nos ha venido bien, porque todo se hace en la mayor intimidad, como rezan las crónicas.

MECHA.—(*dejándola con el ademán*). Bueno, tía... Bueno... (*Entra Enrique por derecha*).

ESCENA III

DICHOS *y* ENRIQUE

ENRIQUE.—Acaba de preguntarme Rafael por qué se retiró Roberto de casa. (*Gesto de Mecha*).

FLORA.—¿Qué?

ENRIQUE.—Hubiera querido que se abriera la tierra y desaparecer del mapa. Yo no sirvo para mentir. (*Nueva alarma de Mecha*).

FLORA.—(*también alarmada*). ¿Qué le dijiste?

ENRIQUE.—Que... "por pavadas"... Y me mandé mudar, porque si me quedo un segundo más, me entran los nervios y le digo todo.

FLORA.—¡Qué hombre al agua!

ENRIQUE.—¡Qué quiere! Me parece que me lee la verdad en la ropa. Tengo la impresión de que anduviera como esos hombres sandwiches, con un letrero atrás y otro adelante.

FLORA.—Si por estas tonterías andas así, qué sería si hubieras cometido un delito. Yo voy a arreglar eso. Le diré que como era tan festejador, y se jactó de que Mechita lo atendía... De esta manera, si algo le dijeran ya estamos curados en salud. (*Medio mutis*). ¡Ah! No te olvides, Mechita, de guardarme una liga, porque yo no paso de este invierno. (*Mutis*).

ENRIQUE.—¡Qué tupé tiene la parienta! Yo me encierro en el cuarto de baño y no salgo hasta que me llamen para echar la firma. (*Mutis por primera izquierda*).

ESCENA IV

MECHA *y* TERESA

TERESA.—No se aflija, señorita Mercedes. Tal vez su tía tiene razón.

MECHA.—Por sobre sus razones, yo tengo la conciencia de que cometo un crimen.

TERESA.—Si fuera en beneficio suyo... Pero lo hace por su familia, obligada por las circunstancias. Además... Yo que de mí no se cuidan, conozco muchas cosas tan criminales como esta, que se hacen tan tranquilamente.

MECHA.—Sólo estando en mi lugar se daría cuenta del dolor que me significa esto que todos llaman solución y que para mí es el comienzo de nuevas torturas. Al arrepentimiento de este engaño, va a agregarse la farsa que deberé comenzar desde hoy y que no sé hasta cuándo podré soportarla. Además... ¡con qué cara me presento a tío Damián!

TERESA.—¿Vendrá su tío Damián?

MECHA.—No, si Florita arregló todo en quince días, aprovechando que él está afuera, para que la boda se realizara en su ausencia. Estando aquí, él no hubiera consentido esto.

TERESA.—¿Y cómo justifican con su novio que él no venga?

MECHA.—¡Qué sé yo!... Ella se ha encargado de todo, y habrá inventado las historias necesarias. ¡Yo me he dejado llevar por la corriente, como un náufrago! ¡Les ofrecí mi vida! Imagínese si estaré en condiciones de reclamar mi libertad o pedir respeto por mis escrúpulos.

TERESA.—(*a media voz*). ¡Su novio!

MECHA.—No se vaya de casa hasta que nosotros nos retiremos, por si llegara a descomponerme. No me siento bien.

TERESA.—Descuide usted, señorita. (*Se aproxima Rafael*). Voy a ayudar a vestir a la niña Lolita. (*Mutis por primera izquierda*).

ESCENA V

MECHA *y* RAFAEL

RAFAEL.—(*cariñoso*). ¿Qué tal, Mechita?

MECHA.—(*simulando estar alegre*). Ya lo ves, muy bien.

RAFAEL.—Estás verdaderamente hermosa. (*Mecha retribuye la galantería con una sonrisa*). Cuando pienso que voy a llevar conmigo un tesoro tan precioso, desearía disponer de un automóvil blindado, de esos que usan los ingleses en la guerra, por temor a que me lo roben.

MECHA.—(*esforzándose por reir*). ¡Bonita figura haríamos los dos en semejante automóvil!...

RAFAEL.—Es que yo sacrificaría la elegancia a la seguridad, como sacrificaría mi felicidad a tus lágrimas.

MECHA.—Yo no lloro.

RAFAEL.—Pero has llorado. Aun tienes húmedos los ojos.

MECHA.—Francamente... no sé...

RAFAEL.—No te lo reprocho. Yo comprendo que el matrimonio que en nosotros produce una enorme emo-

ción, la produzca con mayor razón en ustedes, para quienes es el acontecimiento verdaderamente grande de la vida. Siempre es una carta que se juega, y tal vez más arriesgada para ustedes que para nosotros. En el reparto del infortunio si lo hubiere, les toca siempre la peor parte. ¡Tienen que soportarnos!

MECHA.—(*angustiada tratando de eludir su presencia*). Quiero ver si todo está bien dispuesto.

RAFAEL.—(*deteniéndola*). ¡No te preocupes! Que estén bien dispuestos nuestros corazones, eso basta. Tu tía Florita que ha corrido hasta aquí con todo, se encargará de lo demás. Hablemos nosotros, mientras tanto, que yo necesito hablar. Tengo como tú mi sensibilidad hipertrofiada, y hablando parece que me descargara de nervios. (*Pausa y mirándola fijamente en los ojos*). ¡Ay, Mecha! Después de haber ansiado tanto este momento, todavía no me hago a la idea de que llegamos a él, y estoy como aturdido. ¡Han pasado por mi alma tantas y tan hondas emociones! La misma precipitación con que se concertó nuestro matrimonio, aunque nosotros nos conociéramos anteriormente, es para mí perturbadora. Y yo no sé si será un reflejo de mi estado de ánimo, pero me parece que flotara en este ambiente como una pesada carga de resignación y de tristeza. Tu madre suspira, tú lloras, Enrique me huye.

MECHA.—No, Rafael.

RAFAEL.—Sí, Mechita. Y tu heroica resistencia a comprometerte conmigo el día de mi llegada a esta casa, que yo asocio a este ambiente, a pesar de mi aturdimiento, me dan la impresión de que nuestro matrimonio no fuera bien mirado por los tuyos, que lo aceptaran como una fatalidad por haberte tú comprometido, y desearan salir de él cuanto antes; como los malos tragos, pasarlos pronto.

MECHA.—No pienses así.

RAFAEL.—¡Qué quieres, Mecha! Te debo ante todo mi franqueza. De otro modo no me explico esta precipitación, que no ha dado tiempo para que viniera mi madre. ¡Apenas ha podido llegar papá! A menos que precisamente haya respondido al propósito de que no venga mi madre.

MECHA.—¡Rafael!

RAFAEL.—Tú no, Mecha. Bien lo sé. Pero tú tía Florita, que es toda vanidad... dicho sea sin ánimo de ofenderla. Sin embargo, se trata de una boda tan íntima: cuatro personas de tu familia, mi padre, tres amigos míos... que bien podían haberle perdonado la ingenuidad y la estética a esa pobre viejecita, que al fin, por sobre la estética y la ingenuidad, es mi madre.

MECHA.—Nadie ha pensado en semejante cosa, Rafael.

RAFAEL.—Hubiera sido razonable que lo pensaran. La sociedad tiene crueles exigencias que yo respeto aunque me parezcan excesivas. Como que habría sido el primero en verme en figurillas, si nuestra boda se celebra en público; no por mí, tampoco por ti, por los tuyos. Tú y yo nos hubiéramos dado por compensados del "ridículo" de mis padres, ante la idea de que si llegamos a ser felices lo deberemos en gran parte a ellos; a mi madre, que mientras confeccionaba ropitas por docenas, educó mi corazón y mi carácter, y a mi padre, que juntó penosamente detrás del mostrador los centavos con que costeara mis estudios. Triste compensación la de ellos, si tú quieres; retribuirles tanto bien, exponiéndolos al ridículo.

MECHA.—(*resolviéndose a descubrir la verdad*). No, Rafael. Yo no puedo consentir que tú llegues a pensar semejante cosa. Yo siento que toda mi alma se subleva.

RAFAEL.—(*deteniéndola, iluminado su rostro por una extraña sonrisa*). No me digas más. Esto me basta.

MECHA.—(*sintiendo una impresión de terror*). ¡Qué

extraña sonrisa hay en tus ojos!... ¡Rafael!... ¿Por qué me miras así?

RAFAEL.—Para llegar por los tuyos hasta el fondo de tu alma y ver que eres buena. Eres buena. (*Le estrecha efusivamente las manos. Mecha llora. Entra Flora*).

ESCENA VI

DICHOS *y* FLORA. *Luego* EPIFANIO

FLORA.—¿Molesto? ¡Jesús!... ¡Mecha!... ¡Estás de sensiblera!

RAFAEL.—¡No sabe usted lo que le agradezco esas lágrimas!

PORTERO.—(*de frac, cediendo el paso a Epifanio*). Pase usted, señor.

RAFAEL.—(*tendiéndole los brazos*). ¡Oh!... ¡papá!...

EPIFANIO.—¡Rafaelito!... Venía afligidísimo temiendo llegar tarde. (*Aludiendo el traje que lleva puesto*). Vengo de la sastrería...

RAFAEL.—(*tratando de interrumpirle*). Papá...

EPIFANIO.—Ha sido una de medidas por aquí, y tizas por allá, desde ayer, que yo creí que no me terminaban el traje.

RAFAEL.—(*como antes*). Voy a presentarle. (*A Mecha como pidiéndole perdón por la ingenuidad del viejo*). Es mi padre. (*Presentando*). La señorita Flora, tía de mi novia...

EPIFANIO.—Tanto gusto, señorita. (*Flora le estrecha la mano bien alto. Sorpresa de Epifanio*).

RAFAEL.—Mi novia... Mechita.

EPIFANIO.—¡Tu novia!... (*Tendiéndole la mano con sumo afecto*). ¡Conque había sido usted la que nos lleva a Rafaelito! (*Lagrimeando mientras finge una sonrisa*). Nosotros, con mi vieja, estamos lo más contentos porque él nos ha asegurado tanto que usted es tan buena...

RAFAEL.—¿Qué es eso, papá?

EPIFANIO.—Y tu madre que me había recomendado que no fuera a moquear...

RAFAEL.—Voy a presentarle a la mamá de Mecha. Venga, papá.

EPIFANIO.—¡Cómo no! Con permiso.

RAFAEL.—(*como antes, llevándose a Epifanio*). Es mi padre. (*Mutis de ambos por derecha*).

ESCENA VII

FLORA *y* MECHA. *Luego* ENRIQUE, *al final* CLARA

FLORA.—¡No es tan mal el suegro! Se ve que Rafael le ha dado una cepillada jefe.

MECHA.—¡Cuándo no criticará usted más, tía!

FLORA.—¿Es que hasta cuando elogio te molesto?

MECHA.—Es que hasta cuando elogia usted critica. (*Llamando por primera izquierda*). ¡Enrique!

FLORA.—Habrá que estar muda, entonces.

MECHA.—Sería preferible.

ENRIQUE.—(*asomando*). ¿Ya hay que echar la firma?

MECHA.—(*indignada*). ¿Tú también te has propuesto martirizarme?

ENRIQUE.—No veo por qué me dices eso.

MECHA.—(*conteniendo su irritación*). Rafael se ha dado cuenta de que le andas huyendo.

ENRIQUE.—¡Qué quieres, Mechita! Para mí es una situación violenta.

MECHA.—Considera cómo será para mí. Y ten presente que si ustedes, en cuyo obsequio voy a cometer este engaño, son los primeros en censurármelo, la ceremonia no llegará a celebrarse.

ENRIQUE.—Yo no te he pedido que por mí lo cometieras.

MECHA.—Pero hasta aquí lo has consentido, y ahora es tarde para salir con escrúpulos. (*Transición*). Ha llegado el padre de Rafael. Ve a saludarlo, y dile a mamá que venga.

ENRIQUE.—(*haciendo mutis por derecha*). ¡No partirse en dos la tierra!... (*Mutis*).

FLORA.—Te observo, Mecha, que acabas de decir "si ustedes son los primeros en censurármelo"... cuando yo entiendo no haberte censurado nada.

MECHA.—No, usted no, tía. Está excluída en absoluto del reproche. Si para usted ésta es la solución ideal, la única solución! ¡Se salva el honor, todos quedamos redimidos! ¡Como que ante la sola noticia de mi matrimonio, la señora de López, que fué la primera en retirarnos el saludo, me ha mandado felicitar y pedir que, por íntima que sea la ceremonia, no dejara de invitarla!...

CLARA.—(*entrando por derecha*). ¿Me llamabas?

MECHA.—Sí, mamá.

FLORA.—¿Quedaron con Enrique?

CLARA.—Sí.

FLORA.—Voy para allá. (*Mutis por derecha*).

ESCENA VIII

MECHA *y* CLARA, *luego* SARA *y* LOLITA, *luego* SEÑORA DE LÓPEZ *y* DORA

CLARA.—¿Qué me querías?

MECHA.—Pedirte que te animes un poco. Rafael ha notado que estás muy abatida.

CLARA.—Yo hago todo lo posible, hija.

MECHA.—Sí, mamita, sí. Bien lo sé. Pero es el caso de hacer un esfuerzo más y habrá pasado todo.

CLARA.—(*suspirando*). ¡Ay! ¡Mecha!...

MECHA.—(*fingiendo estar contenta, para alegrarla*). No es para tanto, mamá. Al fin considera que empezaron por engañarme, y que ese engaño, no sólo me hizo víctima a mí, sino también a ustedes. ¡Desde que no hay otra solución que satisfaga a todos!... (*Transición*). Y en cuanto a la felicidad... ¡Quién

asegura que me ha de estar vedada para siempre!... (*Se echa en sus brazos llorando tiernamente*).

CLARA.—¡Las chicas...! (*Mecha se repone. Entran Sara y Lolita por izquierda*).

SARA.—(*aludiendo a su toilette*). ¿Qué tal estoy? ¿Cómo me queda?

CLARA.—Muy bien, hija.

SARA.—(*a Mecha*). ¿Y a ti, que te parece?

MECHA.—Bien.

SARA.—¡Jesús qué desganada!...

CLARA.—Dime, Lolita. ¿Quién es ese joven de que me ha hablado Flora, que se interesa por ti?

LOLITA.—Aquel con quien toqué el año pasado el piano a cuatro manos.

CLARA.—Después vamos a hablar de este asunto.

SARA.—¡Todavía soy yo la que se va a quedar para vestir santos!...

PORTERO.—(*anunciando*). La señora de López y la señorita Dora.

CLARA.—Que pasen.

LÓPEZ.—(*con exagerada amabilidad, saludando*). ¿Cómo están ustedes? (*Besándola*). ¡Clara...! (*Lo mismo a Mecha*). ¡Mechita...! Te felicito. ¡Es un excelente partido! ¡Qué bien estás!

MECHA.—Gracias.

LÓPEZ.—(*a Dora, aparte*). ¿Has visto qué cara de hipócrita tiene la novia?

CLARA.—¿Quiere que pasemos al salón? Voy a presentarle al padre de Rafael.

LÓPEZ.—(*saliendo con Clara*). Cómo no. Con el mayor gusto. (*Mutis de ambas por derecha*).

SARA.—(*a Dora*). ¿Quieres pasar tú también?

DORA.—Bueno. ¿No vienes tú, Lolita?

LOLITA.—¿Van a tocar el piano?

SARA.—(*fastidiada*). ¡Qué piano, ni piano! Ven si quieres. (*Mutis de ambas*).

ESCENA IX

MECHA *y* LOLITA, *luego* PORTERO, *luego* RODRÍGUEZ *y* FERNÁNDEZ, *luego* BERMUDEZ

PORTERO.—(*anunciando*). El señor Rodríguez. El señor Fernández.

MECHA.—Los amigos de Rafael. Que pasen. Vete, Lolita, al salón. (*Vase Lolita*).

PORTERO.—Adelante, señores. (*Entran Rodríguez y Fernández*).

MECHA.—(*saludándolos*). Señor Rodríguez. Señor Fernández.

RODRÍGUEZ.—Tanto gusto, señorita.

MECHA.—Voy a avisar a Rafael que están ustedes.

PORTERO.—(*anunciando*). El señor Bermúdez.

MECHA.—Sí. Que pase.

BERMUDEZ.—Señorita Mercedes, tanto gusto.

MECHA.—¿Ustedes se conocen?

BERMUDEZ.—Sí.

FERNÁNDEZ.—Cómo no. (*Se saludan*).

MECHA.—Rafael en este momento está saludando a unas señoras. Voy a avisarle.

RODRÍGUEZ.—No lo moleste usted.

MECHA.—No es molestia. Están ustedes en su casa. Con permiso. (*Mutis por derecha*).

ESCENA X

RODRÍGUEZ, FERNÁNDEZ *y* BERMUDEZ

RODRÍGUEZ.—Tomaremos asiento. (*Lo hacen*). Es admirable cómo las circunstancias han vuelto a reunirnos.

FERNÁNDEZ.—A la verdad.

BERMUDEZ.—Estábamos dispersos.

RODRÍGUEZ.—¡Qué carrera más brillante ha hecho este muchacho!

BERMUDEZ.—Los que lo conocíamos tan modesto...

RODRÍGUEZ.—A mí no me ha sorprendido. Fuimos compañeros desde los primeros años, luego en el Colegio Nacional, más tarde en la Facultad... Y ya se veía que iba a surgir. ¡Tenía mucho talento!

FERNÁNDEZ.—Yo lo conocí en el Colegio Nacional. Era un gran corazón. Algunas incidencias nos alejaron un poco, pero siempre en el fondo fuimos buenos camaradas.

BERMÚDEZ.—Yo lo conocí recién en la Facultad; allí nos encontramos todos nosotros. Seis años de aula fueron bastante para que nos hiciéramos íntimos amigos. Tengo por él más que amistad, admiración.

RODRÍGUEZ.—¡Ahora las circunstancias nos reúnen siendo testigos de su matrimonio! (*Se hace un embarazoso silencio que Rodríguez rompe resueltamente*). ¡Qué enormidad!

BERMÚDEZ.—¡Esto es horrible!

RODRÍGUEZ.—¡Miren que un muchacho de esas condiciones, casarse con una mujer...!

BERMÚDEZ.—Que todo el mundo lo sabe.

FERNÁNDEZ.—¡Hasta las piedras de la calle!

RODRÍGUEZ.—(*impetuoso*). Hay que evitarlo.

FERNÁNDEZ.—Claro.

BERMÚDEZ.—Eso se impone.

RODRÍGUEZ.—Ha sido tan precipitada la boda... Pero debemos evitarla, aun estamos a tiempo.

BERMÚDEZ.—¡Claro, hombre! Con llamar a Rafael y decirle...

FERNÁNDEZ.—(*a Rodríguez*). Háblale tú.

RODRÍGUEZ.—(*titubeando*). Yo... francamente... no soy el indicado; porque, si bien es cierto que hemos sido muy amigos, hace algún tiempo se enfrió nuestra relación. Más lógico sería que fueras tú. Lo has tratado más asiduamente.

FERNÁNDEZ.—(*como el anterior*). Hombre... yo... Conmigo tuvo algún incidente, hace ya tiempo, es verdad, pero que dejó cierta aspereza en nuestra

relación. El más indicado sería Bermúdez, que tiene sobre nosotros mayor autoridad.

BERMÚDEZ.—¿Por mis años? Eso es un inconveniente. ¡Quién les dice que Rafael no atribuye mi oficiosidad a un celo recóndito!

RODRÍGUEZ.—¡Nooo... !

FERNÁNDEZ.—¡Nooo... !

BERMÚDEZ.—¡Son tan íntimas estas cosas y cada uno las interpreta tan a su manera, que vaya a saber lo que resultaría! Yo... francamente... no me animo. (*Entra Enrique sin ser visto*).

ESCENA XI

DICHOS *y* ENRIQUE

BERMÚDEZ.—Además, tanto escándalo no se ha hecho. El luto de la familia simultáneo a la fuga de Mecha, cubrió como un piadoso manto el asunto.

ENRIQUE.—(*aparte*). ¡Cómo están poniendo a mi familia!

RODRÍGUEZ.—Y últimamente, si Rafael se casa, que se case. ¡Quién le manda ser estúpido!

ENRIQUE.—(*aparte*). ¡Zás, al novio! (*Entra Damián*).

ESCENA XII

DICHOS *y* DAMIÁN

ENRIQUE.—(*aparte*). Se compuso la fiesta. (*Alto, tendiéndole la mano*). ¡Hola, tío Damián!

DAMIÁN.—¿Aun tienes el valor de tenderme la mano? ¿Se han casado ya?

ENRIQUE.—Todavía no ha venido el oficial del Registro.

DAMIÁN.—He llegado a tiempo. (*Entra Flora por derecha, llama por el timbre*).

ESCENA XIII

DICHOS *y* FLORA

FLORA.—(*aparte*). ¡Esto sí que no estaba en mis libros!

DAMIÁN.—Sin duda alguna ha sido usted la que ha tramado todo.

FLORA.—Baje la voz, Damián.

DAMIÁN.—No, si tengo interés en que todos me escuchen.

FLORA.—(*alejando a los testigos*). Señores, Rafael les invita a pasar. Está en este salón con los demás concurrentes. Por aquí, señores. (*Mutis de los testigos por segunda derecha. Entra la Criada*).

CRIADA.—¿Llamaban?...

DAMIÁN.—(*a la Criada*). Diga usted al señor Rafael que necesito hablar con él inmediatamente. (*Mutis de la Criada y de Flora, por derecha*).

ESCENA XIV

ENRIQUE *y* DAMIÁN, *luego* MECHA

DAMIÁN.—Parece mentira, Enrique, que hayas consentido esto.

ENRIQUE.—¿Qué culpa tengo yo, si han sido manejos de tía Florita?

DAMIÁN.—Tú no debiste hacerte cómplice con tu silencio.

MECHA.—(*por derecha, angustiada*). ¡Tío!

DAMIÁN.—(*despectivo*). ¡Mecha!

ENRIQUE.—(*haciendo mutis por primera derecha*). ¡Ahora sí que me encierro en el baño y abro la ducha!

ESCENA XV

MECHA *y* DAMIÁN

DAMIÁN.—Es increíble que hayas llegado a esta situación; que realices tranquilamente este engaño, que no hayas tenido reparos en arrojar baldón semejante sobre un hombre honrado, que a ti te consta que es honrado, porque sabes cómo se formó, luchando a brazo partido con la vida. Y tu falta, que todo el mundo conoce, cae sobre él como una lápida de ridículo y de ignominia.

MECHA.—Yo voy a explicarle, tío.

DAMIÁN.—No, nunca, jamás llegarás a explicarme este crimen que yo he venido a evitar.

MECHA.—¡Tío! ¡No! Escúcheme primero.

DAMIÁN.—Nada tengo que escucharte, sino renegar de la hora en que llegué a creer en tu inocencia y hasta admiré la dignidad de tu dolor fingido.

MECHA.—¡No!

DAMIÁN.—Sí, fingido. Porque esta actitud final te presenta ante mis ojos como una mujer sin pudor.

MECHA.—(*dando casi un alarido*). ¡No! (*Transición*). Usted no sabe, tío, todo lo que llevo sufrido; la tortura que esto me significa... Cuando tuve la evidencia del engaño de Roberto, intenté suicidarme, en circunstancias que llegó Rafael por su desgracia y para acabar de completar la mía. Tía Flora me dijo que mi muerte, en vez de desagraviarlos, los enlodaría más a todos. Y me dejaron sola con Rafael sabiendo que me pretendía, para que lo aceptara. Y yo lo acepté, sabiendo también que lo hacía mi víctima, no por mí, por ellos. (*Con profunda serenidad*). Pero aún es tiempo de evitarlo. Sí, estamos en tiempo. En mi aturdimiento, porque yo ya estoy enloquecida, no veo más soluciones que huir de esta casa, cometer este crimen, o suicidarme.

DAMIÁN.—¡Mecha!

MECHA.—Sí, suicidarme. La muerte sería para mí la liberación de esta tortura terrible.

DAMIÁN.—Francamente, te han colocado en una situación sin salida. (*Intenta marcharse*).

MECHA.—No, ahora no se vaya. Usted que me ha dicho tantas verdades, dígame la última. Resuelva lo que debo hacer. Pero ya, que no podemos perder tiempo.

DAMIÁN.—¿Qué quieres que yo resuelva?

MECHA.—Lo que deba hacer.

DAMIÁN.—Mecha, la conciencia se subleva ante la idea de un engaño semejante, pero la vida no ofrece tampoco otra solución. ¡Qué quieres que yo resuelva! ¡Cásate!

MECHA.—(*estallando en sollozos se arroja en sus brazos*). ¡Tío! ¡Y qué horrible es esta solución!

DAMIÁN.—Mi cariño por ti y por los tuyos me hace también un miserable cómplice.

MECHA.—(*enjugándose los ojos y empolvándose*). Me olvidaba que ya no tengo derecho ni de llorar. Acompáñeme, tío, que ya no me dan las fuerzas ni para mantenerme en pie.

DAMIÁN.—No, no puedo. Deja que me marche. (*Entra Rafael*).

ESCENA XVI

DICHOS, RAFAEL *y* FLORA, *luego* PORTERO

RAFAEL.—(*alegre seguido de Flora*). ¡Hola, señor Damián! ¡Qué placer verle por aquí! Me dijeron que me llamaba.

DAMIÁN.—(*turbado*). Sí, es verdad. Para excusarme de no asistir a su matrimonio. Acabo de llegar en este instante y un asunto urgente me lo impide.

RAFAEL.—¡Cuánto lo lamento! Pero, qué le vamos a hacer. (*Mutis embarazoso de Damián*).

PORTERO.—(*anunciando*). El oficial del Registro Civil. (*Mutis de Flora*):

RAFAEL.—Hágalo pasar a ese salón. (*Señala por el fondo hacia izquierda. Mutis del Portero. Hablando hacia dentro por el fondo derecha*). ¿Quieren pasar, señores? Ya tenemos el escribano en casa. (*Pasan por el fondo de derecha a izquierda, formando parejas Clara y la señora de López, Flora y Epifanio, Sara y Dora, Rodríguez y Lola, Fernández y Bermúdez*).

ESCENA XVII

RAFAEL, MECHA, RODRÍGUEZ, FERNÁNDEZ *y* BERMÚDEZ

RAFAEL.—(*al encontrarse con los tres testigos, mientras hacen mutis los restantes personajes*). Mis amigos: de hoy en más, ustedes van a testificar con su firma que yo soy un hombre feliz.

RODRÍGUEZ.—Para eso hemos venido. (*Mutis de éste, Fernández y Bermúdez*).

ESCENA FINAL

MECHA *y* RAFAEL

RAFAEL.—¿Y tú, Mechita? ¿Vamos?

MECHA.—(*después de una intensa lucha interior, resuelta*). No, Rafael. Es superior a mí. Yo no puedo. Yo no puedo. Por sobre los míos, por sobre todas las exigencias de una reparación inicua, por sobre mi vida, está la conciencia de este crimen, que yo no lo cometo. Es necesario que lo sepas. Yo pequé, fuí engañada, caí, y ha sido tan pesada la carga de mi infortunio, me ha agotado tanto llevarla sobre mis espaldas, que ya no tengo fuerzas para suicidarme. (*Cayendo de rodillas*). Mátame tú.

RAFAEL.—(*fríamente, tendiéndole una mano para levantarla*). Ya lo sabía.

MECHA.—(*espantada*). ¿Qué?

RAFAEL.—(*con cruel ironía*). ¿Y sabes quién fué el generoso que me salvó de este engaño? ¡Roberto! Por él y por Teresa, a quien escuché sin ser visto, lo sé todo. (*Con suprema dignidad*). Conozco tu pecado, tu arrepentimiento y el sacrificio que te significaba este engaño. Y esa sonrisa que hace un instante descubrías en mí cuando estuviste a punto de confesármelo todo, la inspiró la satisfacción con que sentí que para mí por tu dolor y tu sinceridad te ibas redimiendo. De poder volverte a la vida, te instaría a que te la quitaras, como sé que una vez lo intentaste, para purificarte a los ojos del mundo por la suprema expiación.

MECHA.—¡Rafael!

RAFAEL.—Te hubiera querido pura como la luz de tus ojos; inmaculada, como te evocaba en mis sueños... Pero, ¡qué sueños! Para mí ya estás purificada por tu dolor y por esta lealtad de que acabas de darme prueba.

MECHA.—(*arrodillándose de nuevo*). ¡Rafael!

RAFAEL.—(*besándola en la frente y ayudándola a levantarse*). ¡Levántate!

MECHA.—(*aturdida*). ¿Es verdad, Rafael, que me perdonas? (*Llamando*). ¡Mamá! ¡Enrique! ¡Sara!

RAFAEL.—¡Calla! ¿Qué vas a hacer?

MECHA.—¡Decirles a todos que tú me perdonas!

RAFAEL.—(*con reconcentrada indignación*). No les descargues su conciencia de cómplices, que luego serían los primeros en despreciarme. En el fondo yo sé que todos sentirán desprecio por mí, pero nadie se atreverá a exteriorizarlo, porque le exigiría una explicación, y este complot del silencio hecho al-

rededor de tu engaño, nadie lo descubrirá. (*Con triste ironía*). Y siempre es menos censurable ser víctima, que ser magnánimo. (*Tendiéndole el brazo*). Vamos, Mechita. (*Se encaminan al salón*).

TELON

EL SEÑUELO

Comedia en tres actos

Estrenada en el Teatro San Martín, de Buenos Aires, el jueves 1.° de marzo de 1917, por la compañía porteña: Rosich-Ballerini.

PERSONAJES

Lucía	Andrés
Margarita	Inocencio
Elvira	Ramón
Sofía	Rafael
Luisita	Martín
Doña Gerarda	Capataz
Ventura	Peón 1.º
Corbatita	Peón 2º
Don Julián	Maquinista
Victorino	Arturo

Un chico

Paisanos, paisanas, músicas y cantores.

ACTO PRIMERO

(Patio de campo. A izquierda en primer término, cocina. Al fondo galpón con enramada, y a derecha, pozo de balde. Una puerta en la cocina y dos en el galpón. Arboleda a derecha, y al fondo perspectiva de trigal segado, con parvas de trecho en trecho. Plena luz).

ESCENA I

MARGARITA *y* DON JULIÁN

JULIÁN.—(*llegando con dos baldes de latas de kerosene vacíos, y quitándose el polvo y pajas de trigo del sombrero y ropas*). Buen trabajo bruto este! De arrimarse nomás a la máquina, cada vez que voy con l'agua, me pongo a la miseria!

MARGARITA.—Es qu'está el viento de arriba, don Julián.

JULIÁN.—Los pobres horquilleros no se pueden ver de tierra. Con este calor que hace, de pronto se arremolinan como resabiaus... Pero la máquina pide trigo y hay que darle. Y el que trabaja en la cola, el corbatita ese, está de tierra hasta el cogote.

MARGARITA.—Y no se empacha la máquina, don Julián?

JULIÁN.— Diande se v'a empachar, si cuanto le merman gavillas, comienza a rezongar como si se quejara y da dos pitadas pa que se apuren. Aquello es un "meta y ponga" que la marea. Y pa l'agua: chupa pior que mamao después de haber dormío la mona! (*Mutis de Margarita hacia la cocina, mientras don Julián saca agua del pozo para llenar las*

latas. Entra por el foro izquierda, Ramón, cubierto de polvo y paja).

ESCENA II

JULIÁN *y* RAMÓN. *Luego* MARGARITA

RAMÓN.—Mucha fagina, don Julián?

JULIÁN.—Ya me tiene medio deslomao. Deseando estoy que la máquina se trague de una vez estas parvas pa que salga pal campo, así la surte el aguatero.

RAMÓN.—(*en circunstancias que Julián va a echar agua del balde en las latas*). Prieste, don Julián. Voy a tomar un trago. (*Bebe del balde*).

JULIÁN.—Se les acabó l'agua de la damajuana?

RAMÓN.—No, pero está media caliente, y con la tierra y la caña es un rigor. (*Se oye un silbato corto de la trilladora*). Ahí lo hablan, don Julián.

JULIÁN.—(*disponiéndose a salir con las latas*). Pucha con la máquina!

MARGARITA.—(*ofreciéndole un mate*). Un amargo, don Julián.

JULIÁN.—(*contento, tomándolo*). Güeno, aunque sea de parao. (*Después de dar unos sorbos apresuradamente*). Gracias, muchacha. (*Mutis por donde entró*).

ESCENA III

RAMÓN *y* MARGARITA. *Luego* ANDRÉS

RAMÓN.—(*con intención*). El que anda a los remezones y como por empacarse, es el de la corbatita colorada, ese que le lee los libros a usté.

MARGARITA.—(*fastidiada*). A mí nadie me lee nada.

RAMÓN.—Está enojada?
MARGARITA.—No sé por qué. (*Medio mutis*).
RAMÓN.—Diga... Hasta cuándo me v'a tener penando?
MARGARITA.—Ya l'he dicho que no quiero saber nada.
RAMÓN.—Claro... Como yo no le digo cosas de los libros.
MARGARITA.—Por si acaso que ese hombre tiene algo que ver conmigo?
RAMÓN.—Son tantos los que la prietenden, que usté ni sabe con cual quedarse. Todavía aquí se v'armar la gorda, por causa suya.
MARGARITA.—Yo no tengo la culpa de que anden sonsiando atrás de mí.
RAMÓN.—Usté los consiente.
MARGARITA.—Yo hago mi trabajo y no consiento a nadie.
RAMÓN.—Por qué nos mira, entonce?
MARGARITA.—Y pa qué son los ojos?, o quiere que me los arranque?
RAMÓN.—Vea, yo ni así dejaría de quererla.
ANDRÉS.—(*entrando por el mismo sitio y en las mismas condiciones que los anteriores, trae una damajuana y con marcado fastidio*). Buen comedido había sido usté, amigo. Allá nosotros esperando l'agua...
RAMÓN.—Por si acaso que yo soy peón suyo?
ANDRÉS.—Peón suyo! Está bueno! (*Medio mutis de Ramón, mientras Andrés se dispone a beber del balde*).
MARGARITA.—No se irá a pasmar, Andrés, si toma así sudao es'agua fría?
RAMÓN.—(*volviéndose*). Vea como lo cuida. No se puede quejar, amigo.
ANDRÉS.—(*después de dirigir una mirada de fastidio a Ramón*). Si hubiera a mano un matecito...
MARGARITA.—Cómo no! (*Medio mutis*).

RAMÓN.—Diga, cocinera... Cuántos somos... de mes?
MARGARITA.—Oh! no sea zonzo. (*Mutis para la cocina*)

ESCENA IV

RAMÓN, ANDRÉS *y* DON JULIÁN

ANDRÉS.—Hace tiempo que me andás buscando. Y a mí el que me busca me encuentra.

RAMÓN.—Así me gusta un criollo que abre la boca y no grita. (*Entra Julián con las latas vacías. Se oyen dos silbatos cortos de la trilladora*).

ANDRÉS.—Yo te v'y a dar no grita. (*Ambos echan mano a los cuchillos sin llegar a sacarlos*).

JULIÁN.—(*imponiéndose*). A ver, muchachos, que van hacer? N'oyen? La máquina pide trigo y hay que darle. (*A Ramón*). Marchá, pues, vos. Que te estás empacando. (*Mutis lento de Ramón*). Parecen criaturas. (*A Andrés*). Y vos tan luego; el hombre de confianza del patrón; el que más quiere; más que al capataz, con ser capataz; más que a mí que m'he embejecío sirviéndolo.

ANDRÉS.—Qué quiere, don Julián, si me provoca.

JULIÁN.—Es que andan todos como pichichos atrás d'esa muchacha.

ANDRÉS.—Yo no, don Julián, se lo asiguro. (*Se dispone a marchar con la damajuana*).

JULIÁN.—Qué siguro ni qué siguro. (*Quitándole la damajuana*). Trái p'acá. Yo v'y a llevarla. Aura lo único que faltaba es que se peleen allá entre toda la peonada. (*Mutis con la damajuana. Andrés se sienta en primer término derecha, sobre un bancón rústico, quedando profundamente preocupado*).

ESCENA V

ANDRÉS *y* MARGARITA

MARGARITA.—(*ofreciéndole un mate*). El mate. (*Pausa mientras Andrés sin salir de su preocupación, bebe el mate*). No le haga caso, Andrés. Se ha empeñado en que lo quiera a la fuerza. Y por eso anda enojao.

ANDRÉS.—Y qué culpa tengo yo, que no lo quiera?

MARGARITA.—(*espontánea*). Es que como vé que yo a usté... (*Al mirarla, Andrés se corta. Pausa*). Cómo está de cambiao, Andrés. No parece el mismo. Desde que llegaron esos puebleros a la estancia, es otro.

ESCENA VI

DICHOS *y* DON JULIÁN

JULIÁN.—(*después de mirar hacia derecha*). Allá vienen los puebleros. (*Andrés se incorpora súbitamente*).

MARGARITA.—No vé. Si parece que le hubieran hecho "daño".

JULIÁN.—Ja, ja. Vienen a media rienda pu el camino y uno atrás del otro como cuentas de rosario. Buenos puebleros maturrangos! Ja, ja! El de adelante viene como guacho a los cabezales del recau y se ladea pa los laus como maleta e loco. Disparador el mocito! Ahurita nomás rueda el picazo qu'es tan flojón de mano, y lo clava de cabeza. Rodó el picazo. Ni que juera brujo. (*Andrés se muestra visiblemente alarmado*). Corré a socorrerlo. Saltá en pelo a la zainita. (*Mutis de Andrés corriendo por derecha*).

MARGARITA.—Se habrá lastimao el mozo?

JULIÁN.—No se vé más que la polvareda. Quebrao no está, por que se para. (*Pasan corriendo por el foro Peón 1.º y Peón 2º*).

PEÓN 1.º—(*riendo*). Rodó el pueblero.

PEÓN 2.º—(*golpeándose la boca*). Pi bu ju ju uuuu. Qué clavada! Pior que taba! (*Mutis de ambos por derecha. Entra "Corbatita". Viste saco muy corto y pantalón estrecho; trae en la mano un cuello, una corbata colorada y un libro*).

ESCENA VII

JULIÁN, MARGARITA *y* CORBATITA

JULIÁN.—Se compuso el baile! Cayó el de la corbatita!

CORBATITA.—Quiere prestarme un jarro, cocinera?

MARGARITA.—Cómo no! (*Mutis*).

JULIÁN.—Por qué no toma del balde, amigo?

CORBATITA.—No acostumbro.

JULIÁN.—Ya se vé qu'es hombre de pueblo. (*Margarita vuelve con el mate que dá a Julián y un jarro que enjuaga y llena de agua. Julián ofreciendo el mate a Corbatita*). No gusta un amargo?

CORBATITA.—Ahora no, gracias.

JULIÁN.—(*Bebiéndolo*). Más pasto pa mi caballo.

MARGARITA.—(*ofreciendo el agua a Corbatita*). Sírvase.

CORBATITA.—Por ser de sus manos, parece que viniera más fresca.

JULIÁN.—(*aparte*). Dentró a tallar la política. (*Corbatita mientras bebe, mira picarescamente a Margarita*).

MARGARITA.—(*intentando tomarle el jarro*). Acabó?

CORBATITA.—Todavía no. (*Repite la operación. Margarita intenta de nuevo tomar el jarro*). No me apure si me quiere sacar bueno. (*Pausa*). Y que pensó de aquéllo?

MARGARITA.—De qué cosa?

CORBATITA.—De aquello que le hablé, del amor.

JULIÁN.—(*aparte*). Otra papa a la olla! (*Bebe del mate haciendo ruido para llamar la atención*).

MARGARITA.—Yo por ahora, no pienso "tomar estado".

CORBATITA.—No tome estado; ni se le ocurra tomar estado. El estado es la usurpación de la libertad del individuo. (*Señalando el libro que tiene en la mano*). Aquí está escrito. No crea que le macaneo. Pero yo precisamente no le hablaba de "tomar estado". Los hombres hemos nacidos para amarnos como los pájaros, libremente. Tome el jarro. (*La máquina vuelve a dar dos pitadas cortas. Entra el Capataz*).

ESCENA VIII

DICHOS *y* CAPATAZ

CAPATAZ.—(*imperioso*). La máquina a las pitadas, y vos aquí de charla.

CORBATITA.—Yo no soy horquillero, capataz, trabajo en la cola.

CAPATAZ.—Marchá a horquillar inmediatamente.

CORBATITA.—Me parece que tengo derecho de tomar agua.

CAPATAZ.—Marchá a horquillar, te he dicho.

CORBATITA.—(*haciendo mutis*). Se va a acabar la tiranía de las máquinas y el despotismo de las clases superiores.

CAPATAZ.—¿Qué decís?

CORBATITA.—No digo nada. (*Mutis de éste por segunda izquierda y de Margarita, con el mate, hacia la cocina*).

ESCENA IX

DON JULIÁN *y* CAPATAZ

CAPATAZ.—Diga, viejo...

JULIÁN.—(*descubriéndose*). Señor.

CAPATAZ.—¿Cuál es la mejor cama que hay aquí, en el galpón de los peones?

JULIÁN.—La de Andrés, señor: tiend'en un catre, muy asiadito.. Los demás tendemos en el suelo.

CAPATAZ.—¿Y ese corbatita? ¿Qué "lingerá" tiene?

JULIÁN.—La que lleva en la mano: un cuello, una corbata, y unos libros.

CAPATAZ.—¿Y en qué duerme?

JULIÁN.—En un catre viejo y unas bolsas que se rebuscó con el maquinista. Tiran en yunta con el extranjero. De noche se llevan el candil pa un rincón del galpón, éste comienza a ler del libro y manotiar como si se ahugara. El otro se lo pasa a los cabezasos como lechuza. Anoche parece que no se entendían, porque comenzaron a discutir juerte. Como estaban incomodando, Ramón le sacudió con un bofe al candil y se los hizo saltar pal techo. Había que verlos, capataz! Se alzaron los dos como leche hervida. El extranjero en la oscuridá echaba juego por los ojos, y éste comenzó la gritería con esa política que tiene y que nosotros no podemos entenderle: "los derechos"... "la libertá"... Qué sé yo qué cosas raras decía! Y nosotros las risadas abajo de las cubijas.

CAPATAZ.—De modo que se divierten.

JULIÁN.—Nunca falta de qué ráirse. Y más con esta mezcla que hay áhura. De pronto en un trabajo habemos muchos que no nos entendemos. Ya los criollos vamos quedando cortaus, como yegua en corral ajeno.

CAPATAZ.—Bueno, prepare la cama de Andrés para

acostar al mozo de la rodada hasta que venga a buscarlo el coche de la estancia.

JULIÁN.—La cama está tendida, capataz. Después qu'él sale pal campo se la tiende la cocinera.

CAPATAZ.—Ah!, conque Andrés había tenido quien le tienda la cama!

JULIÁN.—Vaya a saber, capataz! Para qué le v'y a decir. Yo no sé nada.

CAPATAZ.—No acaba de decirme que le tiende la cama.

JULIÁN.—Eso sí.

CAPATAZ.—Yo no digo más, tampoco.

JULIÁN.—Es que como andan todos atrás d'ella pior que mangangases...

CAPATAZ.—Ya sé que por causa de esa mujer han habido varias cuestiones entre la peonada.

JULIÁN.—¡Qué le v'hacer, capataz! ¡Son muchos pa una! (*Se oyen por derecha voces y algunos lamentos*).

CAPATAZ.—Ahí lo traen.

JULIÁN.—Por los quejidos parece que viene mal el mozo.

CAPATAZ.—No debe ser gran cosa. El suelo estaba blandito.

JULIÁN.—Quebrao vide que no estaba porque se paró.

CAPATAZ.—Se queja de máula. (*Suena un silbato corto de la trilladora. Julián llena las latas y hace mutis por izquierda, mientras llegan a escena Andrés, Peón 1.º y Peón 2º trayendo cargado a Inocencio, que viene sucio de tierra y con la nariz lastimada. Entran con ellos Elvira, Luisita y Martín. Las damas visten de amazonas. Los caballeros de brecche y saco cazadora*).

ESCENA X

DICHOS, ELVIRA, LUISITA, INOCENCIO, MARTÍN, ANDRÉS, PEÓN 1.º *y* PEÓN 2º

CAPATAZ.—¿Qué es lo que más le duele, señor?

INOCENCIO.—(*exagerando el gimoteo, señala distintos sitios del cuerpo*). Aquí, allá, acá...

ELVIRA.—¡Jesús, hombre! ¡Está peor que una Magdalena!

INOCENCIO.—Vd. porque no le duele. (*Cambiando de tono*). No me tiren tanto ustedes, que me van a arrugar el traje. (*Entra Lucía, riendo, la sigue Ventura*).

ESCENA IX

LUCÍA.—¿Van a tener a este hombre aquí?

INOCENCIO.—(*quejándose exageradamente*). ¡Ay!

ELVIRA.—¡Cállese, por Dios! Con esos quejidos nos está asustando. Nos ha venido a ahogar el paseo por andar corriendo como loco.

CAPATAZ.—Pásenlo al galpón, y lo acuestan en el catre de Andrés.

INOCENCIO.—¿Me van a acostar en un catre?

CAPATAZ.—Sí, señor, hasta que venga el coche de la estancia.

INOCENCIO.—(*a Elvira*). Ojalá se caiga Vd. también. (*Mutis de Inocencio, llevado por Andrés, Peón 1.º y Peón 2º. Les siguen Luisita y Martín*).

ELVIRA.—Fijensé, la facha de ese sopenco, echándome maldiciones. (*Mutis hacia el galpón, de Elvira y Lucía, riéndose. Vuelve Julián con las latas vacías*).

ESCENA XII

VENTURA, CAPATAZ *y* JULIÁN. *Luego,*
LUCÍA *y* ELVIRA

VENTURA.—¿Habrá que buscar un médico?

CAPATAZ.—Está de aquí nueve leguas. en el pueblo, y no sale al campo sino de mañana. Así que hasta mañana no lo podemos traer.

VENTURA.—Pero a este mozo no se le puede dejar así, hay que darle algo. (*Vuelven Lucía y Elvira*).

JULIÁN.—Ahi'stá la vieja Geralda, capataz, qu'están güena médica. A Margarita en una rodada muy juerte que pegó, le salvó la vida.

CAPATAZ.—¿Donde'stá?

JULIÁN.—Vino a rebuscarse unas achuritas de la carniada. Está'trás de la cocina, como lagarto al sol, la pobre.

CAPATAZ.—And'a traela. (*Vase Julián hacia atrás de la cocina*).

LUCÍA.—¿Quién es esa médica?

CAPATAZ.—Una viejita de por acá, que cura la paisanada de los alrededores.

ELVIRA.—¿Con brujerías?

CAPATAZ.—Se vale de yuyos del campo, y hace sus cosas, pero no dá a tomar nada malo.

ELVIRA.—¿Y cura?

CAPATAZ.—Al menos por acá le tienen mucha fé.

VENTURA.—(*con malicia*). ¿Está por pedirle algún remedio para el amor?

ELVIRA.—¿A Vd. qué se le importa, atrevido? (*Entran Doña Gerarda y Julián*).

JULIÁN.—Ahistá el mozo en el galpón.

GERARDA.—Vamos a verlo.

ELVIRA.—La facha de la médica. (*Vánse hacia el galpón todos menos Lucía y Ventura*).

ESCENA XIII

LUCÍA *y* VENTURA

VENTURA.—¿No le interesa el diagnóstico?

LUCÍA.—No. Pero, vaya Vd., si quiere.

VENTURA.—Prefiero estar a su lado.

LUCÍA.—(*farsaica*) ¡Qué persona más galante! (*Se sienta en el brocal del pozo, juguetona*).

VENTURA.—Tenga cuidado, Lucía. No acabemos de completar la fiesta, teniendo que sacarla del pozo.

LUCÍA.—¿Vd. sería capaz de tirarse de cabeza por sacarme?

VENTURA.—Lo pensaría.

LUCÍA.—Entonces no se tira.

VENTURA.—Es posible. Pero trataría de conseguir un gancho, para pescarla.

LUCÍA.—¡Jesús! qué prosaico! ¡Un gancho!

VENTURA.—Sin embargo, no dejaría de ser ideal, pescar de un pozo una sirena. (*Viendo agitarse a Lucía*). Cuidado que voy a tener que ir a buscar el gancho.

LUCÍA.—¡Tengo unas ganas de jugar, de correr, de gritar...!

VENTURA.—Vaya por lo que ayer estaba con todos los demonios. Confieso que jamás he tratado un ejemplar más raro de mujer.

LUCÍA.—(*riendo*) ¿Por eso le intereso?

VENTURA.—Convengamos en que ya se está pasando de rara para ser coqueta.

LUCÍA.—(*farsaica*) ¿Coqueta yo?

VENTURA.—No sé de qué otra manera ha de llamarse una niña que acepta galanteos de cinco caballeros, a la vez?

LUCÍA.—Yo no los provoco, conste. Luego, no soy coqueta. Me dejo amar, simplemente.

VENTURA.—¡Muy bonito!

LUCÍA.—¿No festejan ustedes a cuantas se les ocurre a

un mismo tiempo? ¿Por qué alguna vez no habían de invertirse en cierto modo los papeles?

VENTURA.—¡Qué cruel es Vd!

LUCÍA.—¿Vd. lo dice, que ha engañado a medio género femenino?

VENTURA.—Esas son habladurías.

LUCÍA.—¿Habladurías, haber llenado la crónica galante de diez años, por lo menos?

VENTURA.—Vd. ha podido dar crédito a esas cosas?

LUCÍA.—Vamos. No se haga ahora el modesto. Lo amaban. Qué iba Vd. a hacerle!

VENTURA.—Lo que hay es que usted, como buena mujer, prefiere seguramente al idiota de Inocencio, y por eso conmigo se hace la interesante.

LUCÍA.—(*riéndose*) ¡Está celoso!

VENTURA.—¿Celoso yo?

LUCÍA.—Los celos lo vuelven hasta grosero conmigo.

VENTURA.—Perdóneme, Lucía, si lo he sido. Pero Vd. tiene el don de sacarme de quicio.

LUCÍA.—Lo gracioso es que todos lo han sido del mismo modo, para arrepentirse luego.

VENTURA.—Es Vd. intratable.

LUCÍA.—¿Les busco yo, acaso? Luego no tienen razón de fastidiarse si no los tomo en serio.

VENTURA.—Es que Vd. no tiene derecho de no tomarme a mí en serio.

LUCÍA.—¡Jesús, qué pretensión! Por otra parte, son Vds. egoístas. Supongamos que yo estuviera enamorada por igual de todos, cómo me las compondría si cada uno de Vds. me pretende, exclusivamente?

VENTURA.—Siga Vd. por ese camino. Ya caerá.

LUCÍA.—(*riéndose*) ¿Al pozo ?

VENTURA.—Le juro que caerá.

LUCÍA.—¡Qué bueno! Pero si caigo Vd. no me va a pescar con gancho, se tirará de cabeza. (*Entra Julián*).

ESCENA XIV

DICHOS *y* JULIÁN

LUCÍA.—¿Qué dice la médica?

JULIÁN.—Parece qu'el mozo tiene medio machucaus los bofes.

LUCÍA.—Pues no es nada con el diagnóstico.

JULIÁN.—El picaso le acostó con lo ancho'el lomo. Habrá que avisarle al patrón pa llevarlo al pueblo.

LUCÍA.—¡Qué barbaridad! (*Mutis hacia el galpón*).

ESCENA XV

VENTURA *y* JULIÁN

VENTURA.—Así se aprende a andar a caballo.

JULIÁN.—Pa mí que no es tanto, señor. El mocito está medio asustado nomás.

VENTURA.—(*mirando hacia lo lejos por derecha*) ¿Qué es aquello, viejo?

JULIÁN.—¿Cuál, señor?

VENTURA.—Aquello que levanta tanta tierra. Parecen animales.

JULIÁN.—¡Ah!, sí señor. Son vacunos que van'arriando. Siempre se arremolinan al pasar ese arroyo por qu' está medio pantanoso. Pero en cuanto puntea el ''siñuelo'', siguen viaje.

VENTURA.—(*meditando la palabra*) El Señuelo!

JULIÁN.—Sí señor. Aquel barroso grandote, guampudo, que van' arriando pa que haga punta.

VENTURA.—¿Y qué hace el Señuelo?

JULIÁN.—Nada ,señor. V'adelante nomás, y los atrai como caballo blanco al rayo.

VENTURA.—Para mí que esos pobres se malician que los llevan al matadero.

JULIÁN.—Vay'a saber, señor. ¡Quién sabe! Pero si pun-

tea el "Siñuelo" todos siguen atrás aunque sea pal matadero.

VENTURA.—¿Y cualquier animal sirve de señuelo?

JULIÁN.—Siempre que sea de la misma clase: vacuno cuando es vacuno; yeguarizo cuando es yeguarizo, la yegua madrina que le llaman. Con que a los pájaros los saben atraer con siñuelo, el llamador que le dicen.

VENTURA.—Pero allá parece que uno se dispara.

JULIÁN.—Algún matrero! Pero ande ha dir que no lo arreen!

VENTURA.—¿Y si no quiere marchar?

JULIÁN.—Le ponen el siñuelo cerquita y se lo llevan. (*Salen del galpón Gerarda, Lucía, Elvira, Luisita, Martín y Capataz*).

ESCENA XVI

DICHOS, GERARDA, LUCÍA, ELVIRA, LUISITA *y* MARTÍN *y* CAPATAZ

LUCÍA.—¿Vamos a ver la máquina?

ELVIRA.—¡Qué apuro, mujer, ya vamos!

LUCÍA.—Dice el capataz que pronto va a dejar de trabajar y nos volveremos sin verla.

ELVIRA.—La veremos mañana. A mí me interesa más escuchar a la médica. (*Se oyen silbatos cortos de la locomotora*).

CAPATÁZ.—(*hablando hacia el galpón*) A ver, muchachos, a horquillear. Ya no tienen nada que hacer aquí. (*Salen del galpón y hacen mutis por derecha Andrés, peón primero y peón segundo.*

GERARDA.—Al mozo hay que darle la mesma medecina que le di a Margarita, con la "marcada" y "las siete sangrías". (*Llamando*) Margarita.

MARGARITA.—(*saliendo por la cocina*) Señora.

GERARDA.—¿Vos te acordás cómo se prepara la medecina

que te di, no, par'aquella rodada tan juerte que te pegaste?

MARGARITA.—Sí, señora.

GERARDA.—Güeno. Agarrás un puñaito de cada yuyo, lo ponés en el mortero y lo dentrás a pisar... y lo pisás nomás... y te dejás estar pisándolo. Cuanto ya está bien pisaíto, lo ponés en la cafetera con bastante agua y lo hacés hervir... y te dejas estar hirviéndolo. Cuanto ves que ya va quedando medio poco, lo pasás por un lienzo virgen y se lo das a tomar al mozo. Eso le v'a sacar todo el mal pa'juera. Es muy bueno para casos apuraos.

MARTÍN.—La preparación es rápida.

ELVIRA.—(*huyendo de la escabrosa explicación*). ¿Vamos a ver la máquina? (*Entra Andrés muy parsimonioso; observando cautelosamente a Lucía y se encamina con Julián hacia derecha*).

LUCÍA.—Sí, vamos. (*Vanse todos entre algazaras y risas, menos Andrés, Julián, Gerarda y Capataz*).

ESCENA XVI

ANDRÉS, JULIÁN, GERARDA *y* CAPATAZ

CAPATAZ.—Prepare usté misma esa bebida (*a Gerarda*) y la lleva a la estancia por si quieren dársela a tomar. Almuerce aquí, y cuando se vaya llévese carne. Corte de donde le guste.

GERARDA.—Güeno, señor, muchas gracias.

ELVIRA.—(*volviendo*) Capataz; no nos acompaña? Nosotras tenemos miedo. ¡Hay tanta gente!

CAPATAZ.—(*saliendo*) Sí. señorita, cómo no.

ELVIRA.—Yo voy en seguida. (*Mutis del Capataz. Dirigiéndose a Gerarda*). Este pesito es para Vd. Tengo que pedirle un remedio. (*Le habla al oído*).

GERARDA.—Pa eso el unto..

ELVIRA.—¿Qué unto?

GERARDA.—El unto sin sal, Es lo mejor pa la peladura

del caballo. (*Elvira intenta hacerla callar*) le dá unas pasaditas en cruz...

ELVIRA.—No explique más, mujer, que van a oirle. Ya me doy cuenta. (*Váse*).

ESCENA XVIII

JULIÁN, ANDRÉS *y* GERARDA

GERARDA.—(*a Andrés*). Y vos, ya te curastes?

ANDRÉS.—Qué me v'y a curar. Cada vez voy pa pior.

GERARDA.—Pa mi qu'estás ligau. Quién es la mujer, decime?

ANDRÉS.—No puedo, doña Geralda.

GERARDA.—Conseguite entonces una cinta de la'nagua, si querés que te cure. Si no vas a andar como alma en pena. (*Mutis hacia la cocina*).

ESCENA XIX

JULIÁN *y* ANDRÉS

JULIÁN.—¿Margarita, che?

ANDRÉS.—¡Qué v'hacer Margarita!

JULIÁN.—¿Ya le han deliao el caballo?

ANDRÉS.—Desde que llegaron a pasear esos puebleros a la estancia, yo sé lo qu'es vida, don Julián.

JULIÁN.—Avisá si te has prendao de alguna de las puebleras. (*Pausa*). Tené cuidado, no vayás andar sonsiando, que te van'a echar de menos. Mirá. Pa mí que el patrón ha maliciao algo, y por eso te ha mandau pa la máquina.

ANDRÉS.—Me mandó porqu'está escasa la gente, como lo han mandau a usté.

JULIÁN.—También tenés razón. Pero entonces estás arreglau con el remedio de ña Geralda.

ANDRÉS.—¿No es güeno?

JULIÁN.—Güeno debe ser, pero diande vas'a sacar cinta si las puebleras no usan'nagua. (*Pausa*). ¿Y cuál es-la moza, che? La gorda ésta que se acaba'e dir? (*Gesto negativo de Andrés*). ¿La rubia? (*Pausa*) Tan luego la rubia. No había'sido mal rumbiao. Pero tené cuidao con los puebleros, que hay andan todos por cortarla sola. Reciencito nomás uno de ellos l'arrió pa este lao'el pozo y l'anduvo pastoriando.

ANDRÉS.—Pa ese le ensillé el picaso rodador, y lo monté este otro.

JULIÁN.—Ansí es la vida. Cuántas veces uno calienta agua pa que otro tome mate!

ANDRÉS.—Vd. la juega a risa, don Julián.

JULIÁN.—Qué querés, si me hace gracia. ¿Y de ande salís prendao de esa moza?

ANDRÉS. Yo no sé. Pero cada vez que se me arrima dentro a temblar como sarandí en la correntada, y siento un frío por el cuerpo, como la muerte chica. Entonces, de puro asustao, ni le oigo lo que me dice, y me dan ganas de salir corriendo. Pero después que se ha'ido, quisiera otra vez tenerla cerca. Y las palabras que antes no le oí, las oigo claritas y me quedan sumbando en las orejas, como una música.

JULIÁN. — ¿Sabés lo que tenés que hacer? Dirte de l'astancia.

ANDRÉS.—No puedo, don Julián. Muchas veces he preparao mi lingera para dirme, y cuánto la dentro a'ñudar se me aflojan las manos como manteca, se me saltan las lágrimas a los ojos, y... no puedo. Entonces agarro campo afuera, y me desahogo cantando. (*Se oye un silbato largo de la máquina y varios cortos*).

JULIÁN.—Bueno, muchacho. Paró la máquina. Vamos a' almorzar.

ANDRÉS.—Ni ganas tengo. (*Entra Corbatita seguido de peón primero y peón segundo*).

ESCENA XX

DICHOS, CORBATITA, PEÓN PRIMERO *y* PEÓN SEGUNDO

CORBATITA.—(*intentando penetrar a la cocina*). ¿Tiene agua caliente, cocinera?

MARGARITA.—(*desde adentro*) Esperesé ahí, afuera. Les voy a sacar unas brasas en el tacho, porque el capataz no quiere qu'entre nadie a la cocina.

CORBATITA.—Se v'a cabar la tiranía de las máquinas y el despotismo de las clases superiores! (*Transición*). Sáqueme'l tacho. (*Entran Ramón, el maquinista y el resto de la peonada, estos últimos toman asiento en distintos sitios del patio*).

ESCENA XX

DICHOS, RAMÓN, EL MAQUINISTA *y* PEONES

(*Margarita en un tacho de fierro saca brasas y entrega la pava y el mate a Corbatita. El tacho es colocado al lado de la puerta de la cocina; rodéanlo Corbatita, peón primero y peón segundo*).

CORBATITA.—Gracias por la incomodidad, Margarita.

PEÓN 1º.—¡Qué güena moza qu'está la cocinera!

PEÓN 2º.—¡Siempre lo ha sío!

CORBATITA.—Un momento, compañeros. Aquí hemos venido a tomar mate.

RAMÓN.—(*que ha asistido a esta escena, con tono muy compadre palmeando en el hombro a Corbatita y aludiendo con una guiñada a la cocinera*). Está fría, amigo... l'agua.

CORBATITA.—(*remedando el tono, el gesto y la guiñada*) La'stoy calentando, amigo... l'agua.

RAMÓN.—¡Yo le v'y alcanzar unas leñitas! (*De un montón de leña que habrá en el fondo escoge el tronco más grueso*).

CORBATITA.—(*después de mirar a Ramón con un gesto

de superioridad, se dirige a todos los circunstantes). El que le guste, atraque, compañero.

RAMÓN.—(*ofreciéndole el tronco de leña*) Le vendrá bien ésta?

CORBATITA.—(*después de un instante de reprimida indignación, y en tono de amenaza*) Déjemel'a mano, amigo, que puede ser que me sirva.(*Ríe Ramón y se encamina hacia derecha donde está Andrés preocupado. Corbatita aparte*). Este,. por lo compadre debe haber sido el que anoche me apagó el candil. Yo v'y arreglarlo.

RAMÓN.—(*aludiendo a Andrés*) Parece que al ganau le ha dentrau la tristeza. (*Andrés reprime su primer movimiento de indignación*).

MARGARITA.—(*asomando en la puerta de la cocina con fuentón de galleta*) ¡La comida! (*A un chico*) Repartí vos, la galleta. (*El chico obedece pasando el fuentón por delante de todos los peones, quienes escogen tres o cuatro galletas cada uno. Volviendo a asomar con dos platos de lata servidos con puchero*). ¡Vayan sirviéndose!

MAQUINISTA.—(*que es el primero en tomar uno de los platos*). Qu'el porquerie de comida. Simpre está el mismo pucheró. La viande sancochada. En este país no hace otra cosa.

JULIÁN.—(*que está próximo a Andrés*). ¿Por qué no se v'a su tierra, amigo, si ésta no le gusta?

MAQUINISTA.—Yo estoy donde me viene la gana.

RAMÓN.—¡Buen bagual, duro de boca!

JULIÁN.—Pucha con estos extranjeros, son como el chancho, cuanto más gordos más gritan.

CORBATITA.—(*de pie, en tono de discurso*). Tiene razón de protestar el maquinista, si la comida no le gusta. Ante el derecho a la vida no hay extranjeros ni del país: todos somos iguales.

JULIÁN.—Igualá y largá.

CORBATITA.—Sí, señor, todos iguales. Y la tierra es de todos. Las fronteras deben suprimirse.

RAMÓN.—¡Caña!

CORBATITA.—(*sentándose indignado*) ¡Pobres ignorantes! (*Transición, a los que están próximos*). Pero ustedes no entienden lo que yo digo?

PEÓN 1º.—Pa que le v'y a decir. Yo no he'ntendío nada.

PEÓN 2º.—Yo tampoco.

CHICO.—(*que acaba de aproximarse y en tono de tonto*) Y yo menos.

CORBATITA.—¿No se dan cuenta que si triunfan estas teorías y fuera libre la tierra, esta estancia no sería de una sola persona sino de todos nosotros?

CHICO.— (*como antes*). L'astancia de nosotros? Con qué se la compramos al patrón?

CORBATITA.—Se la quitamos, porque él nos despojó de ella antes a nosotros, explotando nuestro sudor.

CHICO.—Nos mete bala.

CORBATITA.—¡Pobres ignorantes! No comprenden que si como la tierra, fuera libre el amor, todas esas mujeres serían para nosotros.

CHICO.—¿Cuálas?

CORBATITA.—Todas; esas puebleras y estas del campo.

CHICO.—(*después de rascarse la cabeza*). Y me agarraba la cocinera.

PEÓN 1º.— Si es pa eso yo también.

PEÓN 2º.—L'íbamos a discutir a fierro.

CORBATITA.—Nadie se agarraba nada aquí. Se tiraría la suerte.

CHICO.—¿Y si me toca doña Geralda?

CORBATITA.—¡Pobres ignorantes!

ESCENA XXI

DICHOS e INOCENCIO

INOCENCIO.—(*apareciendo por la puerta del galpón, ridículamente vendadas la cabeza y cara, después de dar un quejido como los anteriores*). Me han dejado solo aquí, se han ido todos?

JULIÁN.—(*aproximándose*). No señor. Se fueron a ver la máquina. Ahí vienen.

INOCENCIO.—¿Y el coche?

JULIÁN.—Y'astá aquí. Quiere ir subiendo?

INOCENCIO.—No puedo caminar.

JULIÁN.—Vamos despacio. Yo lo acompaño. No le conviene quedarse sin mover: se v'a envarar.

INOCENCIO.—Es que no puedo caminar. ¿No entiende? (*Transición*) ¡Oy, aquel hombre se escarba los dientes con el cuchillo!

RAMÓN.—Diga mozo. Preguntelé al que ensilló los caballos por qué le dió el picaso rodador.

ANDRÉS.—(*saltándolo, con el cuchillo en mano*) Ya no te aguanto más, canalla.

RAMÓN.—(*recibiéndolo del mismo modo*). Así te quería ver, mulita! (*Inocencio lanza unos gritos de terror y sale huyendo velozmente por izquierda, llevándose por delante las latas de kerosene que Julián dejó en el camino. Se produce un desorden general, rodando los platos y bancos por el suelo. Los circunstantes rodean a los duelistas*).

JULIÁN.—(*simultáneamente a lo anterior*) A ver muchachos, si se sosiegan. (*No le hacen caso*).

CORBATITA.—(*tomando el tronco que le alcanzó Ramón y alzándolo en alto todo lo posible para descargárselo a éste en la cabeza*). Ahora yo te voy a apagar el candil. Me toca el turno (*Entra el capataz. Simultáneamente a este desorden se oyen voces desde afuera*).

ESCENA XXIII

DICHOS *y* CAPATAZ

CAPATAZ.—(*interponiéndose entre los duelistas, con la sotera del rebenque arrollada en la mano y el cabo en alto*). A ver, canejo, si respetan el establecimiento! (*A Ramón*) Guardá ese cuchillo! (*A Andrés*) Y

vos, también! (*A Corbatita*) Y vos tirá esa leña. (*Todos le obedecen*).

CORBATITA.—Yo le voy a explicar, capataz, lo que aquí...

CAPATAZ.—¡Vos te callás la boca!

CORBATITA.—Se va a acabar la tiranía de las máquinas y el despotismo de las clases superiores.

CAPATAZ.—¿Qué decís?

CORBATITA.—Nada.

CAPATAZ.—Y ustedes (*por Ramón y Andrés*) ya mismo se mandan mudar de la estancia.

ANDRÉS.—Yo no tengo la culpa, capataz, si me provocan (*Entran todos los puebleros*).

ESCENA XXIV

DICHOS, *y todos los demás personajes*

LUCÍA.—(*a Inocencio*). ¿Pero qué le sucede, hombre? Hace un instante no se podía mover y ahora nos atropella a todos?

INOCENCIO.—(*tartamudeando por el terror*). Se iban a matar con los cuchillos.

VENTURA.—¿Quiénes?

INOCENCIO.—Esos.

VENTURA.—¿Qué sucede?

LUCÍA.—¿Qué pasa? (*Alarma general entre los recién llegados*).

CAPATAZ.—Que andan estos sonciando atrás de la cocinera y vuelta a vuelta se pelean. (*A los aludidos*). ¿Qué esperan ahora? Mándense mudar. Ya les he dicho.

LUCÍA.—No los despida, capatáz. Al fin se han peleado por una mujer.

CAPATÁZ.—Es que van a volverse a pelear.

LUCÍA.—Si yo les saco palabra de que no lo harán, ¿los deja?

CAPATÁZ.—Como Vd. disponga, señorita.

LUCÍA.—(*a Ramón*). ¿Me da su palabra de que no va a volver a pelearse?

RAMÓN.—(*erguido, llevándose apenas la mano al ala del sombrero*). Está bien.

LUCÍA.—Le tomo la palabra. Y Vd., Andrés, también se compromete? (*Andrés sin atreverse a contestar, profundamente turbado y conmovido arroja a un lado su cuchillo. Lucía, estrechándole la mano*). Así me gusta.

CAPATAZ.—El coche, señores, hace rato que está esperando. Ya estarán por almorzar en la estancia.

LUCÍA.—Sí, vamos. (*Movimiento general de despedida. Van saliendo lentamente los personajes que no van a hablar a continuación*).

JULIÁN.—(*aparte a Andrés*) No tirés tu cuchillo zonzo.

ANDRÉS.—Ahura si me quiere degollar, que me degüelle

ELVIRA.—Yo también voy a ir al coche.

VENTURA.—¿Cómo? ¿No estaba tan entusiasmada por andar a caballo?

ELVIRA.—Me cansé.

VENTURA.—¿Se cansó o es otra la causa?

ELVIRA.—¡No sé qué otra causa puede ser, impertinente!

VENTURA.—¿Qué ha pensado Vd? Yo lo decía por lo que Inocencio va en el coche...

ELVIRA.—¿Qué puede interesarme la compañía de ese zopenco?

INOCENCIO.—¿Vd. va conmigo, Elvira?

ELVIRA.—(*turbada por el disparate que acaba de decir*). Vamos. (*Ríe Ventura. Vanse todos los puebleros por derecha, mientras algunos peones hacen mutis en distintas direcciones*)

ESCENA XXV

CAPATAZ, MARGARITA, GERARDA, RAMÓN, ANDRÉS, CORBATITA *y* CHICO

CAPATAZ.—Vea, doña Gerarda, desde hoy se va a encargar usted de la cocina de los peones. (*A Margarita*)

Y vos te vas a mandar mudar. Quiero cortar de raíz estos escándalos.

MARGARITA.—(*afligida*) Qué culpa tengo yo, capataz, si no me meto con nadies.

CAPATAZ.—No quiero saber nada. Es una vergüenza. No pasa un día sin peleas. Sacá tu lingera ya mismo y andate. (*Mutis de Margarita llorosa hacia el galpón por la puerta próxima a izquierda*).

RAMÓN.—A mí me v'a arreglar las cuentas capataz.

CAPATÁZ.—¿Por qué te vas?

RAMÓN.—Me voy no más.

CAPATAZ.—Andá al "escribano" de la estancia, decile que te las arregle. (*Mutis de Ramón hacia el galpón. Corbatita después de asistir a la despedida de la cocinera, demostrando gran agitación se pone el cuello y la corbata*).

JULIÁN.—(*aludiendo a la corbata*). A este cardenal le salió el capote en la pechuga.

PEÓN 1º.—Arreglemé las cuentas, capataz.

CAPATAZ.—¿Vos también? Pasá por el escritorio. (*Mutis del peón primero hacia el galpón*).

PEÓN 2º.—Yo también me voy.

CAPATÁZ.—Qué les ha picau? (*Por Corbatita*) Este les ha calentado la cabeza con sus macanas? Andá no más. (*Mutis del peón segundo hacia el galpón*)

CORBATITA.—Yo también me voy, pero le advierto que no he calentado nada. El día que en la cabeza de esta pobre gente entre un rayo de luz, entonces me comprometo a alzarlos como un solo hombre.

CAPATAZ.—(*atacándolo con el rebenque enarbolado*) ¿Qué estás diciendo?

CORBATITA.—No pegue, capataz, que no le falto. (*Luego que el capataz baja el rebenque*) A mí no se me convence a palos sino con razones.

CAPATAZ.—Mirá, mandate mudar si no querés que te descargue una carrada de leña en el lomo.

CORBATITA.—Está bien. Se va a acabar la tiranía de las máquinas. (*Mutis hacia el galpón*).

CHICO.—(*en zonzo*). Yo también me voy, capataz. Estoy cansado de trabajar.

CAPATAZ.—¿Ahora vas a vivir de rentas? (*Le da un chirlo por las piernas. Mutis del Chico corriendo hacia el galpón*). ¿Vd. también no se va, viejo?

JULIÁN.—No, capataz. Yo soy como los gatos, me aquerencio a la casa. A mí ya no me arrean ni con "siñuelo". (*Sale en este momento del galpón Margarita llorando; lleva sus ropas en un pañuelo azul atado por las cuatro puntas y hace mutis por derecha, pasando frente a la otra puerta del galpón donde están todos los peones. Sucesivamente van saliendo tras de ella, Ramón con un recado en brazos, luego Corbatita con unos libros*).

CORBATITA.—Todos los hombres son iguales La tierra es de todos. El amor es libre. La propiedad es un robo. (*Mutis. Le siguen los restantes peones despedidos, con sus lingeras más o menos dispilfarradas. El capataz observa la escena cruzado de brazos*).

JULIÁN.—¡Tira el "siñuelo"!

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

(*Parque de la estancia. A la izquierda, sobre gradas, corredor de un chalet, con galería de cristales de colores; al fondo de este corredor, portada también de cristales, que comunica con el comedor, visible al público. A derecha, en primer término, sección de una glorieta, también sobre gradas, cubierta por enredaderas de glicina en flor. Al fondo, en varios rompimientos sucesivos, montes de seis hileras de eucaliptus, perfectamente alineados en diagonal con la línea del chalet; detrás de éstos, alambrado con palos y varillas a muy corto trecho y tranquera al centro; a continuación, perspectiva de cuchillas suavemente ondeadas, y, en último término, cielo azul, que se tornará en verdoso, dorado y rojizo, hasta obscurecer. En el parque juego de bancos, sillas y mesitas de jardín, distribuído a capricho. Al levantarse el telón empieza a caer la tarde, y termina el acto casi de noche viéndose en el fondo algunas estrellas*).

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS *y* JULIÁN

(*Ambos trabajan en el parque. Andrés carpe la tierra; Julián ata las enredaderas*).

JULIÁN.—Ahora estarás en tu gloria. Con la máquina parada, volvemos a trabajar l'estancia.

ANDRÉS.—No sé por qué "mi gloria".

JULIÁN.—La tenés cerquita. ¿No'stá la rubia aquí, en la' stancia? ¡Mirala! Allá viene a los retozos con los

otros puebleros, atracándole a la bocha, y no l'erra con el martillo.

ANDRÉS.—Ahora es cuando pa mí está más lejos.

JULIÁN.—Sabés que me has embromao? Esplícame, a ver eso.

ANDRÉS.—Cuando la tengo más cerca, más comprendo qu'es un imposible, y por eso pa mi está muy lejos. Mientras que cuando está lejos la traigo cerquita soñando, con el corazón, y soñando llega hasta parecerme qu'es mía.

JULIÁN.—Ta güeno. Si seguís por ese camino, prontito vas a convencerme de que no'stamos en la'stancia sino en el puesto; que la pionada no se jué'sta mañana atrás de la cocinera; que la máquina no'stá parada; que ahora no es de tarde sino de noche...

ANDRÉS.—No me comprende.

JULIÁN.—¡Ya lo creo que te comprendo! Pero, por áhi "vas mal corazón, volvete". ¡Sos muy goloso, ché! Mirá, pa que vos sepás, cada vez que veo salir el sol más lo quiero, pero no lo codiceo, pa mí solo, me conformo con que me alumbre, y lo dejo que le haga crecer el trigo a mi patrón y el pasto a mi caballo.

ANDRÉS.—Esta es una mujer, no es el sol.

JULIÁN.—No seas engréido. Pa vos esa mujer es más sol que pa mí el del cielo.

ANDRÉS.—(*golpeándose el corazón, con desesperación de impotencia*). La tengo aquí, don Julián.

JULIÁN.—Ahugala...

ANDRÉS.—¡Cómo ahugarla!

JULIÁN.—Con caña. Metele caña y vas a ver qué pronto la'hugás.

ANDRÉS.—Yo no sé tomar, don Julián. Nunca he tomae ni un trago.

JULIÁN.—Aprendé. Yo tampoco sabía tomar remedios hasta que estuve enfermo. (*Viendo llegar a Rafael*). ¡El patrón, che!

ESCENA II

DICHOS *y* RAFAEL *en traje de montar*

JULIÁN.—(*descubriéndose*). Buenas tardes, patrón.

RAFAEL.—Buenas tardes.

ANDRÉS.—(*idem*). Buenas tardes. (*Sigue trabajando*)

RAFAEL.—Y, ¿qué resultó de la cocinera?

JULIÁN.—La muchacha rumbió pa lo de ña Geralda. El capataz mandó a la viejita'traila.

RAFAEL.—¿No ha vuelto, todavía?

JULIÁN,—No señor.

RAFAEL.—Ni volverá, después que la echó.

JULIÁN.—Puede ser que ña Geralda la traiga. Como una vez le salvó la vida...

RAFAEL.—Y qué hacemos con que vuelva la muchacha si no vuelven los peones.

JULIÁN.—Vay'a saber, patrón. Los piones han de andar por ahí no más, ronciando. Y más, que siempre se saben juntar en lo de ña Geralda...

RAFAEL.—También la ocurrencia del capataz, echarla sabiendo que está escasa la gente y que tenemos varias parvas descubiertas...

JULIÁN.—No se malició que iban a dirse atrás d'ella los piones. También mandó el vagón al pueblo pa ver si conseguía gente.

RAFAEL.—Sí, yo le ordené, pero me parece que va a ser en vano. Bueno, dejen esto ahora y quédense en la estancia hasta nueva orden.

JULIÁN.—Como Vd. mande, patrón. (*Mutis de ambos por el fondo izquierda, en circunstancias que llegan precedidos de alegres carcajadas Lucía y Martín por el fondo derecha, finalizando una partida de "golf" que se supone termina en la escena. Entra al mismo tiempo Sofía por la terraza viste matiné lujoso. Las demás damas y caballeros vestirán trajes de "Golf"*).

ESCENA III

RAFAEL, LUCÍA, SOFÍA *y* MARTÍN, *luego* ELVIRA *e* INOCENCIO, *luego* LUISITA, VENTURA *y* ARTURO

LUCÍA.—(*hablando hacia afuera*) ¡Chambones! Les hemos robado. (*A Sofía*) Nosotros dos señora, contra todos ellos. (*Entran Elvira e Inocencio*).

SOFÍA.—¡Qué vergüenza!

INOCENCIO.—También qué gracia, si juega admirablemente!

ELVIRA.—Cállese, hombre, que hemos perdido por culpa suya!

INOCENCIO.—Esto sí que está bonito.

ELVIRA.—Si no la deja a una jugar tranquila: "péguele así, péguele asá, péguele... qué sé yo cómo...

INOCENCIO.—¡Qué más quiere que le enseñen!

ELVIRA.—Para semejante maestro Ciruela... (*Entran Luisita, Ventura y Arturo*).

LUCÍA.—Tomaría una copa de agua fresca.

SOFÍA.—Estás demasiado agitada. Descansen un momento y haré servir refrescos. De qué prefieren? Hay de naranja exprimida, de grosella, de tamarindo, de cereza...

LUCÍA.—De naranja exprimida, para mí.

LUISITA.—Para mí también.

ARTURO.—Yo ídem.

SOFÍA.—¿Y Vds.?

MARTÍN.—Lo mismo.

VENTURA.—Bueno.

SOFÍA.—Todos de naranja.

ELVIRA.—Yo no quiero de naranja. (*A los circunstantes*) Parecen diputados: todos por la afirmativa. Yo prefiero de tamarindo. (*Vase Sofía por la terraza. Entra Andrés por el fondo izquierda*)

ESCENA IV

DICHOS *y* ANDRÉS, *menos* SOFÍA

ANDRÉS.—(*observando de soslayo a Lucía. Se descubre al hablar, y turbado juega con la sotera del rebenque*) ¿No va'salir pal campo, patrón?

RAFAEL.—¿A esta hora te parece que voy a salir?

ANDRÉS.—Preguntaba pa ensillar el caballo.

RAFAEL.—Andá no más. (*Medio mutis de Andrés*).

LUCÍA.—Andrés, mañana, si salimos, me ensilla el mismo caballo de hoy. Es una monada de mansito.

ANDRÉS.—(*sin atreverse a mirarla*). Está bien. (*Medio mutis*).

LUCÍA.—Ah.... Me han dicho que canta muy bien. Vamos a ver si una de estas noches lo escuchamos.

ANDRÉS.—(*forcejeando con ambas manos el sombrero*). Yo no sé cantar. (*Mutis*).

ESCENA V

DICHOS, *menos* ANDRÉS, *luego* SOFÍA

RAFAEL.—Si están Vds. aquí para cuando se termine la trilla, les ofreceré una fiesta campera. (*Entra Sofía*).

LUCÍA.—¡Ah! Muy bien. ¡Cómo no hemos de estar aquí!

LUISITA.—¡Qué suerte! Yo que nunca he visto una fiesta campera.

LUCÍA.—¿Cuánto durará la trilla?

RAFAEL.—Unos diez días, si consigo reanudar mañana el trabajo de la máquina. Pero presumo que Vds. se aburrirán antes.

VENTURA.—¡Diez días más! Cansarnos, cuando apenas hace cinco que hemos llegado.

SOFÍA.—¡Hay aquí tan pocas diversiones!

VENTURA.—Pues yo pienso quedarme hasta que me echen

INOCENCIO.—Y yo, hasta que se vaya Ventura.

MARTÍN.—En cuánto a mí, dispongo de todo el mes. Ninguna de las comisiones de beneficencia de que for-

mo parte se reune hasta el próximo. Y a propósito, Lucía: quiere Vd. ser madrina de un altar que he donado para la capilla del pueblo?

LUCÍA.—Con el mayor gusto. (*Ambos continúan sotto voce*).

ARTURO.—Yo no tengo nada que hacer.

VENTURA.—¡Como que no hace otra cosa que bailar tango! De modo (*a Rafael*) que ya puedes ir pensando en la fiesta. (*Ambos continúan sotto voce*).

ELVIRA.—Vamos a jugar un bridge.

INOCENCIO.—Vamos.

VENTURA.—Yo estoy fatigado. El bridge me obliga a fijar mucho la atención.

ELVIRA.—Por eso no vamos a dejar de jugar nosotros.

MARTÍN.—Los que estén preparados me avisan.

LUCÍA.—Yo prefiero sentarme aquí a mirar la caída de la tarde. (*Se encamina hacia un banco de primer término derecha*).

ELVIRA.—En qué capítulo estás, hijita! (*Se encamina con Luisita e Inocencio hacia la terraza, en una de cuyas mesas se disponen a jugar, dejando un asiento libre, para Martín. Sofía, Ventura y Rafael toman asiento en otro banco del parque. Martín se sienta al lado de Lucía. Arturo desde la escalinata de la terraza le dirige lánguidas miradas. Un criado de saco y guante blanco de hilo, sirve los refrescos, en el parque*).

RAFAEL.—(*a Ventura*). Sofía y yo tememos que Vds. no lo pasen entretenidos.

SOFÍA.—Yo no sé qué hacer por halagarlos.

VENTURA.—Más todavía. Estamos encantados de la amabilidad de Vds. (*Continúan sotto voce*).

MARTÍN.—(*a Lucía*). No recuerdo haber pasado por un sitio sin dejar un piadoso recuerdo mío. Es una manía. Qué quiere Vd. La caridad, sin ostentación, tal como yo la practico, es una fuente inagotable, de satisfacciones íntimas. Sin ir más lejos, antes de venirme de Buenos Aires tuve noticias de una pobre

familia de Gervasio Pérez, que Vd. debe haber oído nombrar. Estaba en la más absoluta miseria...

Lucía.—Nos contó. Nos contó.

Martín.—¡Ah! ¿Les conté?

Lucía.—Sí, sí.

Martín.—¿Y el caso de Sarat, que estaba a punto de pegarse un tiro?

Lucía.—También nos lo contó.

Martín.—Ya vé Vd. Aparte de las mil limosnas que hago anualmente para instituciones pías. Qué satisfacción más íntima puede haber que la de concurrir así sigilosamente, a aliviar el dolor de nuestros semejantes! Verdad es también que no me significa ningún sacrificio: tengo una inmensa fortuna... (*Suspirando*). Lástima grande que el cielo no me haya deparado todavía una mujer para ponerla a sus pies.

Lucía.—(*sarcástica en toda la escena*) Por espíritu de filantropía?

Martín.—(*con la voz ahogada por la emoción*). No, Lucía. Por amor.

Lucía.—¿En quién ha pensado Vd? Dígamelo sin ningún reparo, que yo me considero una buena amiga suya y me comprometo a hacerle gancho.

Martín.—Que en quién he pensado!

Lucía.—En Luisita? (*Gesto de desagrado de Martín*) Sí, es muy joven. En verdad, a Vd. no le conviene. ¿En Elvira? (*Martín repite el gesto*) Sí, sí, ya veo que en Elvira! Ah! Esa es una mujer interesante, muy a propósito para Vd. Harían una pareja encantadora.

Martín.—No, Lucía.

Lucía.—No me diga que no, si es con Elvira. ¡Y qué guardadita se la tenía!

Martín.—Lucía, por favor, le ruego que no insista.

Lucía.—(*golpeándole suavemente las manos con el abanico*). Buen demonio es Vd.! (*Ríe*). ¡Qué gracia me hace! Y tan serio que parecía!

Martín.—(*fastidiado*) Le juro que esa mujer jamás cruzó por mi imaginación, siquiera.

LUCÍA.—Yo lo voy a ayudar, no se aflija, sigilosamente, como Vd. practica la caridad. (*Martín intenta la réplica. Ventura se encamina a ellos*). ¡Silencio! Se aproxima Ventura. Podría oírlo. Y esto debe quedar entre los dos.

ELVIRA.—(*desde la terraza*). Martín, ya estamos listos.

LUCÍA.—(*a media voz*). Ve Vd? Es un caso de telepatía.

MARTÍN.—(*también a media voz*). ¿Por qué se empeña Vd., Lucía?

LUCÍA.—(*cortándole la frase*). Ni una palabra más, que van a oirlo.

ELVIRA. (*como antes, fastidiada*). Martín, ¡por Dios! Parece que el banco tuviera pega-pega. (*Martín de pie, en actitud ridícula, titubea entre contestar a Elvira o a Lucía*).

LUCÍA.—Ay qué bueno. Estás celosa. Todo marcha a pedir de boca. Ni una palabra más. (*Se aproxima Ventura. Váse Martín a la terraza, Lucía ríe*).

VENTURA.—Felíz de Vd. que tiene ánimo para reír. Yo con el ejercicio estoy molido.

LUCÍA.—¿Lo cansó la cabalgata de esta mañana?

ESCENA VI

DICHOS *y* ANDRÉS

ANDRÉS.—(*Por izquierda, como antes, a Rafael*) Va salir mañana temprano pal campo, patrón?

RAFAEL.—¿Qué te pasa que estás tan comedido? Otras veces hay que andar llamándote a gritos. (*Váse Sofía por la terraza*).

AADRÉS.—Pregunto, pa ensillarle el caballo

RAFAEL.—Ya te dirá el capataz. (*Mutis de Andrés. Rafael se aproxima a los jugadores*).

ESCENA VII

DICHOS, *menos* SOFÍA *y* ANDRÉS

VENTURA.—Qué interesante espectáculo el de la trilla. ¿Verdad?

LUCÍA.—No lo había visto nunca.

VENTURA.—¿Qué impresión le produjo?

LUCÍA.—Fué tan accidentado nuestro paseo...

VENTURA.—Sin embargo algo debe haberla impresionado.

LUCÍA.—Esos pobres hombres cubiertos de polvo que trabajaban al rayo del sol. Me produjeron lástima y respeto.

VENTURA.—No se le ocurrió apartar su atención de los detalles para observar el conjunto?

LUCÍA.—¿No ha dicho Vd. que las mujeres somos tan analistas?

VENTURA.—Esa persistencia imperturbable de la máquina imponiendo la acción a todos los que la sirven; ese devorar incesante de gavillas para devolver trigo limpio por un lado y despojos por otro; ese fogoso resoplar y trepidar como si un alma la alentara y una necesidad la indujera a agitarse, me produjeron la impresión de un gigante de acero al imperio de cuya voluntad los hombres se rindieran volviéndose ruedas y palancas de su mecanismo.

LUCÍA.—Es una imagen.

VENTURA.—Y sabe lo que se me ocurrió pensar al ver deslizarse como chorros de oro, por las bocas de la trilladora, aquel raudal inagotable de trigo para llenar bolsas y bolsas? Las veces que cualquiera de nosotros, los que asistimos como espectadores, habremos malgastado en un minuto el esfuerzo aplicado por todos aquellos hombres en muchas horas.

LUCÍA.—Eso será Vd. que es derrochador.

VENTURA.—Y Vd. también. No se haga ilusiones. ¿Recuerda la enorme cantidad de bolsas de trigo que vimos apiladas detrás del galpón?

LUCÍA.—Sí.

VENTURA.—Pues, todo ese trigo y varias veces otro tanto, no vale el collar de perlas que Vd usa. Imagínese cuántos esfuerzos, cuánto sudor, cuántas energías, transformados en una joya, pasea Vd. pendientes del cuello. (*Apasionándose, por grados hasta intentar besarla*) Y cuando ese espectáculo edificante me sugería estas reflexiones, comprendí que nosotros no

hemos nacido para esta trivialidad que consume nuestra vida; esta trivialidad que por renovarse siempre nos mantiene fugitivos, huyendo hasta de nuestra propia sombra, sino para algo más intenso, algo superior que nos rinda y tiranice como ese gigante de acero a su voluntad avasalladora y nos levante hacia un ideal, más grande, por ser ideal, que esta materialidad de todos los días. Y cuando el amor, porque sólo el amor podría realizar ese milagro, nos llevara hasta juntar nuestros labios con los de una mujer, sintiéramos temblando de emoción que nos hemos aproximado a Dios.

LUCÍA.—(*a punto de ser besada, reacciona bruscamente, y sarcástica*). Y cuando la máquina daba esos silbidos ridículos, ¿no se le ocurrió pensar que el gigante de acero estaba afónico? (*Ventura se incorpora visiblemente fastidiado, hace un gesto de profundo desdén y se aleja hacia el fondo*).

INOCENCIO.—(*en la mesa de juego*). "Litte Scheling" (*Se pronuncia Sehlam*).

ELVIRA.—Pudimos hacer grand Scheling, si no se le ocurre ese jueguito estrambótico.

INOCENCIO.—Hice la fineza.

ELVIRA.—Bonita fineza.

INOCENCIO.—Yo creí que el Jack estaba a mi derecha.

ELVIRA.—Si cuenta las cartas no crea en esa tontería.

INOCENCIO.—Bueno, no juego más. ¿Cuánto se debe?

ELVIRA.—(*después de consultar el papel con las anotaciones del juego*) Un peso.

INOCENCIO.—(*pagando*) Total, tanto escándalo por un peso.

ELVIRA.—No es por el peso, sino por la chambonada. Vd. porque está desesperado por aproximarse a Lucía.

INOCENCIO.—Mejor. Yo me aproximo donde me place (*Se encamina disimuladamente hacia Lucía*).

LUCÍA.—(*a Ventura en circunstancias que éste vuelve a pasar cerca de ella*). ¿Está enojado?

VENTURA.—(*fingiendo un profundo desdén*) ¿Yo?

LUCÍA.—¡Qué malos son conmigo, Ventura! ¿Por qué se han de empeñar en tomarme en serio, si yo sólo ansío reir?

VENTURA.—Reir de todos nosotros.

LUCÍA.—De todos, no: esa es una crueldad suya. Reir para todos, porque yo me siento alegre y me parece que todos deben estarlo. ¿Por qué ese afán de aprisionarme, si yo me siento feliz sintiéndome libre?

VENTURA.—(*apasionado*). Porque la amo, Lucía.

LUCÍA.—(*enjugándose una lágrima*) Por amarme ha conseguido Vd. ponerme triste

VENTURA.—(*tomándole las manos*) ¡Lucía!

INOCENCIO.—¿Incomodo? (*Ventura abandona las manos de Lucía y dirige una mirada de profunda indignación a Inocencio*). Si incomodo, me voy.

LUCÍA.—(*haciendo un visible esfuerzo por recobrar su alegría habitual*) No, Inocencio, qué esperanza. Qué va a incomodar Vd.! Siéntese. (*Le hace sitio a su lado. Ventura se aleja*).

INOCENCIO.—(*timorato por naturaleza, observa siempre si lo miran y procede por arranques, a veces demasiado atrevidos. Con misterio*) Tenía que decirle una cosa.

LUCÍA.—Veamos.

INOCENCIO.—(*intentando tomarle las manos*). Qué linda es Vd., Lucía!

LUCÍA.—(*Esquivando las manos*). No, no, no. Manitos no. Podemos hablar muy bien dejando quietas las manos. (*Inocencio, turbado, solo atina a reir torpemente*). Y qué cosa iba a decirme?

INOCENCIO.—¿Yo?

LUCÍA.—Porque supongo que eso de "linda" se le ocurrió de pronto; no lo traía preparado.

INOCENCIO.—(*después de mirar a todos lados buscando asunto y observando a Arturo*). ¿Ha visto qué enamorado silencioso le ha salido?

LUCÍA.—¿Quién?

INOCENCIO.—Arturo. La festeja a la distancia poniéndo-

le ojitos tiernos, y enseñándola a bailar machicha y tango. (*Ríe*). ¡Qué ridículo!

LUCÍA.—Entiendo que son Vds. muy amigos.

INOCENCIO.—Eso no quita que sea un tonto. Yo siempre le digo que con las mujeres hay que ser arrojado.

LUCÍA.—(*enseñándole el zapato desatado*). Primero se debe ser atento.

INOCENCIO.—(*arrodillándose para atárselo*). Ah! Es cierto. No me había fijado. (*Ríe Lucía. Los caballeros que estaban en la terraza se aproximan a ella*).

ELVIRA.—(*indignada al ver que los caballeros las dejan solas*). ¡Qué desfachatez! ¡Haciéndose atar la cinta de los zapatos con los mozos!

INOCENCIO.—¿No quiere que le ate el otro?

LUCÍA.—No, el otro está atado.

INOCENCIO.—Si quiere le puedo hacer un lazo más fuerte.

LUCÍA.—He dicho que no.

ESCENA VIII

DICHOS *y* CAPATAZ

CAPATAZ.—(*por derecha a Rafael*). Ahí ha llegado, señor, el vagón del pueblo.

RAFAEL.—(*ansioso*). ¿Y?

CAPATAZ.—No se consigue gente.

RAFAEL.—¡Cómo vamos a hacer con esa máquina parada!

CAPATAZ.—Yo no sé. No se consigue un peón ni a precio.

RAFAEL.—Y de los que se fueron hoy, ¿tenés noticia?

CAPATAZ.—Ninguna. No ha vuelto todavía la vieja Geralda.

RAFAEL.—También vos te metés a moralizar, y me echás la gente.

CAPATAZ.—No creí que los peones se iban a sublevar por la cocinera.

RAFAEL.—Cuando viste que se iban, ¿por qué no los hiciste quedar?

CAPATAZ.—Eso sí que no, señor. Antes que perder mi autoridad, me retiro del establecimiento.

RAFAEL.—Bueno, ahora ya está hecho. Qué le vamos a hacer. (*Vase Capataz por derecha*).

ESCENA IX

DICHOS, *menos* CAPATAZ

ARTURO.—(*a Lucía, que está rodeada por todos los caballeros*). ¿Vamos a ensayar el baile?

LUCÍA.—Esta tarde no, Arturo. Estoy fatigada.

ARTURO.—Le advierto que con dos lecciones más va a hacer maravillas en el tango.

LUCÍA.—Bailaremos mañana.

ELVIRA.—(*aludiendo a Lucía*). Vean Vds. eso ¡Qué les dará esa mujer! Porque algo les dá; algo tiene que darles. Ah, pero lo peor es acoquinarse. Si ellos huyen de nosotras, vamos a perseguirlos. Por lo menos les amargaremos la estada. Vengan. Finjamos reir para provocar la curiosidad y demostrarles que estamos alegres sin su presencia. (*Después de reir, transición, por lo bajo*). Ríete, Luisita. (*Luisita ríe con visible esfuerzo*). Hija, eso es un balido.

LUISITA.—No puedo de otro modo.

ELVIRA.—Más natural. (*Luisita ríe del mismo modo*). Esta chica se va a enfermar de risa. ¡Qué gracioso!

MARTÍN.—¿Qué les pasa?

ELVIRA.—(*haciendo, entre risas, ademanes negativos*). Nada, nada. Una ocurrencia graciosísima. (*Ventura se aleja algo del grupo*).

INOCENCIO.—¿De quién, se puede saber?

ELVIRA.—Con Vd. no quiero saber nada. (*Transición, en romántica*). ¿Poetizando?

MARTÍN.—Aunque no tan alegres como Vds.

LUCÍA.—Me cansé de estar sentada. Voy a pasear. (*Se aproxima a Ventura*). ¿No quiere acompañarme, Ventura?

VENTURA.—Con el mayor gusto. (*Inician un paseo por delante de la escena*),

LUCÍA.—¿Se le pasó el enojo?

VENTURA.—El enojo sí. Pero confieso que estoy triste.

LUCÍA.—Se le pasará también la tristeza, como a mí, y verá que vamos a ser muy buenos amigos.

VENTURA.—Lo somos ya. Y le confieso que no me molesta su actitud después de haberla visto conmovida aunque más no haya sido un solo segundo.

LUCÍA.—¿Por?

VENTURA.—Porque me la explico. Es Vd. una niña muy agasajada, todos la festejan, y lo pasa Vd. muy bien distribuyendo su alegría entre todos. Día llegará en que esos galanteos le parecerán triviales y sentirá la necesidad de substituirlos por uno solo más intenso.

LUCÍA.—Si lo cree Vd. así, ¿para qué precipitarse?

ELVIRA.—(*a Martín, que no la atiende por mirar a Lucía*). ¿Qué fiesta de caridad tiene en proyecto? ¿Piensa realizarla pronto? Aun no nos ha contado cómo es el altar que regaló a la iglesia del pueblo.

MARTÍN.—(*sin contestar a lo anterior, se aproxima a Lucía y Ventura en circunstancias que éstos pasan frente al grupo*). ¿Molesto? ¿Trataban Vds. algo reservado? (*Gesto de Ventura*).

LUCÍA.—Absolutamente. Hablábamos de trivialidades.

ELVIRA.—(*fastidiada e irónica por la actitud de Martín*). ¿Qué opinan Vds. de esto? Vamos a tener que comprar baberos.

MARTÍN.—(*a Lucía*). Le advierto que pronto vamos a bendecir el altar.

LUCÍA.—Ya hablaremos de eso. Cuénteme ahora cómo le va con aquella persona que Vd. sabe.

MARTÍN.—Por favor, Lucía. (*A Ventura*). Figúrese que está empeñada en darme bromas...

LUCÍA.—Ni una palabra más, Martín. Ya sabe que eso debe quedarse entre los dos.

INOCENCIO.—(*en circunstancias que los anteriores cru-*

zan paseando por el grupo en que él se encuentra se incorpora a ello). ¿Incomodo?

VENTURA.—(*no pudiendo contener su fastidio*). ¡No hombre. No incomoda. ¡Qué va a incomodar!

ELVIRA.—(*a las que la rodean*). ¿Se dan cuenta? ¿Qué les dará, por Dios? Yo estoy intrigada. (*Al pasar el grupo que pasea se le incorpora Arturo. Indignada*). Esto es intolerable. Vamos a dejarla sola. (*Vanse Elvira, Luisita y demás damas que forman este grupo, por primera izquierda. Entran por terraza Sofía y Rafael, vestidos ya para la mesa. Julián entra por el fondo izquierda, apresuradamente*).

ESCENA X

LUCÍA, SOFÍA, VENTURA, MARTÍN, INOCENCIO, RAFAEL, JULIÁN *y* ARTURO, *luego* CAPATAZ *y pasaje de varios personajes que se indicarán*).

JULIÁN.—(*con entusiasmo*) ¡Patrón!

RAFAEL.—¿Qué pasa?

JULIÁN.—Ahi llega la cocinera.

RAFAEL.—¿Y los peones?

JULIÁN.—También. Los traí como de tiro.

RAFAEL.—¡Vaya, hombre! Avísale al Capataz.

JULIÁN.—Ya lo vido. Ahi viene.

SOFÍA.—¡Señores: van a llamar a la mesa! (*Mutis por la misma*).

LUCÍA.—¡Los dueños de la casa ya vestidos y nosotros no! Con permiso. (*Vase atravesando la escena por primer término de derecha a izquierda*).

VENTURA.—(*siguiéndola inmediatamente que inicia el mutis*). Vamos a vestirnos.

MARTÍN.—(*siguiendo a Lucía como el anterior, pero detrás de éste*). ¡Cómo se nos ha pasado el tiempo!

INOCENCIO.—(*detrás de Martín*). Hay que apurarse.

ARTURO.—(*detrás de Inocencio*). Yo me visto en un segundo. (*En el preciso instante en que Lucía inicia

el mutis, seguida de los caballeros como se ha indicado, atraviesa la escena por el fondo de izquierda a derecha. Margarita, seguida de los mismos personajes con que hizo el mutis final del primer acto, incluso el maquinista y dos peones más. De éstos, los que antes llevaban el recado en brazos ahora sólo llevan el rebenque).

JULIÁN.—(*simultáneamente al mutis de Lucía y aludiendo a ella*). Los puebleros también se habían sabido arriar con siñuelo. (*Entra el Capataz por derecha*).

RAFAEL.—(*al Capataz*). ¡Cayó la gente!

CAPATAZ.—Ya he visto. (*Entra Margarita por derecha. Los personajes que entrarán a continuación lo harán por el mismo sitio. Se supone que costearán el alambrado para entrar*).

ESCENA XI

JULIÁN, RAFAEL, CAPATAZ *y* MARGARITA

MARGARITA.—(*cohibida*). Buenas tardes.

CAPATAZ.—(*agresivo*). ¡Al fin cáistes!

MARGARITA.—¿No me mandó Vd. llamar?

CAPATAZ.—Te mandé llamar porque me lo ordenó el patrón, que si por mí fuera no volvías a pisar más este campo.

MARGARITA.—(*gimoteando*). ¿Qué le hago ahora para que me rete?

CAPATAZ.—Llorá, no más. Pura lágrima te volvés. Pero muy bien que te sabés alzar con la pionada.

MARGARITA.—(*altanera*). Bueno, ahi tiene: ahora mismo me voy. (*Medio mutis por derecha*).

RAFAEL.—(*deteniéndola y con exagerada amabilidad, mientras por gestos le ordena no insistir al Capataz*). ¡Cómo te vas a ir, mi hijita, si aquí todos te apreciamos mucho!

MARGARITA.—¿No ve cómo me reta el capataz?

RAFAEL.—Bueno, porque está medio resentido con vos.

CAPATAZ.—Consiéntala si la quiere sacar buena.

RAFAEL.—(*ahogando las palabras del capataz*). Como hoy se fué la gente detrás tuyo...

MARGARITA.—(*llorando*). ¿Y qué culpa tengo yo si ellos me siguen?

RAFAEL.—Claro, que no tenés ninguna culpa.

MARGARITA.—Demasiao trabajo tengo con andarles juyendo a todos.

RAFAEL.—Bueno, mirá, ahora vas a seguirles cocinando, y si alguno te cargosea por demás, me avisás para echarlo. ¿Has oído?

MARGARITA.—Sí, señor.

RAFAEL.—Y cuando termine la trilla te voy a traer para la estancia, así estás con nosotros. La patrona te va a regalar un vestido para una fiesta que vamos a dar entonces... Así que andá, ya sabés.

CAPATAZ.—(*a Margarita mientras ésta hace mutis por el fondo izquierda, desdeñoso*). ¡La traza del siñuelo!

MARGARITA.—Vd., porque tampoco le hago caso.

RAFAEL.—¿Vos te has propuesto hacerme perder el trigo?

CAPATAZ.—(*arrogante*). Si por mí fuera, lo dejaba podrir en las parvas antes que hocicar con una sabandija de éstas.

RAFAEL.—Como no es tuyo, cambiá de opinión porque no estoy dispuesto a que se me pierda ni un grano (*Entra Corbatita*).

ESCENA XII.

JULIÁN, RAFAEL, CAPATAZ *y* CORBATITA.

CAPATAZ.—Este es el macaneador que le echa proclamas a la gente.

CORBATITA.—(*a Rafael*). Hoy me retiré de su establecimiento por solidaridad con esta compañera injustamente despedida. Como a ella la mandaron llamar,

yo volví a pedir trabajo, pero no a escuchar ofensas. (*Medio mutis*).

RAFAEL.—(*como antes a Margarita*). Che, mirá, escuchá... no te vayas. Tenemos que hablar los dos primero. (*A Julián*). Vea, viejo. A los demás hágalos pasar directamente al escritorio, para que los anoten.

JULIÁN.—Está bien, señor. (*Mutis por derecha. A poco de salir vuelve seguido de los restantes peones y hace mutis por el fondo izquierda, mientras continúa el diálogo*).

RAFAEL.—(*a Capataz*). Vos primero andá a preguntar a los señores qué programa han preparado para mañana; si hay que atar los coches, ensillar caballos o van a salir en auto.

CAPATAZ.—(*mientras hace mutis por la terraza, murmurando*). ¡Había de ser yo el patrón...! ¡Los iba a arreglar a fuerza de lazo!

CORBATITA.—Más desgraciado que yo, y tanto orgullo!

ESCENA XIII

RAFAEL *y* CORBATITA

RAFAEL.—(*riendo*). ¿Por qué te parece más desgraciado?

CORBATITA.—Porque se gana el pan a fuerza de juntar odios, mientras que yo me lo gano trabajando.

RAFAEL.—Si en eso consiste la desgracia, vos debés ser muy afortunado.

CORBATITA.—(*con alusión*). Más que muchos. Mi fortuna es mi fe, la llevo conmigo, no depende de la cosecha o de que se me vaya una cocinera.

RAFAEL.—Y siendo tan léido, ¿cómo has venido a parar a las trillas?

CORBATITA.—Porque nadie es dueño de su destino. Lo mismo pude ir a parar al Congreso.

RAFAEL.—¡Me gusta, porque volás arriba!

CORBATITA.—Para eso tendré alas.

RAFAEL.—Vení. Sentate. (*Le ofrece asiento a su lado*).

CORBATITA.—Mis ideas me obligan a guardar esta distancia.

RAFAEL.—¿Qué ideas son esas?

CORBATITA.—No puedo divulgarlas.

RAFAEL.—Bueno, otro día que estés más comunicativo, vamos a conversar. Me resultás interesante. Ahora, supongo que te quedarás para reanudar mañana la trilla.

CORBATITA.—Voy a quedarme. Vd. siquiera sabe tratar con la gente.

RAFAEL.—Vamos para que te anoten.

CORBATITA.—(*mientras van saliendo por segundo término*). Pero recomiéndele a su capataz que no abuse del rigor, que el látigo siempre fué el peor argumento. (*Mutis de ambos. Entra Andrés con una guitarra por el fondo izquierda, esquivando ser visto. Ya es de noche*).

ESCENA XIV

ANDRÉS, *luego* LUCÍA

(*Andrés después de observar que está solo se oculta detrás de un eucaliptus y canta las décimas que se indicarán. Lucía aparece en la terraza*).

LUCÍA.—(*su primera impresión es de curiosidad, luego, como si el canto y la noche la fueran penetrando, revela una intensa e íntima emoción, y para sí misma*). ¿Quién es? (*Sigue el cantor, y al segundo o tercer verso de la última décima ella por lo bajo lo acompaña tarareando el canto*).

TELON

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

(La misma decoración. Los bancos y sillas del parque han sido dispuestos en semicírculo para los concurrentes a la fiesta campera que se celebra con motivo de haberse terminado la trilla. Es de tarde. Anochece al final del acto. Los puebleros visten trajes sencillos de verano, las damas, y saco común o a la cazadora con pantalón blanco o brindje, los caballeros. De los paisanos, Julián viste blusa negra, calzoncillo cribado y con flecos, chiripá negro sin ribete, bota de potro, nazarenas, cinto chapeado, vincha, chambergo negro de alas anchas y pañuelo blanco tendido con algunos anillos; Andrés, saco negro o de color, bombacha angosta, botas, espolines, cinto sin chapeado, chambergo negro de alas angostas, y pañuelo blanco anudado al cuello; Ramón, blusa negra, bombachas anchas del mismo color, botas, nazarenas, cinto chapeado, chambergo negro de alas anchas y pañuelo celeste tendido; Peón primero, como Andrés sin nazarenas; Victoriano, también como Andrés, con faja ancha colorada debajo del cinto, pañuelo colorado en vez de celeste y chambergo marrón en lugar de negro, de alas bien anchas; los demás vestirán indistintamente saco o blusa, zapatillas de lona negra a rayas o negras todas bordadas, o todas de color, bombacha angosta o calzoncillo atado o de puño con chiripá de color azul con rayas cinto sin chapeado, chambergo negro de alas angostas o boina negra, blanca o azul, con borla grande de color adaptada, algunos llevan rebenque, siendo el de Julián, Andrés y Victoriano con virolas de plata y sotera bien ancha; las paisanas vestirán

de percal muy almidonado, de color rosa, celeste o blanco, pañuelos tendidos de estos mismos colores, zapato de taco bajo y cuero ordinario o prunela o zapatillas de las ya indicadas, algunas llevarán echarpe y anillos en los dedos, peinando todas rodete y ondas a los costados, con o sin flequillo. Antes de levantarse el telón se oyen la música de un malambo, risas y aplausos).

ESCENA I

(*Todos los personajes de la comedia, convidados de ambos sexos, músicos, cantores, etc. Dos paisanos aparecen bailando. Los puebleros ocupan la terraza. De los paisanos unos rodean a los bailarines, otros, al fondo, juegan a la taba, los demás distribuídos a capricho. Los guitarreros están a derecha. De un fogón que habrá en el fondo, dos paisanos acarrean mate a la concurrencia; Gerarda, fríe pasteles, que también las muchachas reparten. Sobre una mesa próxima al fogón habrá botellas y damajuanas. Un chico distribuye bebidas a los convidados, en vasos que conduce en una bandeja. Al fondo, al lado de la tranquera se ven varios caballos ensillados, uno de ellos, el de Ramón, con gran chapeado*).

INOCENCIO.—¿Esperando a Lucía?

VENTURA.—No... Como no me interesa mayormente ese juego.

MARTÍN.—(*en grupo aparte con Ventura, Inocencio y Arturo*). ¿Y cómo van esos festejos?

VENTURA.—¿Con quién?

MARTÍN.—Cómo con quién. Con Lucía.

VENTURA.—Hombre, tendría que preguntárselo a Vds. Yo me he limitado a ser atento con ella.

MARTÍN.—A mí no se me ha ocurrido festejarla.

INOCENCIO.—Es muy coqueta. No le lleva el apunte a nadie.

VENTURA.—Es que la agasajamos demasiado, y en eso somos injustos con las otras niñas.

INOCENCIO.—Propongo que nos dediquemos a Elvira, a ver qué efecto le produce a Lucía.

MARTÍN.—Me parece muy buena idea.

VENTURA.—Por mí, si Vds. quieren... Será un nuevo entretenimiento. Pero a condición de ser disimulado; porque si no Lucía creerá que tenemos en verdad interés por ella. Dejá la botella aquí.

ANDRÉS.—Mírela, si es una raina. (*Vase peón segundo por derecha*).

JULIÁN.—(*a Andrés*). Dejate e locas pasiones. Tomá un trago pá alegrarte, que todos te están mirando.

ANDRÉS.—No sé tomar, don Julián.

JULIÁN.—Hacelo por mí. Tomálo.

ANDRÉS.—(*después de beber*). Pucha qu'es fuerte la caña.

JULIÁN.—Qué va ser, si está terciada.

MARGARITA.—(*aproximándose*). Qué milagro, Andrés, tomando. ¿Se siente mal? ¿Está enfermo?

ANDRÉS.—Tomo por ver si me alegro.

JULIÁN.—Y ya te vas alegrando. (*A media voz*). Tené cuidao con Ramón. Lo que vido que ésta se arrimó ahi se viene. Mira qu'es de mala bebida.

MARGARITA.—(*alarmada*). Me voy. No sea que por mí haya cuestiones.

ANDRÉS.—Lo hubiera pensao antes. Ahora yo no quiero que se vaya. Pa mejor ni cuchillo tengo.

JULIÁN.—Tomá, yo te priesto el mío.

ANDRÉS.—(*con rabia reprimida, de impotencia*). No puedo, di mi palabra.

RAMÓN.—(*a Andrés*). ¿Quiere pitar un armao?

ANDRÉS.—No pito, se lo agradezco.

RAMÓN.—De corazón se lo ofrezco.

ANDRÉS.—Si es así, déme, lo pito.

JULIÁN.—Desen la mano de amigo. (*Se estrechan la mano*). Por mi cuenta va el refresco. (*Les sirve caña y todos beben*).

VENTURA.—Y, que no bailan un gatito? (*Voces*).

RAFAEL.—Vd., don Julián, va a hacer de bastonero para que no haya cuestiones por Margarita. (*Una vez concluído el malambo*) ¡Ahora el pericón! (*Varios personajes le hacen eco. "¡El pericón!" "¡El pericón!"*). A ver, los músicos. (*Los aludidos obedecen. A los que juegan a la taba*). Y Vds., larguen el hueso; vengan a bailar. (*A un chico*). Vos, muchacho, quitá esos caballos de en medio. (*El chico lleva los caballos por el fondo hacia derecha*).

RAMÓN.—Cuidao con el mío que es medio redomón, no vaya a sentarse! (*Corre a conducirlo personalmente*).

JULIÁN.—A mi juego me llamaron. A formar parejas. Vení, vos, Andrés. A ver Vds. (*Forman varias parejas, llevando de la mano las mozas hacia los paisanos*). Tomá pa vos. Vos con ésta. (*etc., etc.*).

PEÓN 1.º—(*aludiendo a Margarita*). Yo con ésta, don Julián?

JULIÁN.—Vos vas a bailar con la que yo te mande. Aquí tenés. (*Le da una compañera, y notando que Peón primero la observa de arriba a abajo*). ¿Qué le encontrás?

PEÓN 1.º—Nada.

JULIÁN.—¡Y entonces! (*Notando que varios rodean a Margarita*). A ver, Margarita, espantá esas moscas. Tomá, morenito.

RAFAEL.—¿Y Corbatita que no está aquí? ¿Dónde está?

PEÓN 1.º—En el galpón, patrón. No quiere venir. Está echando proclamas.

RAFAEL.—¿Qué dice?

PEÓN 1.º—¡Vaya' saber! Que esta fiesta no es pa divertirnos nosotros, sino pa divertirlos a Vds. Qué sé yo. Está malísimo.

RAFAEL.—Andá, llamalo. Decile que yo quiero hablarle. (*Vase peón primero*).

RAMÓN.—(*Que vuelve corriendo intenta sacar a Margarita*). Parece que llego a tiempo.

JULIÁN.—(*interponiéndose y con fingida altanería*)

No atropelle, compañero,
que a mí me toca mandar.
Con ésta yo voy a bailar,
pa eso soy el bastonero.

Un "¡Viva el patrón!".

TODOS.—¡Viva!
JULIÁN.—¡Y a la voz de áhura!
CORBATITA.—(*entrando seguido de peón primero*). ¿Por qué "viva"? Vivamos nosotros para que él siga cosechando y trillando bien su trigo, aunque nosotros sigamos rabiando de miserias.
RAFAEL.—¿Te me has dado vuelta, Corbatita? ¿Ya estamos por ser amigos, y ahora salimos con eso?
CORBATITA.—¿Por qué no se ha de decir la verdad, si cuesta menos que negarla?
RAFAEL.—A ver un vaso de caña. (*Lo sirven de una damajuana y se lo alcanzan*). Servite.
CORBATITA.—Yo no tomo.
RAFAEL.—Me vas a despreciar.
MARGARITA.—(*tomándole el vaso a Rafael*). Déme, señor. (*Ofreciéndolo a Corbatita*). Tome.
CORBATITA.—No tomo.
MARGARITA.—¿A mí también va a despreciarme?
CORBATITA.—(*tomando el vaso y bebiendo el contenido*). No se puede tener carácter.
PEÓN 1.º—Yo no voy a bailar. (*Después de incorporarse con su compañera*).
JULIÁN.—(*a Corbatita*). Tome pa Vd. (*Le da a doña Gerarda*). (*Incorporada la nueva pareja*). Vos, Andrés, vas a mandar la parada. ¡Ahora! (*Los músicos y danzantes comienzan el pericón, haciendo éstos las figuras a la voz de mando de Julián, sin mezclarse los puebleros con los paisanos. Concluído el pericón*).
PEÓN 1.º—(*al salir una pareja al centro*). ¡Abran cancha! ¡Est'es mi pollo!
JULIÁN.—Con tal que no cacaree...

RAMÓN.—Puede ser, no más. (*A su compañera*).

No sé que te v'y a decir
Pa defender la parada,
Pues mi prenda *codisiada*
No sos vos. ¿Pa qué mentir?

COMPAÑERA.— Yo ni siquiera te miro,
Me han dicho que andás *ligao*
A la par de otro recao,
Como caballo de tiro.

JULIÁN.—Cobrate y dame el vuelto.

ANDRÉS.—(*a su compañera*)

De celestes margaritas
Está sembrao mi camino,
Después que paso, es mi sino,
Todas se quedan marchitas.

COMPAÑERA.— No me sorprende tu llanto
Ni tu lamento me aflige,
Si hace tiempo andás más triste,
Más triste que viernes santo.

VICTORINO.— ¡Quemara el amor ardiente!...
Es tanto el mío por vos,
Que serías como yo,
Morocha completamente.

COMPAÑERA.— ¡También si a blanquear llegara!...
Por ver cómo queda usté
Lo volvía yaguané,
Manchas negras, manchas blancas.

RAMÓN.—(*cuando le llega el turno a Corbatita le dice a un chico*). Con permiso del patrón. Eche otra copa, mocito, que se la v'y a brindar a Corbatita. (*El aludido sirve la copa y la alcanza*).

CORBATITA.—(*recibiendo la copa de manos de Andrés*). Me oirán si quieren oirme. (*Bebe la caña de un sorbo*).

PEÓN 1.º—¡Hasta luego! ¡El tiempo se va poniendo alegre!

CORBATITA.—(*a todos, en tono de discurso*). Y válgale a eso.

Con la alegría no hay males,
Porque ensancha el corazón
Y da la hermosa ilusión
Que todos somos iguales.

RAMÓN.—(*entre las exclamaciones generales*). Buen Corbatita viejo!

CORBATITA.—(*imponiendo silencio con la mano*). Un momento. Me falta otro.

JULIÁN.—Esto no es rilación: es un compuesto más largo que esperanza e pobre.

CORBATITA.—

Y es que este don tan sagrado
Que a todos nos vuelve igual
No lo compra el capital,
Si no, ya lo habían comprado.

Este va para la moza.

Dá a la alegría el amor
sus perfumes y colores.
Tal vez por eso las flores
Son su símbolo mejor.

MARGARITA.—

Desgracia es que vean los ojos
Entre esas flores fragantes
Espinudos y abundantes
Rosetas, cardos y abrojos.

CORBATITA.—Muchas gracias, Margarita.

VARIOS.—(*entre risas*). ¡Abrojo, Corbatita!

CORBATITA.—¿No ven que eso es por Vds.?

CONVIDADO.—Pero también Vd. cae en la volteada.

CORBATITA.—¡Qué gente ignorante! (*Terminado el baile el moreno Victorino que figura entre los guitarreros, hace mutis apresuradamente por derecha. Las damas vanse a la terraza. Los caballeros se agrupan en primer término izquierda. Algunos paisanos vuelven a jugar a la taba. Otros rodean a Corbatita, entre ellos Ramón, los demás se distribuyen a capricho*).

RAFAEL.—Ahora se impone una payada. Les echo a Corbatita contra el que raye. (*Exclamaciones generales*).

PEÓN 1.º—A ver un copo.

RAFAEL.—(*indicándole por señas que le dé a beber a Corbatita*). Vos, Ramón, cuidame el pollo.

RAMÓN.—No hay cuidao, patrón. Ya está armadito.

RAFAEL.—¿Y dónde están esos cantores?

CORBATITA.—(*ya medio bebido y en tono compadre*). Resulta que eran de lata.

VICTORINO.—(*entra precipitadamente y cuadrándose ante Rafael*). ¿Dónde está ese reservao para darle unos tirones? (*Exclamaciones entre la paisanada*).

CORBATITA.—¡Vean la facha del negro!

VICTORINO.—Tanto proclamar que todos somos iguales y ya me negreó de entrada.

CORBATITA.—Y te voy a blanquear de salida.

VICTORINO.—Y de ahí. ¿No le dan guitarra?

PEÓN 1.º—(*alcanzándole una que pide a los guitarreros*). Acá hay una.

PEÓN 2.º—¿No quiere ésta?

VICTORINO.—Si quiere la mía le presto, responde al dedo muy bien. Dicen las méntas, también, qu'estos son de guitarrero.

CORBATITA.—Bueno es que sepas, moreno, ya que te preciás de diestro; de nada sirven los dedos si no hay fósforo aquí dentro. Y si vas buscando fama, no te aplaudas, que es molesto; sabete hacer el mo-

desto, dejá que otros te aplaudan. Y después de este consejo, que no te lo da un cualquiera, andá a aprender a la escuela y volvé; así te contesto.

VICTORINO.—(*cantando al compás de la guitarra*).

Al no mandarme a la escuela,
Mi madre se presumía
Que andando mundo daría
Con un maestro ciruela. (Dos veces)
Lo que no sé si sabía,
Y de áhi mi curiosidad,
Qu'és esa tal igualdad
Que Vd. aclama noche y día (Dos veces)

CORBATITA.—(*acompañándose también con la guitarra*).

Como sembrada a volea
La semilla de un cereal,
Nació el hombre por igual
En la extensión de la tierra.
Después vinieron la guerra,
Las clases y el capital,
Y el hombre en su propio mal
Perdió la igualdad primera.

Esta igualdad yo proclamo,
Con fe que hemos de lograrla.
Y el que no aspire a alcanzarla
Es que tiene alma de esclavo.

LUCÍA.—(*concluída la payada*). Ahora el pericón. Vamos a bailarlo nosotros. (*Movimiento general de curiosidad en la paisanada*). Luisita, andá a traer los pañuelos. (*La primera que baja de la terraza para bailar es Elvira. Todos los caballeros le ofrecen su brazo. Ella, confundida se sorprende de esta actitud*).

ELVIRA.—(*casi para sí misma*). ¿Qué es esto?

VENTURA.—¿Quiere acompañarme?

MARTÍN.—Yo llegué primero.

INOCENCIO.—Y yo, que la estaba esperando.

ELVIRA.—Estoy confundida, no sé a quién complacer.

VENTURA.—A mí.

MARTÍN.—A mí.

INOCENCIO.—A mí.

ELVIRA.—A los cuatro es imposible.

MARTÍN.—Es que yo no cedo.

VENTURA.—(*a Inocencio*). ¿Vamos a ceder nosotros?

INOCENCIO.—Vamos. (*Estos forman pareja con las restantes damas. Se forman así cuatro parejas que bailan el cielito ejecutado por los mismos músicos*).

RAFAEL.—(*concluído el baile*). Bueno, muchachos. Se acabó la fiesta. Ya saben que aquí no tienen más trabajo. (*Movimiento general de la paisanada*). ¿Ya todos arreglaron las cuentas?

RAMÓN.—Sí, patrón.

PEÓN 1.º—Ya...

PEÓN 2.º—Todos.

RAFAEL.—Si quieren pueden hacer noche en el puesto, y allí siguen el baile. (*Exclamaciones de entusiasmo muy efusivas*).

RAMÓN.—(*simultáneamente*). ¡Superior! ¡Viva el patrón!

TODOS.—¡Viva!

CORBATITA.—(*muy ebrio*). Se va acabar la tiranía de las máquinas y el despotismo de las clases superiores.

RAFAEL.—¿Qué le pasa a Corbatita?

JULIÁN.—Nada, patrón. Es que está medio pasao de más. (*A los paisanos*). Háganle costao a ver si lo sacan pal lao'al puesto.

CONVIDADO 1.º—Vamos, amigo.

CORBATITA.—No quiero ir. Por qué me van a hacer ir a la fuerza, si ante el derecho a la vida todos somos iguales y el hombre es libre.

CONVIDADO 2.—Vamo pal baile.

CORBATITA.—(*mientras lo van llevando*). Qué baile, ni

qué baile. (*Tirándose al suelo*). Ultimamente, yo no voy.

RAFAEL.—Déjenlo, si no quiere ir.

CORBATITA.—Si quieren que vaya, que venga Margarita.

CONVIDADO 1.º—(*abandonándolo*). ¿Por quién nos habrá tomao?

RAFAEL.—Vos, Ramón, llevá de aquí carne y unas damajuanas de vino.

RAMÓN.—¡Hermanito! Con mamajuana en el baile vamos a sujetar cuando esté el sol bien arriba.

RAFAEL.—Eso sí, van a cocinarse Vds. porque Margarita se tiene que quedar en la estancia, la señora la necesita. (*A Margarita*). ¿Trajiste tu ropa?

MARGARITA.—Sí, señor. (*Transición inmediata de silencio en la paisanada*).

GERARDA.—Y de áhi, cocina cualquiera de nosotras. No nos vamos a quedar sin comer por eso. Vengan, muchachas. (*Mutis por derecha seguida por las demás mujeres. Los paisanos perplejos se miran los unos a los otros sin resolverse por ninguna actitud y mientras algunos se arremolinan, Ramón, Peón primero y Peón segundo se aproximan cautelosos a Margarita*).

PEÓN 1.º—¿Va dir pal baile después de cenar?

MARGARITA.—No.

PEÓN 2.º—Si quiere la llevamos nosotros y la tráimos de madrugada.

RAMÓN.—O se la pedimos a la patrona.

MARGARITA.—No voy a ir. No me pidan.

SOFÍA.—(*desde adentro*). ¡Margarita!

MARGARITA.—¡Señora! (*Mutis por la terraza*).

RAMÓN.—(*desconsolado rascándose la cabeza*). ¡Bueno!

RAFAEL.—Y, qué hacés que no llevás eso?

RAMÓN.—(*después de un silencio, titubeando*). Yo más vale me voy a dir, patrón. Quiero que me agarre el sol del otro lao del correntoso.

RAFAEL.—Vayan ustedes.

PEÓN 1.º—Yo también v'y a dirme.

PEÓN 2.º—Ya nos hemos divertido bastante.

RAFAEL.—Hagan como quieran.

RAMÓN.—(*a Peón primero mientras se va dispersando la peonada por otros rumbos*). ¿Va pá qué lao, amigo?

PEÓN 1.º—(*señalando hacia la izquierda*). No, yo voy pá la blanqueada. (*Mutis por izquierda*).

RAMÓN.—(*a Peón segundo*). ¿Y Vd.?

PEÓN 2.º—(*señalando hacia derecha*). Yo voy pal lao el pueblo. (*Mutis por derecha*).

RAMÓN.—Hasta más ver, entonces. Adiós patrón. (*Mutis por la tranquera del fondo hacia derecha. Los restantes peones, convidados y músicos, que aún no se han retirado, hacen mutis como los anteriores saludando de palabra a Rafael, que les contesta*).

RAFAEL.—(*a Julián y Andrés*). Vds. ya saben que se quedan.

JULIÁN.—Nos dijo el capataz.

RAFAEL.—Vayan poniendo esos bancos en su sitio. (*Los aludidos obedecen poniendo los bancos y las sillas como estaban en el acto segundo*).

VENTURA.—(*aproximándose a Elvira*). ¿Qué le pasa, tan solita?

ELVIRA.—No tengo el atractivo de otras, que están siempre acompañadas.

VENTURA.—¿Más atractivos pretende?

ELVIRA.—Qué galante está, Ventura. Permítame preguntarle a mi vez: ¿qué le pasa con Lucía?

VENTURA.—A mí nunca me ha pasado nada.

ELVIRA.—Será capaz de negar que la festeja.

VENTURA.—Que la festejo, si somos amigos simplemente.

INOCENCIO.—(*aproximándose*). ¿Incomodo?

VENTURA.—Llega a tiempo. ¡Figúrese que Elvira acaba de decirme que yo festejo a Lucía!

INOCENCIO.—(*ríe ridículamente*). ¡Qué gracioso! ¡A Lucía!

ELVIRA.—¡No le veo la gracia!

INOCENCIO.—(*con intención*) A quien festeja Ventura es a otra persona que yo me sé. Y todavía aquí va a haber un duelo porque Martín también la festeja.

ELVIRA.—(*no pudiendo disimular su regocijo*). ¿A qué persona? Ya que ha dicho el milagro, diga el santo. (*Martín se aproxima*).

INOCENCIO.—¡Ah!... No puedo. ¡Mire cómo se aproxima Martín!

VENTURA.—(*nervioso por la excesiva broma de Inocencio*). Inocencio exagera... En realidad... Yo, no festejo. He dicho que entre Vds. hay una dama que me es altamente simpática; que es hermosa; que tiene un trato exquisito...

ELVIRA.—(*dándose por aludida y con fingida modestia*). ¿Quién es esa afortunada? (*Inician el mutis*).

MARTÍN.—En su compañía, señorita Elvira, uno se siente verdaderamente bien.

INOCENCIO.—¿Ve cómo coinciden las opiniones? (*Ríe como antes*).

JULIÁN.—(*aproximando con Andrés un banco hacia primera izquierda donde se encuentra Lucía pensativa*). ¿No quiere sentarse, niña?

LUCÍA.—(*sentándose maquinalmente y como exteriorizando el pensamiento que la embargaba*). ¿Es Vd. el que canta al venir el día, Andrés?

ANDRÉS.—(*descubriéndose y turbado por lo intempestivo de la pregunta*). Yo no, niña. (*Buscando apoyo en Julián*). ¿No es verdad, don Julián, que no?

JULIÁN.—Al menos, que yo sepa...

LUCÍA.—Escuché ese canto por primera vez al anochecer del día que se fueron los peones de la máquina. Después, todas las madrugadas, en seguida de apagar la luz de mi habitación, he vuelto a oirlo. Parece que el cantor espera a que yo me acueste, y como nos retiramos tarde y luego nosotras charlamos casi hasta de día, lo oigo siempre con la aurora. Es un canto triste, muy triste... De mi estada en esta tierra va a ser mi mejor recuerdo. Nadie ha reparado en él y yo

no he querido llamar la atención porque me parece que es para mí sola. ¡Cómo me enternece! (*Pausa*). ¿Quién será el cantor?

ANDRÉS.—(*sin mirarla*). Algún pobre paisano que saluda al sol y le cuenta sus tristezas.

LUCÍA.—La letra algo dice del sol. (*Pausa*). Es el gran compañero de Vds.

ANDRÉS.—¡No tenemos otro!

JULIÁN.—Por eso no le hacemos asco y lo miramos de frente.

ANDRÉS.—Cuando se pone el sol es como si se acabara la vida para nosotros. Aquí en l'estancia siquiera tienen buena luz; pero en los puestos, con el candil, apenas si nos conocemos, y cuando rodeamos el fogón para tomar unos mates, con la vislumbre del fuego que nos da en la cara, parecemos difuntos. ¡Dios no lo permita! Pa mejor nunca falta alguno que saque el cuento de las ánimas y de la luz mala. Nos acostamos recelosos de que se nos presente y deseando que salga el sol, que arrea las sombras.

LUCÍA.—Y le cuentan sus tristezas... Vds. también tienen tristezas!

ANDRÉS.—Ande se ha visto pobre sin tristezas. A veces soñamos que somos ricos, que nos quieren bien, que alguna mujer como una "raina", que hemos visto al cruzar, nos brinda sus amores. Pero, es pa pior, porque el sol que arrea "al barrer" arrea también estas sombras.

JULIÁN.—(*comprendiendo que Andrés se coloca en una situación difícil y tratando de alejarlo*). Ahurita la cocinera va pedir la leche. Andá ordeñar las lecheras. (*Mutis de Andrés, que al volver las espaldas se enjuga una lágrima con la manga*).

LUCÍA.—(*en sí indignada, sin dar importancia al mutis de Andrés*). ¿Vds. creerán que nosotras somos muy dichosas?

JULIÁN.—¡Vaya'saber! Pá mí que ande está el cristia-

no está el dolor. ¡Ande ha de ir el buey que no are! Digo yo, no sé.

VENTURA.—(*señalando hacia derecha*). Allá parece que viene uno a caballo.

INOCENCIO.—¿Quién será?

JULIÁN.—El capataz, que viene llegando del pueblo.

LUISITA.—(*desde la terraza abandonando las cartas y encaminándose luego hacia Elvira*). ¡Ay qué suerte! Tendremos correspondencia. Yo tengo un hambre de diarios...!

VENTURA.—¡Cómo lo reconoce a esta distancia!

JULIÁN.—Por el andar.

VENTURA.—¡Qué maravilla, con esta luz y viniendo de frente!

JULIÁN.—Si fuera cruzando, lo saco de aquí a una legua.

LUISITA.—(*aprovechando que los caballeros se han alejado algo*). La felicito, Elvira. Qué me cuenta. ¡Cómo la agasajan! Para mí es una sorpresa.

ELVIRA.—(*enfática*). Para mí, no. Sabía que se hacían los interesantes. Pero, no hay como mostrarse indiferente; ya lo ves; rendidos. Vamos a pasear para demostrarles que no nos preocupan. Los hombres, hijita, son así; bueno es que vayas aprendiendo. Nunca hay que mostrarles interés.

VENTURA.—(*a cierta distancia*). Me parece buena idea la de un paseíto antes de comer. (*Sale al encuentro de las aludidas, seguido de Martín e Inocencio*).

ELVIRA.—(*por lo bajo a Luisita*). ¿Has visto? Ahí se vienen todos. (*Pasean todos juntos. Lucía desde su asiento al observar la escena, ríe espontáneamente provocando en los paseantes una mirada instantánea de desconfianza; ella, entonces, ríe más fuerte, poniendo nerviosos a los aludidos*).

VENTURA.—(*a Lucía*). ¿Se puede saber qué le hace tanta gracia?

LUCÍA.—(*entre risas*). No.

ELVIRA.—Dejémosla que ría. Rirá bien qui rirá le dernier.

VENTURA.—Es curioso. Se diría que ríe de nosotros y me parece que no tenemos monos en la cara.

LUCÍA.—¡Qué Ventura este! (*Vuelve a reir*).

VENTURA.—Luego, es de mí que ríe.

LUCÍA.—(*a media voz*). Sí, y de todos Vds. que se han complotado para darme celos. ¡Qué papelón! Siquiera se hubieran dedicado a Luisita. (*Vuelve a reir*).

VENTURA.—Es posible que esté haciendo papelones por Vd. como es posible que haga muchas locuras todavía. Pero es suya la culpa, que al verme enamorado se ensaña conmigo.

LUCÍA.—¿Yo?

VENTURA.—Vd., que bajo esa máscara de alegría oculta una alma triste, y por lo mismo frívola y perversa.

LUCÍA.—(*enojada*). ¡Ventura!

VENTURA.—Enójese si estas verdades la molestan. Yo tengo el mismo derecho de decírselas que Vd. el de torturarme.

LUCÍA.—(*confundida*). ¿Torturarlo?

VENTURA.—Sí, con la misma inconsciencia con que es Vd. egoísta. Porque al negarme su amor — sin duda por atribuirle un valor extraordinario — se burla del mío que tiene sobre el suyo, por lo menos, la virtud de que antes de pedir vino a ofrecerse.

LUCÍA.—¡Jamás me ha hablado así, Ventura!

VENTURA.—Eso le demuestra hasta dónde soy generoso, que sintiendo esta verdad desde hace mucho, fué necesario que Vd. me exasperara con el ridículo para decírsela.

LUCÍA.—Yo soy una alma triste, es la verdad; y en mi afán por reir resulto frívola; pero jamás he creído ser perversa. Perdóneme, Ventura. En mi egoísmo por defender mi amor, no reparé que me burlaba del suyo, más respetable por ser más generoso. Vd. lo ha dicho. Sin embargo, no defiendo mi amor por creerlo extraordinario, sino, porque es todo en mí, y estoy segura que con él daría mi vida.

VENTURA.—¿Acaso el mío no lo es todo también? No están con él toda mi fe, mis ilusiones todas, y al ofrecérselo no pongo mi propósito más firme, mi deseo más íntimo, mi intención más vehemente por que sea como ahora perpetuamente suyo?

LUCÍA.—(*tendiéndole la mano profundamente conmovida*). ¡Ventura!

VENTURA.—(*apasionado, besándole una mano*). ¡Sí, Lucía!

LUCÍA.—Sí. (*Vase por la terraza. Ventura la sigue ansioso con la mirada*).

LUISITA.—(*al Capataz que llega a caballo hasta la tranquera del fondo*). ¿Hay diarios?

CAPATAZ.—Cartas también. (*Extrae de una maleta varias piezas de correo que entrega a Luisita*).

LUISITA.—(*distribuyendo la correspondencia*). Para Vd., Ventura, Martín... Inocencio... Arturo. Esta para el señor y este telegrama para la señorita Lucía, que está adentro. (*Las entrega al Capataz que se encamina hacia la terraza. Mutis del Capataz por la terraza después de llamar con las manos, y de Julián por el fondo, izquierda, con el caballo de la mano*). Para nosotras hay diarios. ¡Cinco días de crónica social! Esta noche no duermo hasta que me la devore. (*Los caballeros después de pedir permiso, han leído sus respectivas cartas*).

MARTÍN.—(*a Ventura*). ¿Alguna novedad?

VENTURA.—Ninguna. Mi abogado me anuncia que tengo que asistir a una audiencia el 20 del mes entrante.

MARTÍN.—(*aludiendo a su carta*). Ha llegado hoy el altar que regalé para la capilla del pueblo.

INOCENCIO.—(*a Arturo aludiendo a su carta*). Ni aquí me deja el sastre tranquilo.

ARTURO.—(*con sorna aludiendo a la suya*). ¡Pollinete! La gringa no puede vivir sin mí. "Viene Joie". (*Guardando la carta*). ¡Está arreglada! ¡Que me

espera! (*Se oye un llanto y frases entrecortadas por izquierda*).

ELVIRA.—(*entre la alarma general*). ¿Qué pasa? (*Entra Lucía por izquierda, llorando, asistida por Sofía, Rafael y Capataz. Todos se dirigen a la terraza*).

RAFAEL.—No desespere, Lucía. No ha de estar tan mal como Vd. supone.

LUCÍA.—(*llorando*). Sí, está grave. (*Desesperada*).

SOFÍA.—Algo te dirán.

LUCÍA.—¿Qué más? "Papá enfermo. Regresa inmediatamente". (*Angustiada*). ¡Yo quiero irme hoy mismo a Buenos Aires!

RAFAEL.—Hoy mismo, es imposible.

SOFÍA.—¿No hay tren?

RAFAEL.—(*consultando el reloj*). Tren, sí; pero, falta tiempo.

LUCÍA.—(*suplicante*). Rafael, por Dios, haga lo posible.

RAFAEL.—Son las 6. El tren sale a las 8... Sólo que hubiera caballo a mano y yendo a media rienda, porque con el automóvil se van a quedar empantanados. (*Llamando a voces*). ¡Andrés! ¡Julián!

CAPATAZ.—(*corriendo hacia el fondo repite el llamado*). ¡Julián! ¡Andrés! (*Entra Julián por derecha y Andrés corriendo por izquierda*).

JULIÁN.—(*levantando la voz*). Ordene.

ANDRÉS.—(*como el anterior*).

RAFAEL.—¿Hay caballos cerca?

JULIÁN.—De andar. Ahí está el de Andrés ensillao.

RAFAEL.—No, para el coche.

JULIÁN.—Hay dos mudas en el piquete.

RAFAEL.—Van a atar inmediatamente. (*A Sofía*). La acompañaremos nosotros?

SOFÍA.—Desde luego.

RAFAEAL.—(*a Julián y Andrés*). El breack grande. Póngale 6 caballos, porque vamos a ir ligero. (*A Andrés mientras Julián se encamina hacia el fondo*). Vos

nos vas a llevar a la estación. La señorita se tiene que ir hoy mismo, y hay que alcanzar el tren.

JULIÁN.—(*mutis por derecha*).

RAFAEL.—(*a Andrés que se ha quedado perplejo*). Marchá pues, hombre. ¿Qué te quedás haciendo? (*Andrés vacilante se encamina hacia derecha, y luego resueltamente hace mutis por izquierda. En este momento atraviesa la escena por el fondo de izquierda a derecha uno de los paisanos que bailaron el malambo, caminando, como por sobre huevos, en medias y llevando una bota colgada de cada mano*).

LUCÍA.—No puedo permitir que Vds. se molesten acompañándome.

SOFÍA.—Te hemos traído. ¡Cómo te vamos a dejar ir sola! Además no es molestia.

LUCÍA.—De ninguna manera. Prefiero quedarme. Andrés es persona de confianza para llevarme hasta la estación, y en el tren bien puedo ir sola. No me va a suceder nada.

VENTURA.—Si Vd. me lo permite yo la acompaño; aprovecharé para irme en el mismo tren, siempre que los dueños de casa me perdonen una despedida tan precipitada.

SOFÍA.—No faltaba más, Ventura.

VENTURA.—Debo regresar mañana. Acabo de recibir una carta llamándome urgentemente, por mis negocios.

LUCÍA.—Siendo así, acepto.

MARTÍN.—Yo también aprovecharé entonces. Tengo una reunión de comisión importante para pasado mañana.

RAFAEL.—Me parece muy bien, así esta chica no se va tan sola.

INOCENCIO.—Si es así, yo también me voy. De todos modos me iba a ir el domingo.

ARTURO.—Entonces, vamos juntos.

RAFAEL.—Si se van, no hay tiempo que perder.

LUCÍA.—Yo iré como estoy. (*Mutis precipitado*).

VENTURA.—Yo lo mismo. (*Mutis como la anterior*).

MARTÍN.—¿Acaso no estamos bien?

RAFAEL.—¿Y las valijas?

MARTÍN.—La mía está lista. (*Mutis como los anteriores*).

INOCENCIO.—(*a Arturo*). Vamos a arreglar las nuestras. (*Mutis ambos como los anteriores*).

SOFÍA.—Voy a disponer que se las lleven los sirvientes.

JULIÁN.—(*seguido del paisano que atraviesa la escena como antes en sentido inverso. Trae el caballo ensillado de Andrés y lo deja en la tranquera*). Ya'stá la volanta atada, patrón.

RAFAEL.—¿Y Andrés?

JULIÁN.—No sé. Ahi le traje su caballo pa que lo desensille.

RAFAEL.—¿No fué con Vd. a atar el coche?

JULIÁN.—Allí no lo vide. Quién sabe p'ande agarraría.

RAFAEL.—Estará idiota ese hombre. Vaya a buscarlo.

JULIÁN.—(*haciendo mutis por izquierda y llamando*). ¡Andrés! ¡Andrés!

LUCÍA.—¿Ya está listo? (*Entra seguida de los restantes personajes*).

RAFAEL.—Falta Andrés, pero váyanse despidiendo.

LUCÍA.—Adiós, Sofía. Mil gracias por todo y perdonen tanta molestia.

SOFÍA.—Gracias a ti por tu estada y conste que te has resistido a que te acompañáramos.

LUCÍA.—Voy bien acompañada. (*Besos y saludos*).

JULIÁN.—(*volviendo*). Andrés está mal, patrón.

RAFAEL.—¿Qué le pasa?

JULIÁN.—Se le prendió a una damajuana de caña, y está muy pesao pa guiar la volanta.

RAFAEL.—(*indignado*). ¡No digo! ¡Y estos son los hombres de confianza! ¡Que se mande mudar inmediatamente antes que yo vaya y la emprenda a palos! (*Mutis de Julián, por izquierda. A Capataz*). Vos vas a llevarlos.

CAPATAZ.—Está bien, señor. (*A media voz*). ¡Después dígame si no es como para cubrirlos a azotes!

RAFAEL.—(*a los viajeros*). Vayan ya. Apúrense. (*Los

aludidos apresuran la despedida con frases de agradecimiento para los dueños de casa. Mientras tanto van haciendo mutis en dirección a segundo término derecha, en el siguiente orden: Lucía, Ventura, Martín, Inocencio, Arturo, Capataz, Mucama y Mucamo, estos últimos llevando las valijas de los viajeros).

SOFÍA.—(*a Rafael mientras van saliendo los viajeros*). ¿Llegarán a tiempo?

RAFAEL.—Sí, han de llegar.

SOFÍA.—Qué broma.

RAFAEL.—Cómo las cosas se complican de un momento a otro:

SOFÍA.—(*haciendo mutis con Rafael*). Y debe estar mal a juzgar por el llamado urgente.

ELVIRA.—(*ahogando un suspiro*). Vamos a leer la crónica social. (*Mutis con Luisita. La criada perseguida por el criado, vuelven por derecha, y ambos hacen mutis por la terraza. Andrés medio tambaleante, entra por el fondo izquierdo procurando no ser visto por los criados, y oculto detrás de un eucaliptus, como en el segundo acto, pero esta vez sin guitarra, canta la primera cuarteta de la primera décima, y visible al público suelta el llanto*).

CAPATAZ.—(*desde afuera, animando a los caballos*). Ylú... Ylú... (*Se oyen los chasquidos del látigo*).

JULIÁN.—(*por el fondo izquierdo con Margarita de la mano, que lleva el atado de su ropa como en el primer acto*). Ahí lo tenés. Si estás tan prendada de él hablalo. (*Desprendida de la mano de Julián, Margarita permanece indecisa; Julián animándola*). El patrón lo despidió. ¡Quién sabe pá ande va rumbiar, cortao solo, como guacho!

MARGARITA.—(*suplicante*). Háblelo Vd. por mí, don Julián.

JULIÁN.—Si vos no conseguís arriarlo... A mí más vale que no me vea.

MARGARITA.—(*resolviéndose al ver que Andrés se enca-*

mina hacia su caballo). Présteme su cuchillo, don Julián.

JULIÁN.—¿Pá qué lo querés?

MARGARITA.—Pá ofrecérselo a Andrés porque él no tiene.

JULIÁN.—(*dándoselo con la vaina*). Tomalo.

MARGARITA.—(*lo guarda entre el atado de su ropa, y en momentos en que Andrés va a montar a caballo*). Andrés. (*Julián se oculta detrás de los árboles*).

ANDRÉS.—¿Qué hay?

MARGARITA.—(*titubeando*). ¿Quiere llevarme pa mi casa?

ANDRÉS.—¿A Vd. también l'han despedido?

MARGARITA.—Quiero irme.

ANDRÉS.—Suba en l'anca. La llevo.

MARGARITA.—(*provocándolo*). ¿Y si nos encontramos con Ramón? (*Se hace un silencio que ella interrumpe audazmente*). Tome cuchillo, don Julián se lo presta.

ANDRÉS.—(*duda tomarlo, mirando hacia el lado en que salió Lucía; pero la voz del capataz que se vuelve a oir muy lejana arriando los caballos, lo resuelve y enérgicamente toma el cuchillo, se lo echa a la cintura y apasionado*). Trailo. Ahora, si vos querés, no es pa tu casa ande te voy a llevar, sino a la mía.

MARGARITA.—(*ocultando su regocijo*). Es p'ande yo quería ir. (*Montan ambos a caballo y vanse por derecha*).

JULIÁN.—(*mientras van saliendo*). ¡Y lo arrió, no más!

TELON

EL PECADO ORIGINAL

Comedia en un acto y dos cuadros. Estrenada en Septiembre de 1918 en el Teatro Buenos Aires, por la Compañía Muiño-Alippi.

PERSONAJES

Enrique	Sr. Alippi
Carlos	„ Muiño
Ernesto	„ Drames
Bernardo (criado)	„ Betoldi
Festejante	„ Otegui
Carmen	Sra. Cornaro
Clara	„ Poli
Zulema	„ Catá
Elisa	„ Plano
Compañera	„ Pereyra

(La acción en Buenos Aires. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor).

CUADRO PRIMERO

(*Hall lujoso*).

ESCENA I

CARLOS *y* BERNARDO

(*Carlos con saco de fumar pasea lentamente por la escena, con las manos a la espalda, mientras Bernardo entra con el té y lo sirve. Carlos es canoso y casi calvo, y se peina pasándose el cabello de un costado a otro. Bernardo, viejo de 60 años, completamente cano, afeitado el bigote, con chaleco de mucamo, a rayas amarillas y negras*).

BERNARDO.—(*después de echar varios terrones de azúcar en el pocillo*). Está servido el té, señor.

CARLOS.—(*lentamente, encaminándose a beberlo*). ¿Alguien ha venido a buscarme?

BERNARDO.—No, señor.

CARLOS.—¿Alguno ha preguntado por mí?

BERNARDO.—Tampoco, señor.

CARLOS.—¿Hay correspondencia?

BERNARDO.—No, señor. La única novedad se la comuniqué al señor: el encargo de la señorita Luisette, recordándole que usted prometió comer en su compañía esta noche.

CARLOS.—(*irónico*). ¡Pocas noticias, pero buenas! (*Gesto de Bernardo excusándose de opinar. Pausa*). Dime, Bernardo, ¿no estás cansado de la soledad de esta casa?

BERNARDO.—Van tantos años que le sirvo, señor... Ya estoy acostumbrado.

CARLOS.—(*como para sí*). ¡Acostumbrado!

BERNARDO.—(*rectificando*) ¡El señor me trata tan bien...!

CARLOS.—No; "acostumbrado", has dicho, y has dicho lo justo. Si te hubiera tratado mal te habrías acostumbrado lo mismo. El hombre es un animal de costumbres. Así me he acostumbrado yo también. (*Transición. Medio mutis de Bernardo*). ¡Ah! Te advierto que los radiadores deben andar mal. Anoche he sentido frío. Mi habitación estaba helada.

BERNARDO.—Andan perfectamente; yo los reviso todos los días. Es que anoche hizo mucho frío, señor.

CARLOS.—Cada vez que sacaba las manos de entre las sábanas, se me congelaban.

BERNARDO.—Si el señor quiere que además del radiador ponga en su habitación una estufa eléctrica...

CARLOS.—Sí, pon estufas. El frío es una cosa a la que no quiero acostumbrarme.

ESCENA II

DICHOS *y* ENRIQUE

ENRIQUE.—(*entrando, con visible mal humor*). Buenas tardes. (*Arroja su sombrero sobre un mueble, Bernardo lo recoge y lo lleva a la percha*).

CARLOS.—(*gesto de sorpresa por el tono de Enrique. Luego reticente*). Buenas tardes.

BERNARDO.—(*a Enrique*). ¿El señor desea tomar té?

ENRIQUE.—Ya tomé, gracias... (*Medio mutis de Bernardo con el servicio de té*).

CARLOS.—Tráeme el smoking y el cepillo de cabeza. (*Vase Bernardo*). ¿Y? ¿Qué se cuenta de nuevo, hermano? ¿Qué dice la ciudad? ¿Alegre y confiada?

ENRIQUE.—De buena gana le prendería fuego a la ciudad.

CARLOS.—No sospechaba que tuviéramos un Nerón en la familia. (*Entra Bernardo trayendo el smoking, un cepillo de cabeza y un espejo de mano. Carlos se quita el saco de fumar, ayudado por Bernardo, luego, mientras se alisa el cabello con el cepillo, mirándose al espejo*). Esta es una obra de romanos. No quieras saber lo que me cuesta. Te parecerá una paradoja, pero a medida que tengo menos pelo, tengo más trabajo. Como vivo del préstamo, debo pasar de aquí para acá (*Refiriéndose a los cabellos*). y éstos se sublevan. (*Bernardo, que ha traído mientras tanto el cepillo de la ropa, lo pasa ligeramente por los hombros de Carlos, le ayuda a poner el smoking y vase llevando el saco de fumar y ambos cepillos. Queda Carlos mirándose al espejo*).

ESCENA III

CARLOS *y* ENRIQUE, *luego* BERNARDO

ENRIQUE.—¿Piensas salir?

CARLOS.—(*sarcástico*). Voy a comer con Luisette. (*Observando que Enrique permanece en actitud de preocupación*). ¡Mal humor gastas! Graves problemas te preocupan.

ENRIQUE.—(*grave*). Vengo a hablarte.

CARLOS.—(*remedando su gravedad*). Hermano mío, si es para pedirme dinero, puedes ahorrarte la saliva, porque hoy he tenido un vencimiento que me ha dejado tecleando. Ahora, si es por consejos, venga. Consejos puedo darte.

ENRIQUE.—Veo que no pierdes el buen humor.

CARLOS.—En cambio tú lo has perdido, teniendo más motivos que yo para conservarlo. (*Pausa*). ¿Y tu novia?

ENRIQUE.—Yo no tengo novia.

CARLOS.—Es cierto que todavía no la has pedido oficialmente; pero para el caso es como si la hubieras pedido. Sin embargo, me permito aconsejarte que te apures y te cases.

ENRIQUE.—(*saltando*). ¿Por qué me lo aconsejas? (*Queda suspenso de la contestación*).

CARLOS.—Porque vivimos en una época de impaciencias y a lo mejor puede cansarse de esperar. Pero no es como para alarmarse tanto. (*Enrique vuelve a sentarse más tranquilizado*). Candidatas como esa deben ser muy solicitadas; no se encuentran a cada paso: distinguida, hermosa, buena, rica... ¡Qué imbécil eres, querido hermano! Tú, que a tu edad, con tus bríos y con esa candidata debías sentirte estimulado y luchar por formar tu hogar de una vez, estás acoquinado, abatido, malhumorado. ¡Ah, si yo pudiera darte mi experiencia! ¡Cómo cambiarías! ¡El tiempo que se va, no vuelve! ¡Y la felicidad no pasa más que una vez a nuestro lado! (*Transición*). Se me fué al diablo el buen humor. (*Sin hacer caso de Enrique, como si monologara, mirándose al espejo*). ¿Y cómo no he de ponerme triste si me observo y no me engaño? ¡Cuarenta y cinco primaveras! ¡Qué digo, primaveras! ¡Cuarenta y cinco inviernos con todas sus tempestades! ¡Qué patas de gallo, hermano! ¡Aquí han fracasado todos los masajistas! ¡Y qué pobreza franciscana de cabellos! Menos mal que el arte la disimula un poco. Pero hasta este préstamo es usurario. ¡No imaginas los intereses que me cuesta en ungüentos! El bigote, opté por echarlo abajo. Ya lo tenía blanco. Intenté teñirlo, pero tenía que andar huyendo del sol por los reflejos áuricos. El rostro marchito, las ojeras abultadas, los surcos de la cara profundos. Yo que siempre he reído, tengo la expresión del que ha llorado mucho. Estoy en plena edad monumental; y así la llamo

porque, como a los monumentos, se me pueden contar los años por los desperfectos. ¡Pero qué infeliz soy! ¡Como Margarita Gautier, frente al espejo! (*Dejando el espejo*). ¿Por qué no me casé? ¿Acaso por temor de no encontrar una mujer buena? No. Por egoísmo y por pretensión; por parecerme que todas eran poco para mí. Buenas, hubiera encontrado a montones. ¡No me casé, ni nada hice por aferrarme a la vida! ¡Ni una obra, siquiera, que dejar detrás de mí! Mi recuerdo será fugaz, como la estela de un navío. Y no sospechas lo que angustia la idea de morir en absoluto, sin quedar ligado por ningún vínculo a la vida. Tú dirás que todavía puedo casarme. Y pudiera ser. Pero, ¿me imaginas a las dos de la mañana, cuando estoy recién por conciliar el sueño, y empieza el nene, o la nena "¡guá!", "¡guá!", "¡guá"? No; las cosas deben hacerse a su tiempo, y a mí ya se me pasó. Por eso, te digo a ti ¡cásate! Pero tú parece que no me escuchas.

ENRIQUE.—Sí, te escucho, Carlos, te escucho.

CARLOS.—¿Qué te hace falta para casarte? ¿Casa? Tienes esta. Te la regalo. Es mi casa de soltero. Pero puedo jurarte que aquí jamás puso sus pies mujer alguna, fuera de nuestra madre. ¿Qué más te falta? ¿Muebles? Tienes los míos; también te los regalo. Mi única virtud ha sido no hacer mal. De nada tengo que arrepentirme. Y, ¡qué diablos!, todavía me siento capaz de hacer el bien. Quiero hacerlo por ti. Para mí ya no espero nada. Estoy condenado perpetuamente a la Luisette. ¡Qué desastre! No quieras saber lo que se me ocurre cada vez que me encuentro frente a ella. La proclama de Napoleón a su ejército frente a las pirámides de Egipto: "¡Soldados: desde aquí, cuarenta siglos os contemplan!"

ESCENA IV

DICHOS *y* BERNARDO

BERNARDO.—La señorita Luisette, desea hablarle por teléfono.

CARLOS.—¡Qué me he suicidado! ¡Y que mañana me entierran después de una misa de cuerpo presente! ¡Marche! (*Vase Bernardo*).

ESCENA V

ENRIQUE *y* CARLOS

CARLOS.—¡Luisette!... ¡Qué desastre! (*Pausa*). Pero, tú deseabas hablarme, y yo no te he dejado con mi charla. ¿Qué quieres, hermano? ¿No aceptas mi ofrecimiento? ¡Es sincero, como soy todo yo! (*Pausa*). ¿Qué te sucede? ¿He estado grosero contigo? Perdóname, Enrique. Con frecuencia hago sarcasmo de mí mismo para aturdirme, porque vivo torturado por la idea de mi inutilidad. Pero no tuve intención de hacerte daño. Dime qué te sucede. Pide lo que quieras; que si no lo tengo a la mano, lo invento.

ENRIQUE.—No sé por dónde empezar, Carlos. Porque tengo que empezar acusándome de una infamia. He llegado a una situación, sin salida, que no sé a dónde me va a llevar.

CARLOS.—(*después de una profunda pausa*). Venga esa infamia.

ESCENA VI

DICHOS *y* BERNARDO

BERNARDO.—(*anunciando*). La señora Carmen y la señorita Clara.

CARLOS.—(*sorprendido*). ¿Tu novia y tu futura suegra, aquí? Qué ocurre? (*Pasa un momento de ansiedad. Entran las aludidas. Bernardo vase*).

ESCENA VII

ENRIQUE, CARLOS, CARMEN, CLARA, *luego* BERNARDO

CARMEN.—(*a Clarita que queda en último término, avergonzada*). Pasa. (*La aludida avanza apenas. A Carlos, conteniendo su agitación*). Le ha de sorprender, Carlos, esta inesperada visita nuestra.

CARLOS.—Confieso que sí, señora. Pasen ustedes.

CARMEN.—Créame que he tenido que hacerme de mucha voluntad para venir a importunarlo. Pero se trata de algo muy grave que hasta aquí, sólo sabemos su hermano, mi hija y yo. Y he creído que enterarlo a usted fuera, más conveniente que enterar a mi esposo y a mis hijos.

CARLOS.—(*después de dirigir una mirada inquisidora a Enrique*). Señora, si eso es una prueba de confianza, la agradezco. Pero, tal vez, usted prefiera conversar conmigo a solas. ¿Si gusta usted pasar a mi despacho?

CARMEN.—Me es indiferente. Ha llegado el momento de hablar claro y de llamar las cosas por su nombre; por eso no he trepidado en traer a mi hija y me complace encontrar aquí a su hermano.

CARLOS.—Señora, ya voy presintiendo de lo que se trata, y para ahorrarla en parte su agitación, la invito a que pasemos. (*Llama por el timbre*). Pase usted, señora. (*Mutis de Carmen por izquierda. Entra Bernardo*). No estoy para nadie.

BERNARDO.—Bien, señor. (*Mutis*).

CARLOS.—(*a Enrique*). Confío que no cometerás la grosería de irte y dejar sola a esta señorita. (*Mutis por izquierda*).

ESCENA VIII

ENRIQUE *y* CLARA

ENRIQUE.—¿Se lo has dicho a tu mamá?

CLARA.—(*angustiada, sin exaltación, arrojándose en brazos de Enrique*). No me fué posible ocultarlo más. Estaba enferma; iban a llamar al médico; temía que papá y mis hermanos se enterasen y me resolví a confesárselo a mamá.

ENRIQUE.—¿Y qué pretende ahora tu mamá?

CLARA.—(*con estupor*). ¿Me lo preguntas, Enrique? ¿Qué puedes pensar que pretenda? Que apresures nuestro matrimonio.

ENRIQUE.—Aunque te parezca una crueldad y puesto que, según tu madre, ha llegado el momento de hablar claro, pienso que debió cuidarte más, ya que tú no sabías hacerlo, y se hubiera ahorrado esta molestia; porque yo no me caso. Y menos por este procedimiento de intermediarios.

CLARA.—¡Enrique!

ENRIQUE.—Ya lo he dicho; no me caso.

CLARA.—(*angustiada, tomándole las manos, mientras él lucha por desprenderse*). ¡Enrique! ¡Enrique! ¡Dime, por Dios, que no es verdad lo que acabo de oir, que no lo has dicho siquiera! Porque yo voy a enloquecer. (*Haciendo por serenarse*). Mira, Enrique. No lo hagas por mí, yo ya tampoco quisiera que lo hicieses, pero por ella. Vas a matarla. Hoy creí que moría cuando se lo dije. (*Con ternura*) ¡Pobre mamá! ¡Vieras cuánto ha llorado! Y cuando trastornada yo por el remordimiento y la vergüenza, corrí al balcón para arrojarme a la calle, ella fué entonces la que me consoló. Me atrajo hacia su pecho y me acarició mientras humedecía mis cabellos con sus lágrimas, sin recordar que toda yo estaba maldita por el pecado.

ENRIQUE.—No me tortures. Es inútil. (*Hace por irse*).

CLARA.—(*indignada*). ¿Te marchas?

ENRIQUE.—Sí, me voy. Para mí este asunto ha terminado.

CLARA.—(*interceptándole el paso*). No, no te dejo salir. ¡Por lo menos, para mi descargo, si es que tengo algún perdón, has de confesar delante de todos que eres un miserable! (*Entran Carmen y Carlos*).

ESCENA IX

DICHOS, CARMEN *y* CARLOS

(*Clara permanece en segundo término sollozando. Carmen va en su auxilio cubriéndola con sus brazos*).

CARLOS.—(*armándose de calma*). ¿Estás enterado? (*Enrique con la mirada baja, no contesta*).

CARMEN.—Enrique, ¡cuándo íbamos a esperar esto de usted, a quien recibimos con los brazos abiertos!

CARLOS.—Señora, ahórrese usted estos justísimos reproches. El mal hecho está. (*A Enrique*) ¿Qué piensas hacer para repararlo?

ENRIQUE.—(*después de una pausa y profundamente*). ¡Suicidarme!

CARLOS.—Eso sería una estupidez. En nuestra familia nunca hubo malvados ni cobardes. Tú te casas. Te lo impongo yo, en nombre de nuestra sangre. Y si lo quieres, después te suicidas; eso será de cuenta tuya. Pero antes reparas el mal que has hecho, la buena fe que has sorprendido, el honor que has mancillado. Ese es tu deber.

ENRIQUE.—No creo en semejante reparación.

CARLOS.—A ti no te pertenece juzgarlo. Se te exige y has de darla. (*A Carmen*). Señora, anuncie usted a su esposo mi visita para mañana. Iré a pedir oficialmen-

te la mano de su hija para mi hermano Enrique, y a fijar fecha inmediata para la boda. Mi hermano Enrique ya tiene su casa puesta. Es ésta. (*A Enrique*). ¿Entiendes, Enrique, que ahora también está comprometido mi honor?

TELON

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

(*Saloncito lujoso, en el que se hallan colocados los regalos de la boda. Una vitrina con joyas, ramos de frutas y de flores; varios objetos de bazar en sus estuches abiertos, etc. Puerta en primer término y al foro. Se oye un vals casi imperceptible ejecutado adentro. Las damas visten toilettes de baile; los caballeros de frac. Mucha luz.*

ESCENA I

FESTEJANTE *y* COMPAÑERA, *que ocupan el saloncito, sentados, conversando en voz baja con mucho interés; luego* CARMEN.

CARMEN.—(*entrando, sin efusión, haciendo los honores de la casa*). ¿No pasan ustedes al comedor?

FESTEJANTE.—Iremos en seguida. No se preocupe por nosotros, señora. Lo pasamos muy bien.

CARMEN.—Veo que están muy entretenidos. (*Pausa*). ¿No han visto a Carlos?

COMPAÑERA.—Yo no.

FESTEJANTE.—Yo tampoco. Le vi entrar, pero después...

CARMEN.—Pretender que después le viera sería excesivo. Los ojos les han de ser pocos para mirarse ustedes. (*Cesa la música*).

FESTEJANTE.—Aquí está Carlos. (*Entra Carlos como huyendo de alguien que le persiguiera*).

ESCENA II

DICHOS *y* CARLOS

CARMEN.—(*en diálogo aparte con Carlos*). ¿Qué le sucede, Carlos?

CARLOS.—Señora, me va a perdonar si se lo digo con franqueza. Le ando huyendo a la literata.

CARMEN.—¿A Zulema?

CARLOS.—Sí, señora, a Zulema. Cuando me pesque, mande llamar a la asistencia pública.

CARMEN.—¡Qué exageración! (*Transición*). ¡Yo le andaba buscando a usted, Carlos!

CARLOS.—¿No será para pedirme que saque a esa señorita?

CARMEN.—Para pedirle algo menos agradable.

CARLOS.—Usted dirá.

CARMEN.—Que hable con Enrique, — a mí me violenta hacerlo, — y le pida que disimule un poco su injustificado mal humor. Anda con una cara tan adusta y tan fuera de lugar que llama la atención. Yo no pretendo que esté alegre, si él cree que tiene motivos para no estarlo; pero sí que se muestre un poco más risueño, siquiera en obsequio a nosotros.

CARLOS.—Voy a hablarle, señora.

CARMEN.—Está en el salón, con Clara.

CARLOS.—¿En el salón? ¡Me pesca la literata! ¿Quiere usted, señora, tener la bondad de decirle que yo le llamo?

CARMEN.—Bien. (*Vase*).

ESCENA III

DICHOS, *menos* CARMEN

CARLOS.—(*a la pareja de festejantes*). ¿Me permiten ustedes que les contemple?

FESTEJANTE.—¿Va a burlarse de nosotros?

CARLOS.—Voy a admirarles. Los enamorados constituyen para mí el estado de la felicidad completa.

FESTEJANTE.—¿Cómo es eso?

CARLOS.—Los fundamentos de esta teoría los omito. Son un poquito atrevidos. (*Festejante y Compañera se ponen de pie*). Pero no es el caso que ustedes se marchen.

FESTEJANTE.—Vamos al comedor. (*Entra Enrique. Vase la pareja*).

ESCENA IV

CARLOS *y* ENRIQUE

ENRIQUE.—(*esforzándose por dominar su mal humor*). ¿Qué quieres?

CARLOS.—¿Se puede saber por qué andas con esa cara de vinagre?

ENRIQUE.—(*intentando marcharse*). ¿Para esto me llamabas?

CARLOS.—(*deteniéndole*). Te llamo para decirte que no hagas papelones. Más parece que asistieras a tu entierro que a tu matrimonio.

ENRIQUE.—Tal vez así sea.

CARLOS.—¿Qué te sucede? ¿Qué tienes? ¿Se han peleado con Clara?

ENRIQUE.—No.

CARLOS.—¿Te ha hecho algún desaire la familia?

ENRIQUE.—No.

CARLOS.—¿Y entonces?

ENRIQUE.—Tal vez sea una estupidez la mía, pero no puedo evitarlo. Dime tú, Carlos, o demuéstrame que he perdido el juicio: si yo cometí un crimen al exigirle el sacrificio de su virtud, ¿por qué ella no se defendió? Quiere decir que si en vez de haber sido

yo el seductor hubiera sido otro, ¿habría ocurrido lo mismo?

CARLOS.—¿Te parece generosa esa manera de pensar?

ENRIQUE.—¡Es muy fácil poner nombre al sentimiento de los demás! Yo reconozco que hice mal, y lo reconocí aquel día que iba a consultarte qué debía hacer. Recuerda que empecé acusándome de una infamia. La intempestiva intervención de la señora exasperó mi amor propio y estuve brutal con Clara. También lo reconozco. ¡Yo sólo sé lo que llevaba sufrido por mi arrepentimiento y por esta duda que se me ha metido en el alma! (*Pausa*). Me impusiste casarme...

CARLOS.—Pudo ser así, en el primer momento, pero luego te convencí que era lo razonable y lo caballeresco.

ENRIQUE.—Llámale como quieras: imposición o convencimiento. Yo pude eludirlos, eliminándome. Lo hubiera preferido y no lo hice. Me he casado, en la seguridad de que el matrimonio será mi desventura. ¡Esto no es generoso!

CARLOS.—Esto es proceder como persona de bien.

ENRIQUE.—¿Ahora pretendes que, cuando acaban de remacharme la cadena y todos celebran mi sacrificio, — a sabiendas o no, eso no importa, — como un auto de fe, esté contento, que ría, o que finja reir, para conjurar el comentario social?

CARLOS.—(*con sincera vehemencia*). ¿En qué se funda tu sospecha? ¿Qué hecho, qué detalle, qué indicio te induce a sospechar?

ENRIQUE.—Ninguno. No sospecho; dudo, porque no me creo un seductor excepcional, y pienso que con la misma lógica que yo, pudo haberla convencido o podrá mañana convencerla otro. Sí, mañana, cuando ocurra cualquier enfriamiento entre nosotros, por razones nimias, sin causa aparente que lo justifique, que en situación normal no se les concede importancia, yo se la daré y en vez de atribuir la causa

a esa nimiedad, la buscaré en el otro, en ese otro fantasma que ya me persigue como mi sombra.

CARLOS.—¿Crees que tu honor y tu felicidad me son tan caros como a ti mismo? ¿Consideras que he vivido lo bastante como para opinar con autoridad? ¿Tienes fe en mí?

ENRIQUE.—(*ansioso*). Sí. Habla. ¡Ah, si lograras librarme de esta angustia!

CARLOS.—(*se oye la voz de Ernesto. Transición*). Calla. Ahí llega el imbécil de Ernesto. Ya hablaremos después. Procura disimular. Y si te sientes molesto en el salón, ven con Clara aquí. Estarán más libres. Cumplen quedándose un momento más y se marchan. (*Entra Ernesto y la pareja de Festejante y Compañera, que ocupa un rincón del saloncito, conversando con mucho interés*).

ESCENA V

DICHOS, ERNESTO *y la pareja*

ERNESTO.—(*enfático, acompañando cada frase con intempestivas risas*). ¿Ha visto usted, mi amigo Carlos, un novio más asustado que éste? En honor a la verdad, yo debo confesar que a mí me sucedió lo mismo. Bueno, yo me casé muy joven... ¡Pero tenía un susto! ¡No quieran ustedes saberlo! ¡Después me hacía mucha gracia pensar cómo me había asustado de nada! (*Transición, aludiendo a la pareja de festejantes*). ¿Pero han visto qué pegajosos son estos enamorados?

CARLOS.—(*farsaicamente solemne, con intención, tocándole en el hombro*). "De los pobres de espíritu es el reino de los cielos".

ERNESTO.—(*alarmado*). ¿Qué?

CARLOS.—(*Transición*). Primera premisa de una teoría que voy a exponer a propósito de estos enamorados.

ERNESTO.—(*simple*). ¡Ah, veamos! Eso promete ser interesante.
CARLOS.—Vete, Enrique.
ENRIQUE.—Con permiso. (*Vase*).
ERNESTO. Sí, atiende. Tú tienes que cumplir. Y no te asustes, si esto es la cosa más natural del mundo. (*Ríe*).

ESCENA VI

DICHOS, *menos* ENRIQUE

CARLOS.—(*como al principio, casi interrumpiendo a Ernesto*). El idiota alcanza el estado perfecto de pobreza espiritual. (*Sorpresa de Ernesto. Transición de Carlos*). Segunda premisa.
ERNESTO.—¡Ah! ¿Seguía usted desarrollando la teoría?
CARLOS.—Sí. Pero el idiota no tiene conciencia de su estado, y por lo tanto no sabe que está en el reino de los cielos. ¿Estamos?
ERNESTO.—(*después de meditar*). No veo cómo va usted a vincular lo de los idiotas con los enamorados.
CARLOS.—(*como antes*). El único estado de idiotez consciente que se conoce, es el de los enamorados. Están idiotas y saben que están idiotas. (*Transición*). Sáquemele la conclusión, que yo ya vuelvo. (*Vase*).

ESCENA VII

Pareja de festejantes y ERNESTO

ERNESTO.—(*después de meditar*). ¡Claro está! Es un poco difícil, pero se alcanza: el enamorado es el único tipo feliz que se conoce. Esto yo lo aplico. (*Aproximándose a Festejante y repitiendo la escena que con él hiciera Carlos*). "De los pobres de espíritu es el reino de los cielos".

FESTEJANTE.—(*con intención*). Ya lo sabíamos, Ernesto.

ERNESTO.—(*ingenuo*). Es una teoría de Carlos.

FESTEJANTE.—Sí, pero... ¡nosotros ya lo sabíamos... Ya lo sabíamos...

ERNESTO.—(*aparte*). Lo dijo Carlos. Están idiotas y saben que están idiotas. (*Vase por la derecha. Entran Zulema y Elisa*).

ESCENA VIII

Pareja de festejantes, ZULEMA *y* ELISA

ZULEMA.—(*después de buscar con la mirada*). Aquí tampoco está. (*Transición. Con tono enfático, a Elisa*). Estos novios han tomado por asalto el saloncito de los regalos. ¿Será para ostentarse entre las joyas?

ELISA.—(*ingenua*). ¡Qué lindo debe ser estar de novia, Zulema!

ZULEMA.—(*despectiva, dándose importancia*). No lo sé, porque no he querido saberlo. Pretendientes he tenido a montones. Pero lo que no hubiera hecho nunca, ès arrinconarme de este modo con mi novio, llamando la atención de todo el mundo.

FESTEJANTE.—¡Zulemita! ¡Buenas noches!

ZULEMA.—(*marcada transición*). ¡Qué bien los novios! ¡Buenas noches!

ELISA.—¿Veamos los regalos? (*Ambas se aproximan a la vitrina*).

FESTEJANTE.—(*a la compañera*). ¿Qué le parece que huyamos? (*Vanse ambos del brazo, por el foro*).

ESCENA IX

ZULEMA *y* ELISA, *luego* CARLOS

ELISA.—(*refiriéndose a una de las joyas de la vitrina*). ¡Zulemita! ¡Qué divinidad! Mire usted qué inmen-

so pendantif de perlas y rubíes engarzados en platino.

ZULEMA.—(*con mucho aspaviento*). ¿De quién será? ¿Alcanzas a leer la tarjeta?

ELISA.—(*leyendo con dificultad*). ¡Rabuletti!

ZULEMA.—(*despectiva. Marcada transición*). ¿Rabuletti? ¡Qué va a ser divinidad! ¡Eso es un fuentón de tallarines! (*Entra Carlos; al ver a Zulema intenta irse cómicamente, pero ésta le detiene; con exagerada amabilidad*). Carlos, toda la noche parece que me ha andado huyendo.

CARLOS.—(*irónico*). ¡Qué error el suyo, señorita! La he andado buscando.

ZULEMA.—Estábamos admirando con Elisa estas preciosas joyas. (*Se oye un tango ejecutado adentro por la orquesta. Alejando a Elisa*). ¡El tango que comprometiste con Luisito! Vete a bailarlo. Debes cumplir con ese joven.

ELISA.—¡Yo no le prometí nada!

ZULEMA.—¡Pero, cómo no! ¡Vete a cumplir con ese joven! (*La arroja de escena*). ¡Claro que debe cumplir con ese joven!

ESCENA X

ZULEMA *y* CARLOS

ZULEMA.—(*cambio de miradas con Carlos, afectando ella pudor y coquetería*). ¡Nos han dejado solos! (*Carlos se desploma sobre una silla cómicamente. Alarmada*). ¿Se siente mal?

CARLOS.—(*después de contestar negativamente con la cabeza*). ¡Nos han dejado solos! (*Pausa y muy amable, pero con muy mala intención*). ¿Usted lleva diario de su vida?

ZULEMA.—(*con afectada sorpresa*). ¿Quién se lo ha dicho?

CARLOS.—Lo suponía, por sus aficiones literarias. (*Pausa y como antes*). ¿Por qué tomo va?

ZULEMA.—(*chocada*). No veo la intención de la pregunta.

CARLOS.—(*con exagerada dulzura*). Es para pedirle prestados los primeros tomos, porque usted no querrá desprenderse del último.

ZULEMA.—No son tomos, cuadernos, apenas. Pero no puedo desprenderme ni del último, ni de ninguno.

CARLOS.—¿Es una cosa reservada?

ZULEMA.—En absoluto.

CARLOS.—(*después de una pausa*). ¿Figuro yo en ese diario?

ZULEMA.—(*después de un suspiro*). Sí.

CARLOS.—(*gesto y transición*). ¿Qué impresiones piensa consignar de esta noche?

ZULEMA.—Son tantas, que me propongo sintetizarlas escribiendo un nombre: ¿qué piensa usted de la vida? Necesito un pensamiento suyo.

CARLOS.—(*gesto sarcástico*). Señorita. Ningún título tengo para merecer tal distinción, de manera que casi estaría por suplicarle que ponga el nombre de otro.

ZULEMA.—Eso es un asunto mío. Dígame ahora para poner bajo su nombre, ¿qué piensa usted de la vida? Necesito un pensamiento suyo.

CARLOS.—(*dulcemente, como si fuera a decir una bella frase*). De la vida, a veces pienso que es una estupidez. (*Gesto de Zulema*). Otras, en cambio, pienso que es una imbecilidad.

ZULEMA.—(*nuevo gesto*). Esto es poco poético para figurar en mi diario. Oiga usted el soneto que he dedicado a la vida. (*Se dispone a declamar poniéndose de pie*).

CARLOS.—(*cómicamente alarmado*). No; aquí no. Después. En el balcón, a la luz de la luna, libre de este bullicio donde podrían interrumpirla. Aquí no.

ZULEMA.—Bien, pero antes ha de decirme un pensamiento suyo. Veamos. (*Insinuante*). ¿Qué piensa usted del matrimonio?

CARLOS.—(*rotundo*). Señorita, el matrimonio es una cosa en la que no he pensado nunca. (*Gesto de Zulema. Llegan por el foro Enrique y Clara. Esta al entrar sufre un ligero desvanecimiento. Gesto de alarma en Carlos*).

ESCENA XI

DICHOS, CLARA *y* ENRIQUE

ENRIQUE.—(*socorriéndola*). ¿Qué tienes?

CLARA.—(*esforzándose por demostrar naturalidad*). Nada.

ZULEMA.—(*que por estar de espaldas a la puerta recién se apercibe de la presencia de los aludidos*). ¡Qué divinidad, la novia! ¡Yo me la comería a besos!

CARLOS.—(*gesto de resignación y deteniéndola*). Señorita Zulema, ha llegado la hora de que usted me obsequie con sus versos. Ya la luna acaricia el balcón con sus argentados rayos, y fácil me será entornando los ojos, imaginar que para oirla he subido hasta él por una escala de seda.

ZULEMA.—¡Poético!

CARLOS.—Regular.

ZULEMA.—Le advierto que me da mucha vergüenza declamar mis versos.

CARLOS.—(*irónico*). Ya he visto. Pero, en usted, la vergüenza no es más que modestia.

ZULEMA.—(*después de mostrar su regocijo por la frase de Carlos. A Clara*). ¡Qué divina estás, querida! ¡Y qué feliz! (*La besa exageradamente*). Te advierto que no has de marcharte sin regalarme unos azahares.

CLARA.—(*desprendiéndose su ramo de azahares del pecho y después de mirarlo tristemente*). Azahares, no.

ZULEMA.—¿Por?

CLARA.—(*simulando*). He hecho una promesa.

ZULEMA.—Siendo así... Pero yo necesito un talismán. Debes entonces reservarme una... (*Le habla al oído*).

CARLOS.—Una... liga. Dígalo usted en voz alta; si ese talismán lo conocemos nosotros.

ZULEMA.—(*desviando la conversación*). ¿Y a usted, no le dan ganas de casarse, viendo una novia tan hermosa? (*Gesto de fatiga de los novios*).

CARLOS.—¿Que si no me dan ganas? Ya he asegurado mi talismán. Le he pedido a Enrique que me reserve los tiradores. Pero mire usted que se nos va a esconder la luna. Vamos al balcón. (*Vanse del brazo*).

ESCENA XII

ENRIQUE *y* CLARA

(*Pasa un instante de silencio. Enrique, fríamente, se sienta, apoyando los codos en las rodillas y la barba en las manos. Clara, después de mirarle, observa con tristeza el ramo de azahares, y suavemente, como si fuera algo que a pesar suyo se desprende de sí misma, baja la mano, dejando caer el ramo al suelo y suelta el llanto*).

ENRIQUE.—(*esforzándose por dominar su mal humor*). Cálmate, Clarita, no llores. Yo comprendo que mi actitud no es correcta; debes perdonarme. No estoy con el espíritu para fiestas. Vámonos. Ya hemos cumplido.

CLARA.—(*serenándose. Dignamente*). No, Enrique. Yo tampoco tengo el espíritu para fiestas, pero no

acepto el sacrificio de llevarme. (*Irónica*). Ya has cumplido con tu deber de caballero, casándote. Nada más te exijo. (*Con lágrimas de ternura*). Déjame con mis padres.

ENRIQUE.—Perdóname, Clara, vuelvo a suplicártelo, si mi disgusto te mortifica. No puedo disimularlo. La idea de la imposición, me hace molesta esta ceremonia.

CLARA.—¿Por qué no te anticipaste a la imposición, cuando estabas en el secreto de lo que ocurría?

ENRIQUE.—No renovemos ese asunto.

CLARA.—Debemos renovarlo, para aclararlo, alguna vez, desde que siempre lo huyes. ¿Ha mediado acaso alguna intriga contra mí? ¡Habla!

ENRIQUE.—Juro que no.

CLARA.—¿Luego? ¿Qué causa es la que te llevaba a preferir el suicidio a nuestro matrimonio?

ENRIQUE.—No insistas, Clarita.

CLARA.—Insisto, porque estoy autorizada a no creer ni en tu palabra ni en tus juramentos.

ENRIQUE.—No tienes razón para expresarte así.

CLARA.—Eso afirmas porque no solo quebrantas tus juramentos, sino que hasta los olvidas.

ENRIQUE.—Prueba que no, es que me he casado contigo.

CLARA.—Porque te lo impuso Carlos.

ENRIQUE.—Ni mi hermano, ni el honor de mi hermano, ni el de todos los tuyos, ni el de la humanidad entera, habrían impedido que yo me suicidara, que si mi hermano y tú y los tuyos y la humanidad entera tienen derecho a su honor, yo y nadie más que yo tengo derecho a disponer de mi vida. Y no insistas más, Clara, vuelvo a suplicártelo.

CLARA.—(*indignada*). No. Si ahora es cuando has de decirlo todo; porque si no media alguna infame intriga contra mí, tú has quebrantado el juramento que me hiciste al exigirme tenazmente el sacrificio de mi virtud, como una prueba de amor. Recuérdalo bien: "Te amaré más, mucho más de lo

que te amo ahora, cuando me pruebes que eres capaz de sacrificarlo todo por mí''. (*Con ironía*). ¡Y luego, cuando llegó el momento — no ya de que me amaras más, porque no lo pretendía, — de que me amaras algo, de que me tuvieras compasión siquiera, cínicamente, brutalmente¡ cruzaste mi cara con el sarcasmo de que no supe cuidarme! ¿Mentías entonces o te has olvidado después?

ENRIQUE.—Fuí brutal, Clara, tú lo has dicho, exasperado por la intervención de terceros en un asunto nuestro. ¡Pero no mentía cuando te juré! ¡Creí que te amaba (*gesto de Clara*) y te juré a instancias de una pasión material, subalterna, de la que tú debiste defenderte! (*Nuevo gesto de Clara*). Amándote de verdad, habría sido yo el primero en respetarte. (*Profunda perplejidad de Clara. Enrique, vehemente, sin poder contenerse*). Y mi angustia, esta terrible angustia que no puedo disimular y que me instaba hasta al suicidio, nace de que como no me considero un seductor excepcional, a veces... (*Transición*). No me atrevo a decírtelo, Clara. No me hagas, por Dios, que te lo diga.

CLARA.—(*con suprema angustia*). ¡Dilo! ¡Dilo! Peor sería para mí tu reticencia. ¡Dilo!

ENRIQUE.—¡No!

CLARA.—¡Sí, dilo! ¡Te obligo a que lo digas, en nombre de ese honor de que alardeas!

ENRIQUE.—Y bien, puesto que me obligas... A veces, a pesar mío, y contra todas las razones que urde mi cerebro compadecido de mí mismo, surge del fondo de mi alma este siniestro interrogante: ¿Y no habrá habido otro (*gesto de suprema angustia en Clara*) o no habrá mañana otro con el mismo éxito que yo?

CLARA.—(*en el paroxismo del dolor y dando casi un alarido*). ¡No! (*Cae desplomada*).

ENRIQUE.—(*angustiado, recostándola en el diván*).

¡Clara! ¡Clarita! Perdona mi locura. Trastornado por mi angustia no supe contenerme. No quiero que tú sufras. He sido cruel contigo porque te amo, y mi duda me ha hecho empezar por ser cruel conmigo mismo.

CLARA.—(*balbuceante*). ¡Vete!

ENRIQUE.—No, de tu lado, no; porque te amo, y ahora es cuando necesito más de tu bondad para seguir viviendo. (*Sollozando*) ¡Clara! ¡Clarita! (*Entra Carlos*).

ESCENA XIII

DICHOS *y* CARLOS

CARLOS.—(*sin mirar a los circunstantes, con gesto de exagerada fatiga*). ¡Siete sonetos! ¡Tres idilios! ¡Dos églogas y una tragedia lírica en tres actos! (*Apercibiéndose de los presentes y yendo solícito hacia ellos*). ¿Qué pasa?

ENRIQUE.—¡Pasa que soy un desdichado y un imbécil! ¡No pude contenerme!

CARLOS.—(*palmeando las manos a Clara para reanimarla*). ¡Clara! ¡Clarita! ¿Qué es eso? (*Clara sin abrir los ojos, rechaza suavemente con el ademán a Carlos. Este con afectada gravedad paternal*). Cómo es eso, ricura? ¿A su hermano mayor usted lo rechaza? (*Clara abre los ojos, su mirada es suplicante y dulcemente tiende a Carlos los brazos al cuello. Pausa*). ¿Ya pasó?

CLARA.—(*apenas*). Sí.

CARLOS.—Esto yo me lo pensaba. Mi hermano se ha propuesto reeditar con los siglos la sanción del pecado original, renovando el injusto dolor de aquel paraíso, en este valle de lágrimas.

ENRIQUE.—(*apenas*). ¡Clara! (*Clara lo rechaza sin violencia*).

CARLOS.—Así. ¡Arrójale de tu lado por imbécil! Menos mal que él mismo lo reconoce. (*Transición*). Yo, en cambio, bendigo tu pecado porque así se cumplirá en mí aquello de que al que Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos. (*Pausa. Profundamente*). Y yo los necesito.

CLARA.—(*suplicante*). ¿Qué debo hacer, Carlos?

CARLOS.—(*enérgico*). Tú no debes hacer nada, sino esperar. Esas cosas que dice Enrique son palabras. (*Transición. Afectuoso*). ¿No estás incómoda? (*Tomándola por la cintura y levantándola hasta sentarla*). ¡Upa, la, la! ¡Y qué bien te sientan las descomposturas! ¡Estás buena moza! (*Clara, haciendo crisis su excitación nerviosa, suelta el llanto. Enérgico*). ¿Qué es eso? ¡Levante la cabeza! ¡Déjese de llorar! (*A Enrique*). Y tú también, no pongas esa cara de víctima, que das lástima. ¿Qué pasa aquí?... Que tú dudas, porque se te ocurre dudar. ¿En qué te fundas? ¿Qué hecho concreto de Clarita te autoriza a esas dudas? Esas son ideas y la felicidad o la desgracia de nuestra vida deben determinarlas los hechos. (*A Clara*). Por eso a ti te digo: espera. (*A Enrique*). Y a ti te aconsejo: observa. La lealtad de su afecto te convencerá mejor que mis palabras. (*Con amargura*). Yo también fuí víctima de una idea: ¡la libertad! Sugestionado por su encanto, me aparté de los míos, rehuí el matrimonio... Y en la soledad de mi casa de soltero me dije con regocijo y en voz alta la palabra que me fascinaba... ¡¡Libre!! (*Pausa*). El hábito de la soledad me ha vuelto misántropo, egoísta, inapto para complicar mi vida con nuevos cariños; y recién comprendo que la libertad que tanto me fascinaba, no era otra cosa que la desafección. Mi casa de soltero era un anticipo de mi sepulcro: muchas veces, mirando fijamente las paredes de mi habitación, me pareció que se estrechaban sobre mí como las tablas de

un ataúd. ¡No te dejes dominar por una idea! Observa. Y si el afecto de tu esposa no la desvanece, y el argumento definitivo de tu hijo no te convence, entonces haz lo que quieras, que la vida sin afectos no vale la pena vivirla.

ENRIQUE.—(*dominado por intensa emoción*). Yo no sé lo que es eso de los hijos que tú invocas con tanta fe, pero hay tal unción en tus palabras que me estremecen. Tú debes perdonarme, Clara, por mi crueldad que fué inspirada por mi angustia. Tal vez ella ha servido para que con tu protesta me dieras una prueba más de tu inocencia. Del pasado no dudo ya, y si alguna vez en lo futuro volviera a asaltarme esta duda, recordaré las palabras de Carlos que me llevo grabadas.

CARLOS.—No. (*Descubriendo con la mano la frente de Clara*). Si alguna vez vuelve a asaltarte esa duda, observa que, a pesar del pecado, hay frentes de mujer con aureola de virgen.

ENRIQUE.—(*besándola en la frente*). ¡Clara! (*Clara recibe la caricia serenamente. Pasa un instante de emoción*).

CARLOS.—(*sobreponiéndose e incorporando a Clara*). Bueno, marcharse. Salgan por aquí. ¡Y a tomar posesión de mi casa de soltero, que no saldrá de su asombro cuando vea entrar dos, ella que estaba acostumbrada a ver entrar uno solo! ¡Se había empeñado en ser ataúd y yo la condeno a ser cuna! ¡Esa es mi venganza!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

A LIQUIDÁR TOCARON

Comedia en 1 acto. Estrenada el 28 de Marzo de 1919, en el "Teatro Argentino" de Buenos Aires, por la compañía Florencio Parravicini.

REPARTO

Magda	Srta. Livia Zapata
Una criada	,, Zulema Ferreyra
Pablo	Sr. Eliseo Gutiérrez
Teodoro	,, Angel Quartucci
Criado	,, Juan Pecci
Changador 1.°	,, Pedro Ruiz
Changador 2.°	,, José Vittori

Salita. Adornan sus paredes algunos cuadros e infinidad de retratos de mujeres. Un gran desnudo al fondo. Es de tarde. Escasa luz.

UN ACTO

ESCENA I

PABLO *y* TEODORO, *luego* CRIADO

PABLO.—Estos muebles ¡ay dolor! que ves ahora... van a desaparecer en menos de diez minutos. ¡Al remate! ¡Ni rastros deben quedar de mi celibato! Mi novia vendrá esta tarde a conocer nuestra casa, y quiero que cuando llegue no haya nada comprometedor o desagradable.

TEODORO.—Dime, Pablo, ¿cuesta ponerse en serio, como lo estás tú, cuando se ha vivido tan bien como tú constantemente en broma?

PABLO.—Es una transición insensible; como no cuesta enamorarse de verdad, causa por la cual uno sin sentir se pone serio. Lo que cuesta es dar con la mujer que te enamore, si la buscas. Pero un buen día, al volver una esquina, ¡zas!, encuentras una que te mira y... ya está: te enamoras, la festejas, te casas, tienes hijos, y... mueres dulcemente a la vejez en su regazo, si ella no muere antes que tú, se entiende.

TEODORO.—¿Así, no más?

PABLO.—Todo es cuestión de tiempo, que tu imaginación a veces alarga penosamente. Jamás creí enamorarme en serio y me enamoré; cuando me enamoré, me pareció que nunca me llegaría el día de visitarla; cuando la visité, pensé lo mismo del de la boda... La boda es mañana. Ahora me tarda el

día de tener un hijo. Sin embargo, tus ojos me verán sentado en una mecedora arrullándolo adorablemente. Sustituiré por unos pañales, no siempre albos, la seda pulquérrima de algunas faldas que se pasaron sobre las rodillas de este servidor.

CRIADO.—(*entrando*). ¿Permiso? (*Entregándole una carta*). Espera contestación.

PABLO.—(*después de recibir la carta*). Que espere. (*Vase Criado*). De Laura. (*Leyendo*). "Como no quiero que tu "señora" — señora lo ha puesto entre comillas — pase un mal rato por mi culpa, te ruego me envíes con el mensajero unos postizos que dejé en un almohadón de la otomana de la salita. Confío que uno de los tantos rayos que se pierden, te caiga un buen día sobre la cabeza. Te adora, Laura". ¿Ves? Este es un deseo sincero. No la farsa que hacen otros, que hasta te banquetean. Espera; tiene postdata. (*Leyendo*). ¿Aún te acuerdas del catorce de Julio? (*Gravemente*). ¡El catorce de Julio! ¡Vaya si me acuerdo! ¡El día que nos conocimos!

TEODORO.—¡Qué delicia de francesita!

PABLO.—Causó en mi vida una verdadera revolución.

TEODORO.—Como que estuviste enamorado de ella.

PABLO.—No podría asegurar si aun no lo estoy. La recuerdo con verdadero afecto. A veces, pienso si no será este afecto la causa de futuras desdichas para mí.

TEODORO.—No pienses eso.

PABLO.—(*gesto por despojarse de su preocupación*). ¿Dónde estarán los postizos? (*Leyendo*). Debajo de un almohadón de la otomana de la salita. Aquí. (*Saca del sitio indicado un flequillo postizo*). Aún conservan su perfume. Escribe tú para no dejar rastros. (*Teodoro escribe al dictado de Pablo*). Te envío los rulitos que me reclamas y que yo admiré como auténticos. Agradezco tus buenos deseos, y para que se cumplan, te envío este obsequio, así

compras incienso y ofrendas a Júpiter cada vez que caigan rayos. (*Llama por el timbre*). Firma con mis iniciales. (*Entra el criado. Pablo pone un billete de banco y la carta bajo sobre*). Envuelve bien esto y entrégalo con la carta al mensajero. (*Vase el criado. Descuelga un retrato*). Aquí la tienes. (*Leyendo la dedicatoria*). "Sueño mío, adorado mío, gloria mía". Y hoy, que me parta un rayo.

Criado.—Preguntan los changadores si entran los muebles; ya los descargaron.

Pablo.—Sí, pero que se lleven éstos primero. (*Vase criado. Pablo abre una llave eléctrica, encendiéndose en la araña del centro varias luces rojas, luego dirigiéndose a los retratos*). Señoras, a liquidar tocaron. Las despido iluminadas con el mismo tinte que al lado de ustedes, más de una vez me hizo parecer rosada la existencia. Como pagué fielmente esta ilusión, nada les debo ni de nada tengo que arrepentirme, conque así, quedamos liquidados. (*Apaga las luces rojas y enciende otras blancas; luego descolgando todos los retratos*). Y ahora ¡al fuego, que todo lo purifica! (*Leyendo de uno la dedicatoria*). "Tuya hasta la muerte". ¿Te acuerdas? (*Le arroja el retrato para que lo mire*). Huyó con mi chauffeur al día siguiente de esta dedicatoria. (*En otro, al acaso*). "El amor nos enseña a ser generosos". Me costó unos inmensos solitarios. ¡Qué hubiera sido si no le enseño a ser generosa! (*Después de bajar los retratos saca de un mueble bajo llave infinidad de cartas que rompe*).

Criado.—Aquí están los changadores.

Pablo.—Que entren. (*Entran dos changadores*). Tráeme un canasto para echar estos papeles y una escalera para quitar las bombitas rojas de esta araña. (*Vase criado*).

ESCENA II

DICHOS *y* DOS CHANGADORES

CHANGADOR 1.º—(*gallego*). ¿Cuáles son los muebles?

PABLO.—Estos. Marchen con todo. Los cuadros también. ¡Al remate! (*Entra criado con el canasto, lo deja y vase*).

CHANGADOR 1.º—Empezaremos por lo más delicado.

PABLO.—Empiecen por donde quieran. La cuestión es que terminen pronto.

CHANGADOR 1.º—(*a* 2.º). Los jarrones. (*Al levantar uno de los jarrones para llevarlo*). Aquí hay un documento). (*Le alcanza una carta a Pablo*).

CHANGADOR 2.º—(*Lo mismo que el anterior*). Otro aquí.

PABLO.—(*al recibir la primera*). De Laura, para que no la viera Margarita. (*Al recibir la segunda*). De Margarita para que no la viera Laura. (*Rompe ambas cartas y las arroja al canasto. Entra criado con una escalera de mano y se dispone a sacar las bombitas rojas. Los changadores mientras tanto van sacando los muebles*).

PABLO.—Pronto, que es tarde.

CHANGADOR 1.º—(*al levantar un mueble encuentra debajo una tijera de ondular cabello y un guante blanco largo de señora*). ¿Estos muebles también van al remate?

PABLO.—(*arrebatándole los objetos*). Traiga, hombre, qué va a llevar al remate. Esto va a la basura y al fuego. (*Al criado*). ¡Qué bien hacías la limpieza!

CHANGADOR 1.º—(*después de llevar los muebles*). Los muebles están. Falta esta mesita.

PABLO.—Déjenla para el último. Ahora descuelguen los cuadros. (*Descuelgan los pequeños cuadros y los llevan*).

TEODORO.—Este desnudo, ¿por qué no lo conservas?

PABLO.—Porque no quiero conservar nada que me traiga recuerdos del pasado.

CHANGADOR 1.º— (*a* 2.º). ¡El cuadro grande! Con cuidadito. (*Contemplando el desnudo*). Esto no lo vemos nosotros más que pintado.

PABLO.—Vamos rápido; ¿se va a poner a filosofar ahora? (*A criado*). Ayúdalos, que no lo vayan a hacer pedazos.

CHANGADOR 1.º—Descuide usted. (*Entre los dos changadores y criado se disponen a bajar el cuadro. Expectativa de Pablo y Teodoro. Al separar la parte de abajo de la pared cae de detrás del cuadro un corset de señora*). ¡Demonio! ¡Esta señora usaba corset!

PABLO.—¡Un corset de mujer detrás del cuadro! ¡Mira si lo dejo como tú me aconsejabas! (*Vanse los changadores y criado, llevando el cuadro*). ¿De dónde habrá salido esto? ¡Al fuego! (*Lo deja al lado de los retratos y los demás objetos*).

CRIADO.—Está su novia, la señorita Magda, acompañada por la sirvienta.

PABLO.—(*con gran alarma*). ¿Ya? (*Consulta su reloj*). Por charlar se me pasó la hora. ¿Qué hago con todo esto?

TEODORO.—Lo echas al fuego.

PABLO.—Tardará en quemarse; hay ropas, además. Mi novia se enteraría. (*Como concibiendo de pronto una idea*). ¿Le dijiste que el señor Teodoro está conmigo?

CRIADO.—No, señor.

PABLO.—Si te pregunta con quién estoy, le contestas que solo. Dile que tenga la bondad de esperar dos minutos a que instale los muebles del dormitorio, que es lo único que falta. Y a los changadores que los entren en seguida. (*Vase criado. Entra changador primero*). Traigan eso en seguida.

CHANGADOR 1.º—Este abanico se encontraba en un cajón.

PABLO.—Traiga, hombre. (*Se lo arrebata y lo deja en la mesa*).

CHANGADOR 1.º—Y este anteojo con manija...

PABLO.—(*arrebatándoselo*). Cara de anteojo con manija. ¿De quién será este impertinente?

CHANGADOR 1.º—Estaba junto con el abanico...

PABLO.—Vamos, ¡los muebles! (*Vase changador*). Tú, Teodoro, vas a hacerme la gauchada de marchar con todo y lo destruyes. (*Lo carga precipitadamente con los objetos*).

TEODORO.—(*con estupor*). ¿A dónde voy a ir con esto?

PABLO.—A tu casa.

TEODORO.—Si salgo así a la calle me van a tomar por loco.

PABLO.—No importa. Llévate también el canasto. Podría leer cualquier pedazo de papel comprometedor. (*Profundo asombro de Teodoro*).

CRIADO.—Contestó que si tarda más de dos minutos vendrá a sorprenderlo.

PABLO.—(*a criado*). Trae esas ropas que hoy juntamos. ¡Listo!

TEODORO.—¿Te das cuenta que esto es sencillamente inicuo? (*Vuelve criado con varias ropas de mujer*).

PABLO.—No protestes. Toma. (*Le cuelga las ropas en los brazos*).

TEODORO.—¡Me va a detener el vigilante!

PABLO.—Vas con todo a la comisaría.

CRIADO.—(*que ha mirado hacia afuera desde el foro*). Parece que la señorita viene hacia aquí.

PABLO.—(*a criado*). Entretenla con cualquier pretexto. (*Vase criado*). (*A Teodoro*). Sal por esa habitación cuando oigas que está conversando conmigo. (*Le señala la puerta de izquierda*).

TEODORO.—Me verá su sirvienta.

PABLO.—No. No se aparta de su lado. ¡Vete!

TEODORO.—(*después de mirar por la puerta de izquierda*). Está obscuro.

PABLO.—¡Cierto! No están colocados los artefactos de la luz. Enciende un fósforo.

TEODORO.—¿Con qué mano?

PABLO.—Camina a tientas.

TEODORO.—Con qué voy a tentar si tengo las manos ocupadas.

PABLO.—Con las narices, ¡diantre! Y no vayas a hacer ruido. (*Vase Teodoro. Entra Magda, cediéndole el paso el criado. La acompaña la criada hasta la puerta del foro y permanece sin entrar*).

ESCENA III

PABLO, MAGDA, CRIADO *y* CRIADA

MAGDA.—¡Qué dos minutos eternos!

PABLO.—A mí me parecieron un soplo.

MAGDA.—No tendrías, como yo, el deseo de vernos.

PABLO.—Antes deseaba que encontraras instalada toda la casa.

MAGDA.—Mamá no pudo venir. Me hice acompañar con la sirvienta.

PABLO.—Nadie mejor que tú sabe que aun viniendo sola, estabas igualmente segura.

CRIADO.—¿Entran los muebles?

PABLO.—Ahora que esperen. Dale una silla a esta muchacha. (*Vase criado y por el foro se le ve pasar con una silla donde se supone tomará asiento la criada fuera de escena*).

ESCENA FINAL

PABLO *y* MAGDA

MAGDA.—¿Con quién hablabas?

PABLO.—Solo, ricura, solo, desesperado porque me encuentras sin concluir de instalar la casa. (*Se oyen ruidos de muebles que caen en la habitación por donde hizo mutis Teodoro*).

MAGDA.—¿Y eso? (*Hace por ir a ver*).

PABLO.—Los changadores (*Levantando la voz para que*

lo oiga Teodoro) que son unos bestias y nos despedazan los muebles.

MAGDA.—(*insistiendo*). Recomiéndales que anden con cuidado. (*Se repite el ruido*).

PABLO.—Es para peor. Se aturden y rompen más. Por eso se dice que tres mudanzas equivalen a un incendio. Preferible es decirles que rompan. Ahora verás. (*Hacia afuera por la puerta de izquierda*). ¡Sigue rompiendo, animal! Para eso está pago. (*Aparte*). Salió por fin. (*Pausa*).

MAGDA.—La habitación vacía ¡qué triste!

PABLO.—Casi estoy por alegrarme que la hayas encontrado así y veas con tus propios ojos entrar sus muebles flamantes. Fué mi casa de soltero; esta habitación será nuestra alcoba... Nunca tendrás la aprensión de que sus muebles pudieron ser usados.

MAGDA.—Nunca hubiera pensado eso de ti.

PABLO.—Ya ves, preveo hasta lo imposible.

MAGDA.—(*leyendo en la pared*). "14 de Julio". (*Gesto de Pablo*). ¿Y esta fecha?

PABLO.—La revolución francesa.

MAGDA.—¿Quién la escribió?

PABLO.—Teodoro.

MAGDA.—Es letra de mujer.

PABLO.—La escribió de parado...

MAGDA.—Tú me engañas, Pablo.

PABLO.—¿Por qué lo piensas?

MAGDA.—Cuando yo entré aquí había alguna persona. Te oí hablar. No es posible que hablaras solo. Luego esos ruidos. De ser los changadores, no hubieras aceptado impasiblemente que golpearan los muebles.

PABLO.—Tu sospecha es razonable, Magda, y voy a desvanecerla hablándote francamente. No quiero que quede en tu espíritu la más mínima duda. El que

salió era Teodoro. Hablaba con él cuando tú llegaste.

Magda.—¿Y por qué se fué? ¿Qué inconveniente había en quedarse viniendo yo?

Pablo.—Oye, Magda, por una negligencia de que me acuso, dejé para el último momento deshacerme de todos los objetos y papeles cuyo encuentro pudiera ser desagradable para ti y para mí motivo de recuerdos. Hoy, por fin, me dije: ¡a liquidar tocaron!, y me dispuse a juntar todo para echarlo al fuego, cuando tú llegaste. Me entretuve conversando. En el apresuramiento me valí de Teodoro para que lo destruyera en su casa. Salió por ahí; como la salita no tiene todavía luz, el pobre se fué llevando los muebles por delante. Esta es la verdad. Te lo declaro lealmente. Confío que tú habrás hecho como yo.

Magda.—Nada tengo que liquidar de mi pasado.

Pablo.—¡Quién sabe! No te lo averiguo. Alguna ilusión puesta en otro hombre, por haber cambiado con él una mirada...; alguna simpatía nacida al pasar, como nacen las simpatías...; algún afecto silencioso que nunca llegó a exteriorizarse... No lo sé, ni intento que me lo confieses.

Magda.—Te juro que no, Pablo.

Pablo.—No lo jures, porque no jurarías la verdad. Todos llevamos un pasado en nuestro corazón que debemos liquidar cuando entregamos por entero nuestro corazón, para que su recuerdo no nos traicione a nosotros mismos. Yo, por mi parte, he puesto mi voluntad al servicio de este propósito y destruí todos los motivos materiales que pudieran evocar los míos. Sin embargo, ya ves (*aludiendo a la fecha*) escapaba uno.

Magda.—Yo no he tenido nada que destruir.

Pablo.—Es posible. Pero hay motivos que no podemos hacer que desaparezcan porque no están a nuestro alcance: la fecha, el sitio, la persona de la evoca-

ción...; ni la voluntad es bastante para destruir el recuerdo mismo. La tarea de liquidar el pasado de nuestro corazón debe ser común, fomentando con nuestra conducta nuestro recíproco cariño. La vida tiene una cosa egoísta a la vez que encantadora, y es que los afectos se borran con afectos.

TELON

INDICE





